



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



*Obras
Completas*



FABIO FIALLO OBRAS COMPLETAS





FABIO FIALLO

OBRAS
COMPLETAS

VOLUMEN IV

Estudios acerca de su
vida y de sus obras



EDITORIA DE SANTO DOMINGO
SANTO DOMINGO - REPÚBLICA DOMINICANA

1980



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN 84-499-3356-0 (*Vol IV*)
ISBN 84-499-3352-8 (*Obra completa*)

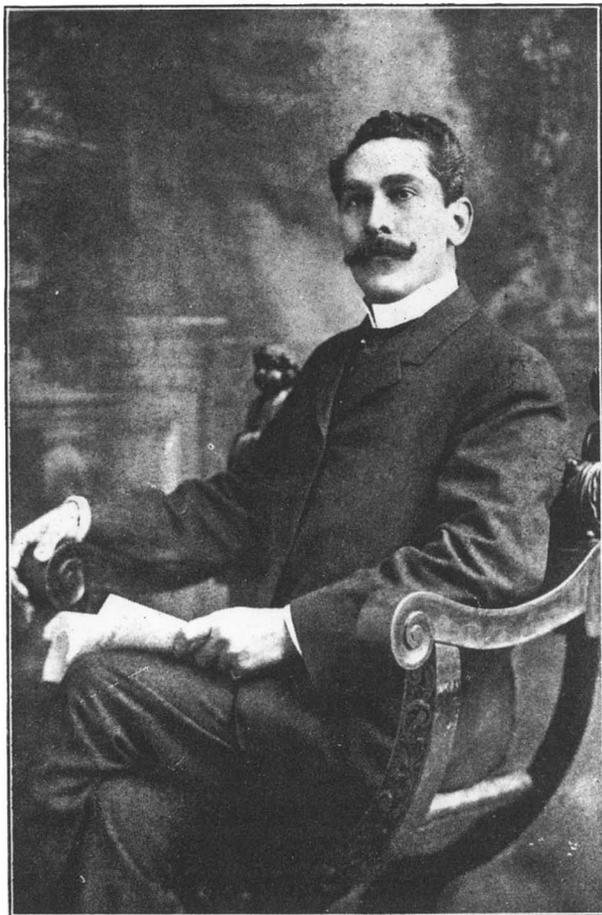
Depósito Legal: B. 212-1980 (IV)

I.G. Manuel Pareja
Montaña, 16 - Barcelona (26)

Impreso en España
Printed in Spain



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





INTRODUCCION

La bibliografía relativa a don Fabio Fiallo es muy abundante, pero se encuentra desparramada en libros, periódicos y revistas tanto de nuestro país como de Venezuela, Cuba, Puerto Rico y de otros países de América. En este cuarto volumen de sus Obras Completas recogemos una selección. El *Listín Diario* solía algunas veces reproducir lo que acerca del más renombrado de nuestros poetas se publicaba en el extranjero.

LOS EDITORES





DE GABRIELA MISTRAL A FABIO FIALLO

Margherita, Liguria, 5 de marzo de 1932

He recordado varias veces, mi amigo querido, la figura, el bello mirar, el leal mirar de mi hidalgo de Santo Domingo. Le he leído aquí, lentamente, en el libro que me dio con linda empastadura, celebrándole, como siempre, la maestría consumada de la forma, la madurez cabal de su arte que yo no alcanzaré nunca.

Con usted quisiera estar, con mi Don Fedé, con Max, con Pedro (de quien nada sé), con usted en la Antilla apenas vista y apenas gozada. Usted, como dice D'Annunzio, me enseñaría el secreto de esa perfección verbal a la que llegó, y estaríamos en esa plaza que no olvido, donde se guarda no sé que nobleza de la raza, perdida en otras partes.

Un abrazo al hidalgo y todo el aprecio de su amiga,

GABRIELA

A Fabio Fiallo,
5 de marzo de 1932.

LISTIN DIARIO núm. 13696,
17 de abril de 1932.



LEYENDO «CUENTOS FRAGILES» DE FABIO FIALLO

Mucho se ha dicho sobre el arte de escribir buenos cuentos, ese género harto difícil que peligra de ser un «soampolo», es decir demasiado extenso para un cuento; demasiado corto para una novela. Suprimiendo estos DEMASIADOS, la especie literaria ha de surgir entre un ajuste perfecto, algo problemático para el artista, aun cuando fue Pompeyo Gener quien alió las matemáticas a la más genuina educación literaria, arguyendo que de la observación exacta y, en cierto modo, del cálculo, puede esperarse al verdadero escritor. No es desdeñable esta teoría que la práctica periodística reafirma. Si mal no recuerdo, de la medida rigurosa nació el Horacio Quiroga, modelo de cuentistas. A veces el albedrío y la incomparable protección del libro propio, que no se supe-dita a jefes de redacciones ni a «tiras tipográficas», redundan en perjuicio del autor. Se pensó en escribir cuentos y ellos resultaron un poco novelas, con detalles superfluos, digresiones e intrigas enfadosas. Se olvidó el género en homenaje a la libertad del papel y a la fruición mental, cuyos dogales son a veces de nubes o de espuma. La imaginación corre. Es un placer. Tras un absurdo una sensatez; tras una sensatez un absurdo, y la cadena se va eslabonando... Se han pintado imágenes del «hechich» y de la vida, quizá con propósitos laudables, pero al fin: ¡esto es un cuento y es un cuento!

Leyendo a Fabio Fiallo, honra de las letras dominicanas, la opinión es muy otra. El intento de este autor



se ha cumplido bellamente: sobriedad, color, ingenio, música, se complementan en sus veinte relatos. Al decir música, quiero expresar que el poeta que hay en Fiallo no se ha alejado de sus cuentos. No obstante, le encuentro más latente en unos que en otros, aunque es uno solo su espíritu, templado entre un concierto de voces amables, livianas y graciosas; concierto que busca el cromatismo puro, no de muchos sonidos, sino de armoniosos sonidos, prefiriendo, al efectismo brusco, los encuentros serenos e insinuantes.

Lo inesperado de algunos desenlaces, como en «Flor de lago» y «El Castigo», constituye un verdadero asombro.

Esta «Flor de lago», casta desnudez de los valles, a la que el Fiallo poeta ha dado por pupilas «dos orgullosas amatistas de un tierno violeta»; esta púdica enamorada de sí misma crea, plasma, una figura inconfundible. Parece forjada en arcilla luminosa. Su nostalgia es nostalgia de flor y su risa liberadora luce como un «carillón» de copas de Bohemia al final del relato. Es casi una heroína infantil por su romance imperial y, un poco niños, deseamos que su linda cabeza, confiada al verdugo, se salve de algún modo... Y «Flor de lago» se salva, riendo con la alegría que le proporciona su misma belleza, reflejada en el acero del alfange... Sólo su hermosura le trae regocijo, y de su hermosura brota su propia absolución.

El culto que el autor de «Cuentos Frágiles» siente por lo bello, se espeja muy bien allí. Pero todo su libro es una reflejación en tal sentido, siendo que una alta dedicación estética sobrepasa a cualquier empeño de sus páginas.

Hay que advertir que este escritor no asume una posición regional. Le atraen los ambientes exóticos tanto como lo que él respira. Pero su libro es así mismo orgánico, porque allí nada desentona; ni aun aquel «Yubr»



de atmósfera netamente rusa, por el que pasa una ráfaga de miedo al modo de Guy de Maupassant.

Ese soplo irracionalmente psíquico que invade la sala, agitando las colgaduras, volteando algún cuadro, haciendo oscilar las luces; esa racha de «alma de perro» húmeda, jadeante, amenazadora, es un delirio, pero puede ordenar un pensamiento.

Para quien sea afecto a las narraciones que sacuden reciamente el espíritu, «Yubr» constituye una recomendación admirable. Entre este relato y «Ernesto de Anquisen», el título del libro guarda una reclusión equidistante. La fragilidad deliciosa de «El Beso», «La derrota de Eros», «El príncipe del mar», «Flor de lago», «Gloria», «Las cerezas», «El rayito de sol», forma un halo tenue, no quebradizo, a aquellos dos cuentos anteriores.

El héroe atormentado, perseguido por una frase; el Tikhon atacado de una especie de «psicosis paranoica» que hay en «Ernesto de Anquises», gánase en el interés del autor como un alma entre otra alma. Solamente un temperamento superficial hasta la audacia puede leer a «Ernesto de Anquises» sin pensarlo. La deducción de la muerte tras la vida; del esqueleto tras las formas plenas y adorables, es algo que todos no «queremos» saber. Fabio Fiallo se manifiesta un hondo conocedor de los conflictos íntimos en este cuento magistral. Admira que en tan poco espacio pueda enfocarse la constitución obcecada de un individuo, cuya fruición consiste en cuidar los huesos de la que fue su mujer, en una subversión rara y torturante.

El sentimiento trágico que cultiva Fiallo no es una máscara anticuada, marcando una dura caracterización frente a la vida. Sus movimientos dramáticos, casi siempre finales, tienen, como en «La domadora», una expresión estoica. Podría resentirse de simbolismo este cuento, si no midiese una tal magnífica grandeza en aquella mirada de león homicida; mirada en la que el autor ha



concentrado una energía tocada de tristeza; la humanización de la bestia bajo la pupila amplísima de Dios.

Fabio Fiallo es un argumentador inquieto y jamás vulgar. Posee un ingenio pronto y delicado, y él sabe cómo interesar sin ir más allá de una página corta de relato. Diríase que su rica imaginación tiene atrapada a la más feliz de las inconstancias, y que solamente la deja en libertad para tejer variaciones sobre un mismo tema: la Belleza.

No hay, pues, porqué reprochar este gnomo, retazo de leyenda germana, dueño de tesoros fabulosos sin el cual «El Beso» no irradiaría aquel fulgor de piedra trabajada que enajena al artista. Adviértese en él la providencia no común de que la brillantez de expresión le salga al cruce. Su prosa no es un hacinamiento de colores, sino una selección del color, empujada por un tacto superior que no puede esquivarse a sí mismo, esquivando hermosas percepciones.

La obra de arte sólo puede nacer de esta reafirmación interior. Si no se está construido para la realidad apocalíptica, y se intenta pintarla, ocurrirá el mismo fracaso que, si a la inversa y torciendo aficciones se pretende ascender hacia una ideología menos desnuda o bastante ideal y soñadora.

En literatura como la que Fabio Fiallo cultiva, hay siempre una voluntad de elevación. La potencia espiritual de este artista es un coloquio hacia lo alto. Si Fiallo no fuese poeta, extrañaría de verdad su libro en una época como ésta, en que la hoja amoral de las últimas novedades bibliográficas se abre como una propaganda en las vidrieras. Pero siendo poeta, y poeta bueno, explícase el contenido de su obra.

Quien lea «Cuentos Frágiles» advertirá, por otro lado, la predilección de su autor por la mujer, figura central de casi todos sus relatos. Las pinta siempre con algo de indulgencia, condición que es hija de los grandes amo-



res, de las idolatrías más vehementes. Le encanta elegir-las bellas en la realidad, en el mito, en la primavera y el ocaso. Las hace hablar con una gracia breve que es otro tesoro de indulgencia, y cuando ellas no son parcas en conversar, son reflexivas o visionarias: las dos únicas causas por las cuales puede tolerarse a una mujer conversadora, para provecho o paciencia del oyente.

«El príncipe del mar» y «Entre ellas» son un ejemplo de los casos enunciados.

Las demás mujercitas se conforman con un monosílabo o con algunas palabras cortas y exactísimas. Viven, sin embargo, una vida animada que se comunica al lector. Se mueven como ondulando, y su plástica es la de una creación estatuaria; ferviente en la línea, expresiva en el gesto, pero táctil y humana sobre todo.

Fabio Fiallo no ha querido traer a su libro ninguna mujer físicamente desheredada. Sus lindas heroínas le rondan la inspiración como una guirnalda de caricias. Se me antoja que algún rostro a lo «hermana fatídica» huiría de su mesa de trabajo: una boca desdentada, un mentón diabólico que se da con la nariz, dos ojillos de ascua, son cosas muy de este mundo que las mujeres solemos detallar con menos condescendencia que los hombres... Pero las protagonistas de Fiallo no gustan navegar en un cedazo o en una cáscara de huevo como las brujas de Shakespeare. Son encantadoras y contagian su encanto. Las un poquito malvadas se vuelven disculpables y de las virtuosas no hay nada de nuevo que decir sin tropezar con la redundancia del halago.

Terminando la lectura de «Cuentos Frágiles» se guarda la impresión de escenas diferentes, dramáticas, sensitivas, psicológicas, confidenciales, escritas sobre una lira gigantesca. En su cordaje se enredan los héroes de ficción; abrazándose con fervor al nervio de la poesía infinita... Y viven, y aman, y sufren, y mueren con aquel temblor musical dentro del alma... que no en balde un



poeta exquisito diólas generosamente a la vida para regocijo de esos corazones bien dispuestos, donde toda emoción de belleza se infiltra como una gota cristalina, destinada a ser un diamante o una estrella.

ANA MARÍA GARASINO

LISTIN DIARIO, núm. 13191,
30 de noviembre de 1930.



NOTICIA SOBRE FABIO FIALLO, GRAN SEÑOR DE LA VIDA Y DE LA POESIA

(Lectura de JUANA DE IBARBOROU por la Radio Oficial de Montevideo, con recitados y lecturas de MARIA TERESA CASTELL, la noche del 17 de julio de 1937)

Los países de Centro-América tienen voces y corazones que me son tan queridos, que esas islas paradisíacas poseen para mí el encanto emocionante de patrias lejanas que he de encontrar algún día —próximo o tardío— en esta ribera o desde la otra, no sé, pero que ha de llegarme como la gran mañana de la tierra prometida. Ahí está Santo Domingo con su don Federico Henríquez y Carvajal —mi don Fed— que aquí veneramos; sus Henríquez Ureña que por el mundo andan ensanchando la fama de su tierra; su FABIO FIALLO, que es entre nosotros un símbolo lírico de las Antillas, tanto se le conoce y se le estima como escritor y poeta representativo de su país. Y de FABIO FIALLO es que voy a hablaros hoy, gente mía.

Este hombre guarda aún en sus manos el calor de las de Darío, su amigo entrañable, y es una de las pocas fidelidades que sobreviven al «príncipe de Nicaragua», cuya partida ya se está borrando en el tiempo aunque la obra siga resplandeciendo por los siglos. De él dijo Rubén: «nació con el don de la poesía y no lo ha profanado nunca». Es así, de veras, FABIO FIALLO, es, por sobre todo, un poeta. Sabe serlo en la vida, en la prosa y en el ver-



so; triple prueba de fuego de la que siempre ha salido triunfante y ungido de victoria. En la vida porque —yo lo sé— es un gran señor auténtico y un poeta sin mácula; en la prosa, porque todos sus cuentos no son sino preciosos poemas o romances en los que la lengua castellana brilla y deslumbra como una joya de emperadores; en la poesía porque no ha claudicado jamás, porque sigue siendo sonoro, brillante, rey y juglar del verso que se le rinde como un lebrél porque FIALLO conoce todos sus secretos y nació su dominador y señor natural. Aristócrata que no transa; los nuevos modos no lo han conquistado, ni los vientos de fronda han podido derribar las torres finas y preciosas de su MANERA y de su estilo. Jamás se le ocurría al buen gusto de FABIO FIALLO incorporar a su léxico las más vastas palabras del idioma, como está siendo modo y costumbre en la pseudo-poesía contemporánea. El es, dentro de su torre, un orfebre, y fuera de ese umbral sellado, un hombre de absoluta elegancia frente a la vida. Por eso jamás se le ha visto en actitudes que desdigan de su gran línea. Patriota entero y puro, señor fino y altivo, poeta exquisito, prosador magnífico por donde quiera que se le mire a este príncipe de las Antillas, ha de resaltar en una faceta de brillante.

* * *

Antes de ponerme a comentar su obra literaria quiero insistir en su valor y entereza de patriota, que le tornan tan simpático a los hombres que hacen de la tierra en que han nacido uno de sus amores entrañables. FABIO FIALLO vive para un ideal supremo, y éste es la independencia total de su patria. Jamás ha transado con nada que sea una sombra de agresión para la libertad de la República Dominicana. Ha sido siempre indomitable, insobornable, imposible de hacer callar ni de inclinarse ante nadie, por poderoso que fuera, que lesionase



el gran derecho de autonomía de su tierra, que él ha defendido con la pluma y con la espada, con su dolor y con su ensueño. El plan Wilson de 1917, toda una taimada agresión a su país, lo encontró en pie de combate, tan resuelto y desesperado, que en su personalidad parecía sumarse toda la rebeldía de los que con él se enfrentaron valerosamente al norteamericano; de los que como a él nada los hizo callar ni someterse. Prisión, destierro, calumnia, sacrificio, el salobre sabor de todo lo que forma la suerte del patriota en pugna con los salteadores de la libertad, lo conoce FABIO FIALLO en su bella isla nativa, y por ella lo ha padecido orgullosamente. Las grandes sombras tutelares de Duarte y de Martí, siempre han acompañado la suya, que no sabe inclinarse.

* * *

Y ahora a sus libros, a su obra literaria, a sus cuentos y sus versos, que iluminará con recitados y lecturas nuestra MARIA TERESA CASTELL, tan amada del público montevidiano que sin embargo tan pocas veces puede gozar del privilegio de oírla, porque su retrainamiento y su modestia la guardan de las apoteosis como dos cancerberos incorruptibles.

De la atalaya de hierro a la «torris eburnea»; del campo de la liza al claro de la luna en la balconada frente a los cielos, de donde baja el ensueño como un hálito sacro. Enumeremos la bibliografía de FABIO: «Primavera Sentimental», «Cantaba el Ruiseñor», «El Balcón de Psiquis», «La Canción de una Vida», «Poemas de la Niña que está en el Cielo». Lista nutrida y quizás incompleta, inspiración que siempre ha florecido en dos rosas que son los símbolos de su lírica; la roja de los cantos del patriota y la blanca de las rimas del gran enamorado. Don Rodrigo más don Juan. Pero un don Rodrigo cuyo señor es la Patria y un don Juan cuya Inés es la mujer.



Una Inés sin traiciones, una Inés que nunca es víctima, sino siempre reina. FABIO FIALLO, trovador, es demasiado romántico y demasiado puro para ser en la vida como el héroe de Zorrilla en el poema inmortal. Lo que en él hace traer junto al suyo el nombre del gran amante, es su rendimiento a la eterna inspiradora, «la mujer», por la cual sus versos han nacido para esplender como estrellas de brillante sobre el pecho de la poesía americana.

¡Qué fina manera de cantar rendidamente tiene este romántico antillano, Alfredo de Musset de América! Todo en su verso es gracia, suntuosidad y señorío. Cada uno de sus cuentos es un dulce y admirable poema en prosa cincelada como el oro en el Renacimiento. En sus romances crujen las sedas ricas, centellean los metales preciosos y aroman los jazmines sibaritas. Así debieron «decir» los poetas florentinos y aquellos de las justas deslumbrantes de Provenza.

No se puede imaginar en Fabio Fiallo poemas de hoz y martillo, versos con el ritmo loco del jazz, estrofas que parecen nacidas en una de esas máquinas crepitantes que están matando en el mundo la verdadera poesía y el noble trabajo manual. Para honor suyo, diremos que está «deplacé» en esta hora mecánica y ruidosa del mundo, como un rey en la hora de las turbas niveladoras y victoriosas. Así Darío, así Heine, así Bécquer. ¡Vale la pena rezagarse en tal compañía!

María Teresa, nuestro tesoro, va a declamar ahora algunos primorosos poemas del gran lírico. Cinco o seis elegidos al azar, porque ella conoce y ama su obra y cada libro de Fiallo le es conocido y familiar como una magnolia del bello jardín de su casa. Algunos poemas del patriota, otros del enamorado, todos afirmativos de la suntuosa y altísima personalidad de FABIO FIALLO. Además, ella leerá, al fin, un cuento lleno de gracia y maestría, «La Inolvidable», y dos páginas en prosa del peque-



ño, dulce, precioso relicario que es «Poemas de la Niña que está en el Cielo».

Quedan los radioescuchas, con MARIA TERESA CASTELL, la admriada, y con FABIO FIALLO, el príncipe.

JUANA DE IBARBOROU

LISTIN DIARIO, núm. 15655,
12 de septiembre de 1937.



NOTAS CRITICAS

FABIO FIALLO

(El Hombre-El Poeta y sus Obras)

A Jacinto López, afectuosamente

I

Nada más fácil que escribir un juicio sobre las obras de un escritor cuando se tiene la ventaja de conocersele íntimamente. El juicio que se hace no tropieza entonces con obstáculo alguno, porque se conoce lo principal, la base del juicio, o lo que es lo mismo, la psicología del temperamento del autor. Por eso estimo sumamente fácil este trabajo mío sobre los libros de Fabio Fiallo. No necesito, para escribirlo, buscar su alma de artista bajo el ala de su verso, o bajo la muselina de su prosa sencilla. ¿Acaso no la tengo ya estudiada, aprendida de memoria en el tiempo que hace vengo llamándome, con orgullo, íntimo amigo del más amable de los hombres? Pero yo no quiero en estas brevísimas notas concretarme solamente al escritor; quiero hablar del hombre, primero en sus relaciones con los negocios humanos, con la política que es la síntesis de todas las cuestiones que le atañen en su vida de relaciones, en el ejercicio de sus facultades intelectuales y morales enderezadas hacia propósitos y fines útiles a sí mismo y a la nación a que pertenece.



Y quiero hablar del hombre antes de ocuparme del poeta, porque a menudo oigo decir que Fabio Fiallo sólo sirve para hacer versos y cuentos, *porque para todo lo demás su incompetencia y su indolencia son notorias.*

Cedo la palabra a los hechos que informan la historia política de Fabio Fiallo, a fin de que salte la chispa de la verdad, destruya la sombra del error que el falso dicho proyecta, y véase, en suma, que tal afirmación carece de fundamento.

.

Eran días de exterminio. Los dominicanos habíanse dividido en dos bandos políticos que se disputaban a fuego y sangre el poder. Imperaban las pasiones tremendas y unos y otros luchaban briosamente por el triunfo a toda costa.

Por una ironía de la suerte Fabio Fiallo era uno de los que tomaban parte activa en el duelo a muerte que duele recordar al corazón. Militaba él en las filas opuestas al *jimenismo*.

Cuando los dos bandos políticos se aprestaban a la matanza y sonaban en señal de agresión sus respectivas cornetas y escuchábase el estampido del cañón y el estruendo pavoroso de la fusilería seguidos de las voces de mando de los generales, Fabio Fiallo era de los de la vanguardia. Allí estaba él, con su machete al cinto, la carabina al brazo y la cartuchera repleta de balines. Se tramaba el combate fratricida. Los campos sembrábanse de cadáveres, corría la sangre y gemían los heridos en el suelo envueltos en nubes aplomadas de pólvora que enrarecían el espacio. Después, enseñoreábase del campo silencio funeral interrumpido por los vivas del horacismo en triunfos. Y cuando todos, aturdidos, enardecidos, violentados por las pasiones desenfrenadas fulminaban contra los vencidos, Fabio Fiallo era de los primeros en



acercarse al Gobierno para solicitar sus favores en bien de los vencidos.

* * *

Nombrado delegado especial del Gobierno cerca de la provincia de Azua en esos días tumultuosos, bastó su presencia en aquella región para que los grupos disidentes llegaran a un acuerdo pacífico. Luego, cúpole la gloria de hacer capitular a Samaná sin que tuviera necesidad de disparar un tiro. Después estuvo en Santiago y fue de los bravos del 14 de febrero; prosigió para La Vega, tomó parte principalísima en los sucesos que allí se desarrollaban y he aquí lo que escribe al respecto la honrada pluma de García Godoy.

«A raíz de aquel sangriento suceso, púsose en evidencia la nobleza de sentimientos que es cualidad predominante del carácter de Fabio Fiallo. Hormigueaban los rencores y ardían los odios, y él, encargado del mando durante breve tiempo, atajó por un momento el alud de venganzas, y no manchó su rápida gestión gubernativa con represalias crueles e injustas. Cerró los oídos a torpes acusaciones, hijas de la suspicacia y de confianza que, en poco más de una semana, restó fuerzas considerables al ya casi vencido movimiento revolucionario. Los prácticos del momento, los adversarios irreductibles de su política conciliadora y fecunda, pusieron el grito en el cielo enrostrándole a toda hora, en son despectivo, las palabras de poeta, soñador, visionario...»

Durante su ausencia de la Capital, tuvo lugar el crimen vergonzoso perpetrado en la mañana del 24 de junio por el gobierno del Presidente Morales y los mismos que criticaban la política de confraternización de Fabio Fiallo lamentaron, a raíz del hecho, que él no se hubiera encontrado en Santo Domingo en la noche del 23, porque estaban persuadidos de que su presencia en el Palacio habría evitado el horrible asesinato.



Estos y otros hechos como éstos son los que informan la corta historia política de quien dicho sea en honor de la verdad, tiene un gran corazón abierto a todo sentimiento de virtud y nobleza.

La aparente apatía que a simple vista se descubre en el carácter de Fabio Fiallo no se armoniza con sus hechos tanto públicos como privados.

Como periodista, ha sido un luchador valiente cuando lo ha creído oportuno. Su campaña en *La Bandera Libre* contra los monopolios y las concesiones leoninas, contra Clyde y todos aquellos pulpos que han extirpado la sangre de la República, mereció la aprobación de todos sus conciudadanos; y como representante de la República en el extranjero, ha demostrado competencia y tacto.

En el seno de la amistad, nadie más diligente que él a la hora de prestarle sus servicios a un amigo. Y lo mismo que en la política y en la amistad así es en el amor, así es en sus versos y en sus cuentos: la misma alma generosa y buena enamorada siempre del bien y de la belleza.

II

Como poeta tiene Fabio Fiallo el mérito indiscutible de que vive todos sus cantos. Sus canciones son fragmentos de su vida. Cantos delicados, honestos, galantes, sencillos, breves y sonoros. Prescindiendo de la forma externa que de continuo es hermosa, hay en el fondo de sus estrofas verdad en los sentimientos, exactitud en las imágenes. A veces me parece que son ellas la expresión de mis propios afectos. En todos los versos de Fiallo nótase el sentimiento exquisito de ternura que constituye el fondo de su carácter. En cada uno de ellos late siempre fresca y subjetiva sensación de arte y de belleza y se descubre discreta pincelada de ingenua psicología de la cual pende, como un relicario de oro, el alma bondadosa del poeta.



De las dieciocho rimas que componen su precioso libro *Primavera Sentimental* tengo predilección por «For Ever», «Plenilunio», «Rima Profana», «Flor de Insomnio» y «En el Atrio». De la primera estos versos insuperables bastan a consagrar la fama de buen poeta de que goza su autor:

*¡Qué corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!*

De la segunda valen un poema estas estrofas:

*Por la verde alameda silenciosa
íbamos ella y yo;
la luna tras los montes, ascendía;
en la fronda cantaba el ruiseñor.*

En «Rima Profana» triunfa la forma sobre el fondo, la encantadora cadencia de sus versos armoniosos y rítmicos como una música de flautas y violines:

*La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración;
y, como un piano sonoro,
suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón.*

«Flor de Insomnio» es una larga e intensa queja que se escapa del alma del poeta al conjuro de una pérfida carta de la amada. En el atrio es toda ella deliciosamente exquisita.

Y en ninguna de estas poesías late el pesimismo de Heine, ni la ironía de Musset, ni la tristeza de Bécquer. Por eso no participo de la opinión de los que han querido encontrar en las rimas de Fiallo cierta similitud con las de esos grandes poetas universales. En la poesía de



Fiallo se siente, sí, como muy bien lo dijo mi querido amigo Andrejulio Montolío, el pudoroso perfume de la clásica poesía española y de aquellos inspirados bardos que sucedieron en Francia a la muerte del padre del romanticismo. En la poesía de Fiallo no hay filosofías; todos sus versos son sencillos y suaves como las plumas y las sedas, los lirios y las rosas. Y en todos ellos arrulla y canta un alma de mujer.

III

Afirma Jacinto López, en un bellissimo estudio crítico que hace de los libros de Fiallo, que éste, como cuentista, no es sino un poeta en prosa. Exacta observación que se confirma leyendo detenidamente *Cuentos Frágiles*. En efecto: los cuentos de Fiallo son, como sus versos, idealizantes, deliciosos y breves, dignos de ser comparados con los mejores cuentos de Cátulo Méndez. ¿El motivo? Pues el mismo de sus versos: la mujer. Para las cuestiones políticas y sociales cree él, y lo cree sinceramente, que no se necesita del concurso de la poesía. Para eso está ahí el periodista, de pies sobre la tribuna del pensamiento libre, señalando la buena senda, corrigiendo, educando; para eso ahí está el apóstol, el polemista, el estadista, el filósofo, los iluminadores del género humano, astros que rasgan las sombras y muestran a las multitudes el camino de rosas del porvenir. Creencia plausible por lo sincera. Yo no participo de esta opinión y creo firmemente que la poesía desempeña un papel más importante en el seno de las sociedades, sobre todo en el seno de nuestras sociedades netamente latinas que responden siempre con preferencia a la caricia del arte. «Más republicanos hicieron Lamartine con su épica pintura de los girondinos y Víctor Hugo con sus apocalípticos após-



trofes a los reyes, que todos los filósofos defensores de la República.»

.

De todos los cuentos que tengo ante mis ojos estimo los mejores, «La lección del caos», «Las Cerezas», «El último ramo» y «Ernesto de Anquises». En el primero el Amor es luz maravillosa que penetra e ilumina la existencia. El motivo de este cuento es de una trascendencia filosófica incomparable: *La vida es el caos hasta la llegada del amor*. Es entonces cuando abrimos los ojos y observamos y analizamos y comprendemos en suma, algo de los algos que viven y mueren y de nuevo resurgen, animados y fortalecidos por la vida misma, bajo los cielos inmensos, bajo el fuego abrasador del sol. Amor es toda la vida, es la razón de la armonía que mantiene en equilibrio el mundo.

Por la novedad del asunto (pues yo confieso no haber leído nada igual a este cuento) y por la originalidad que lo informa en su exposición y sencillez, es éste el cuento más estimable del libro que examino.

«Las Cerezas», que llenó de encanto el alma de Rubén Darío, es un cuento-verdad, de fina psicología, escrito con ingenio y gracia.

«El último ramo» es de un subjetivismo encantador. Aquí, en este cuento, es donde más de relieve está el alma generosa de Fabio Fiallo.

Es una tarde de carnaval. Se hunde el sol en el poniente dejando tras de sí brochados luminosos de amaranillo y oro que rayan los cielos azules y luego se deslíen entre los vaporosos girones de nubes que simulan animales milenarios embadurnados de cinabrio y púrpura; máscaras inverosímiles que rivalizan en interés y gracia a las de carne y hueso que brincan y saltan y ríen y charlan por las diversas calles de la ciudad en fiesta.



La muchedumbre invade parques y calzadas, esquinas, ventanas y balcones y ríe de lo lindo y aplaude entusiasmada la diversidad de mascaritas ambulantes que, enfundadas en vistosos *pierrrots*, ocurrentes payasos y abigarrados dominós, convierte la villa antillana en un cuento fantástico que se siente y que se palpa de *Las mil y una noches*.

Los balcones, llenos de hermosas mujeres, parecen cestos inmensos desbordados de flores, de flores de vida que embalsaman el ambiente y colman los espacios con las risas armoniosas que saltan de sus labios. Ellas son —las lindas y adorables muchachas de la romántica villa— las que sostienen, sin solución de continuidad, la batalla de flores, de serpentinas y bombones, con sus amables agresores que a todo el correr de los carruajes pasan por frente a sus balcones y les disparan sus pertrechos de carnaval.

Allí vienen dos bohemios vestidos a usanza de los bellos tiempos de Luis XIV. El uno es un cuentista delicioso, el otro es un poeta magnífico. En menos de dos horas han agotado su almacén de guerra. Y sólo queda un solo ramo de blancas y pudorosas rosas en botón que, debido a un acuerdo tácito entre los dos bohemios, habían respetado por ser el más hermoso. Ambos a dos resuelven, pues, arrojar ese ramo a los pies de la dama más bella y exquisita.

De momento la multitud invade la calle por donde viene la victoria de los dos amigos; aquella masa humana crece, se agigante y llena con su bullicio estruendoso los espacios. La carroza se detiene, y mientras hierve el entusiasmo en todos los pechos, y permanece el poeta de pies en el carruaje con el ramo de botones en la diestra, asómase a una ventana vecina, tímidamente, una cabeza de mujer, una de esas desventuradas mujeres a quien jamás acaricia la amistad, que nacen, crecen y mueren como esas flores de cementerio que se dan debajo de los



cipreses llorosos y que prontamente se marchitan faltas de aire y luz; infelices extranjeras en su propio país, ávidas, sedientas siempre de un beso de amor en los labios. El poeta fijó sus negros ojos en ella y al punto sintió su alma prisionera en las redes de la más profunda compasión y deshojando pétalo a pétalo las rosas del ramo preferido los arrojó sobre aquella blanca y abatida frente.

* * *

¿Cómo decir ahora, cómo expresar ahora con palabras la suprema emoción que este cuento ha producido en mi alma? Este cuento que retiene entre sus frases la fisonomía moral de su autor, yo os juro, a fe de caballero, que se lo he visto vivir a Fabio Fiallo en incontables ocasiones análogas a ésta que le ha ofrecido un carnaval de febrero hermoso. Por eso es «El último ramo» el cuento que más quiero de su precioso libro de cuentos.

* * *

Indudablemente, Fabio Fiallo como cuentista es infinitamente superior a Fabio Fiallo como poeta. Estos cuentos como el libro *Galaripsos* de Deligne que tan mal juzgado ha sido por mi dilecto amigo Pedro César Domínguez, vivirá larga vida en la historia de la literatura patria y serán conservados siempre, por los espíritus refinados en el crisol del arte bueno y sano, como joyas inestimables de nuestra ya excelente biblioteca nacional.

MANUEL F. CESTERO

LA CUNA DE AMERICA, núm. 94, S. D.
18 de octubre de 1908.



UN LIBRO DE FABIO FIALLO

Por ANGEL RAFAEL LAMARCHE

El cuento es, sin duda, propicio más que otro alguno, a la *impronta* psicológica. En su brevedad, siempre cierta comparada con la extensión considerable de su primaria, la novela, queda precisa, sin brumas ni reticencia, la muestra fiel de esa dinámica del espíritu que podríamos llamar *función del alma*. Y es que para los problemas espirituales —intensidad sin límites, fuente materna para todos los empeños, minúsculos o máximos, contradictorios en apariencia o claramente ratificadores de la virtud anímica— el límite, la brevedad, la dimensión fija, se compadecen más, generalmente, con su grandeza universal y eterna.

En la novela, la vivisección *espírita* es lenta, analítica, peligrosa; fácil a que el buido revelador de almas, que es el novelista, pierda el brillo de su fulvo *stilo*, entre las cerrazones implacables del prolijo examen. La novela es el análisis; el cuento es la síntesis. En el análisis, es cierto, está la explicación exacta de las cosas y la vida; ¡pero en la síntesis, con la afinidad demiúrgica de los cuerpos elementales, la vida forcejea y triunfa! Del humanismo, indiscutible de la novela a la psicológica trascendencia del cuento, hay la relación que guardan el árbol, con sus complejidades y laboratorios: tentáculos voraces, savias intranquilas, verdores ávidos, carnes que el martirio socava frecuentemente, y el fruto,



suma tentadora de los impulsos ardorosos, de las voluptuosidades insomnes, del desinterés bíblico, de ese perenne aherrojado, de ese sitibundo estremecido y soñador constante, que pone entre la tierra y el hombre el vínculo de su ofrenda. Porque, aun con características definidas y propias no podemos olvidar, que el cuento coevo encuentra su origen en los numerosos capítulos de la novela clásica. De esa novela dilatada, detallista, creadora de héroes, cuya sobrehumana estructura aturde al hombre, a quien empieza a despertársele el deseo de ver reflejada su falibilidad adánica, y sus miserias y necesidades, en esas páginas copiosas. Ahí, se prepara el advenimiento, al amparo de las narraciones autobiográficas de los personajes —«historias y consejas detrás del fuego», ¡oh, precursor Fernando de Rojas!— típicas en el cultivo del género, en aquella época de gorgueras y tontillos. Y cuando, al fin, la novela conquista el reino interior, velado a la generalidad de los primeros cultivadores, ya el cuento es deslinde y manifestación literaria especialísima.

Fabio Fiallo, poeta férvidamente subjetivo, para quien el alma leve y sensible de la mujer encierra, a pesar de sus desconcertantes vaguedades —sin embargo, siempre deliciosas— la plateada cardina de la emotividad sutil y embriagadora; tiene en el cuento la segura posesión del que acostumbra recorrer dominadoramente «caminos interiores». «En sus cuentos —afirma Jacinto López, pluma sabia y recia— Fabio Fiallo es el poeta de sus versos. El no es sino un poeta. Porque es un poeta ha escrito versos y porque es un poeta ha escrito cuentos.» Mas, si éstos completan en Fiallo, el transparente y delicado encanto de sus rimas, lo hacen, no como prolongaciones simples y enlucidas de aquellas, sino amplificando y fortaleciendo, con el material multiforme y policromo de la prosa —esa infatigable hilandera, cuya música fuerte y reconcentrada desata la hilaza de sus sonos,



entraña adentro— lo que sería tímido estremecimiento, tenue copo de ilusión, fragilidad de ensueño, en la armonía ubicua y generosa del verso.

El cuentista y el poeta se corresponden, ciertamente; el último da su mirada aguda, su áurea experiencia del peregrinaje interior, al primero; sin embargo, diferencial al uno del otro, resaltantes características. Fiallo poeta, «urgido por el sentimiento se refugia en las nieblas de una somnolencia invencible». Es el soñar que salva del desgarrón impiadoso, con el cual la realidad se impone; es el cubrirse de César ante el brazo de Bruto que se levanta; el imposible hurtándose a las duras reglas de lo posible; la escala de seda que intenta aferrarse al cielo y se conforma con el balcón paradisíaco de la doncella que aguarda; la vida huyendo de la vida misma. En cambio, el cuentista, sí crea, en muchas ocasiones, con meticulosidades madrigalescas, sí entreteje un diálogo o abulta relieves en un personaje, con temor de que falten tapices amortiguadores, lágrimas románticas de topacio, jugo de rubíes, soplos primaverales de esmeralda, vidrieras ambarinas de luna —la silente compañera de sus versos— esquividad de humo; el creador vence «la somnolencia invencible, la sombra se ilumina y el inerte sufre la transfiguración» necesaria.

Ya su concepto de las almas, no es como en su modalidad poética «ancilla» obligada de sus internamientos salvadores de la amarga verdad circundante, como lo fuera «la ciencia de las ciencias», la filosofía —al menos su avanzada, la dialéctica— en la etapa primigenia de la Escolástica: «ancilla theologiae». El cuentista *irrealiza*, *hurañea*, se aísla, pero ve cuánto ocurre a su redor, con los ojos perspicaces que le dio la poesía. ¿Acaso no es «Yubr» por sobre «El Beso», «El Busto de Mármol», «Tiranías» y «La Inolvidable», con sus calofríos esotéricos y sus rumores de misterio, producto de una observación vigilante y pronta? ¿Y «El último Ramo» —un cuen-



to de Fabio Fiallo que sus glosadores no han sabido sacar al sol de la alabanza— no señala una cualidad de extrospección hábil y cuidadosa?

En «Las Cerezas», a pesar de los aromas líricos, que no amenguan el primitivo y agrio aliento de la Naturaleza, el psicólogo examina, sin dislaceraciones, la densa pasta de las marionetas.

«Cuentos Frágiles» es pues, un verdadero libro de cuentos. No una infidencia o aventura ingenua de un poeta, deseoso de gustar otros vuelos que los de su verso, delicado y translúcido. Aquí, no obandona, ocultamente, un infante linajudo, en noche de revelaciones y caprichos, la paz del castillo señero, para saber, por un momento, lo que es ir de romería por los caminos, que lo ignorado alonga, y conocer lo que el amor de zozobra depara en los mesones aledaños. En este caso, el romero sabe lo que guarda el hostel umbroso, el recodo incitador, la lejanía subyugadora; en su diestra se yergue el lituo simbólico, porque él adivina lo que predice el vuelo de las aves invisibles para la generalidad de los ojos perecederos, de esas aves: tórtolas arrulladoras y halcones incansables, que se escapan bulliciosas del pecho de la moza tempranera o del corazón reciente del mancebo febril que pasa cabe su romancesca ventana.

Por eso, pienso que, si Fabio Fiallo «porque es un poeta ha escrito versos y porque es un poeta ha escrito cuentos», podría escribirse, casi con intención rectificadora: porque es un cuentista ha escrito cuentos. Y es que el alma frívola y pródiga de la redundancia, resulta a veces, parcamente honda.

LISTIN DIARIO, núm. 12885,
20 de abril de 1930.



FABIO FIALLO

Las tres estrofas de «Primavera Sentimental» de Fabio Fiallo intituladas *En el Atrio*, bastan para una hermosa gloria de poeta.

Y Fabio Fiallo ha escrito muchas estrofas como esas. Leed *Rima Profana*, *Plenilunio*, *For Ever*. La poesía de este soñador dominicano se distingue por su sencillez maravillosa. Decir las cosas más bellas en el más llano de los lenguajes: tal el privilegio de su Musa. Mientras otros poetas se esfuerzan por traer vocablos y giros desusados, llega Fiallo y dice:

«Cantaba el ruiseñor»

y su verso penetra en el corazón y envuelve al corazón en una onda de deliciosa melancolía.

Fabio Fiallo es siempre un poeta: cuando escribe versos y cuando escribe prosa. Y es un poeta también, grande y sencillo, en su vida íntima. El fango del camino no ha logrado salpicar su alba vestidura. Mientras otros hombres aborrecen, él ama. Mientras otros hombres insultan, él dice su palabra de perdón. Y así va por la Vida este hijo de la noble madre quisqueyana, siendo siempre un poeta por su arte exquisito y por la exquisita mansedumbre de su corazón. ¿Qué de extraño, pues, que fuera de su Patria, todos ignoren que en ocasiones sangrientas de lucha, él ha sido en aquellos campos, patrio guerrero de ínclitas hazañas?



La poesía de Fiallo es verso que por la delicadeza, la ternura y la gracia penetra en el corazón de las damas y allí se anida. Yo sé de una mujer joven, aristocrática y bella —¡oh!, bella hasta el prodigio, bella hasta el milagro— que no conoce a Fiallo, que no le ha visto jamás; pero que, como la heroína tal vez real de uno de sus más hermosos cuentos, le ama a través de la lejanía y del desconocimiento a causa de sus versos, que ella recita hechiceramente en las ocasiones propicias al flirt de los salones, y a la poesía, y al amor. En una de aquellas noches, quedó flotando en el aire, ya apagado el mágico acento de la bellísima recitadora, tal ambiente de suave encanto, de tierna melancolía, que después de aquellos versos, ninguno de nosotros, jóvenes líricos, músicos y poetas, atrevióse a romper su dulce hechizo, ni con la declamación de otros versos, ni con la evocación de otra melodía, fuera la del blanco marfil del piano... Decid, ¿no es ésta la más envidiable de las apoteosis?

Y si habláis a Fiallo de sus versos, él se sonríe bondadosamente y os dice que no se explica la fortuna de esos versos.

El atribuye a caprichoso favor del público, lo que es sencillamente la virtud de un arte supremo. Así desdeñándola, la Gloria ha tenido para Fabio Fiallo sus más dulces sonrisas.

Los cuentos de Fiallo son pequeños poemas en prosa. El reunió algunos en un tomo al que puso por nombre: *Cuentos Frágiles*. Para estos bellos cuentos de poeta, escribieron bellas páginas dos jóvenes maestros de la prosa americana: Américo Lugo y Jacinto López; dominicano aquél, éste compatriota y émulo de Díaz Rodríguez y Andrés Mata. Otro venezolano eminente, Pedro César Dominici, proclamólos tan perfectos como los más perfectos de la literatura francesa contemporánea, dignos de servir de modelos en un libro de Antología.

Fabio Fiallo está en la actualidad al frente del Con-



sulado General de su país en Nueva York. El Jefe del Ejecutivo en la República Dominicana en estos momentos, Ramón Cáceres —un Tiranicida, un Héroe— es buen amigo de la juventud y de los poetas. Díganlo con Fabio Fiallo, Tulio Cestero, Américo Lugo, Enrique Deschamps, Osvaldo Bazil. ¡Loor a ese Fuerte que desdeña la púrpura de los Césares por el manto de Mecenas! Loor a aquella noble tierra de Quisqueya donde florecieron Salomé Ureña y José J. Pérez; donde brillan Federico Henríquez y los hermanos Henríquez Ureña, Galván padre e hijo, Gastón F. Deligne, F. García Godoy, Pellerano Castro, Porfirio Herrera, Valentín Giró, Juan T. Mejía y Apolinar Perdomo.

Sobre la poesía y la prosa de Fiallo no pesará la losa del Olvido. Sus obras, como obras de un arte auténtico, vivirán mientras existan almas devotas del supremo Ideal y la Belleza suprema. En esas páginas hallarán las almas líricas de todas las tierras y de cualquier tiempo, un eco igual al que canta en la fontana interior que lleva todo poeta dentro del pecho. Como ama Fiallo y como siente, sienten y aman los escogidos, cual que sea el idioma en que se expresen y la tierra donde vivan, el espacio de luz que crucen, o el fango por donde se arrastren.

Ungidos los labios con la miel del verso, va el Poeta cantando su canción. Vosotros, ¡oh!, jóvenes artistas de la caravana soñadora, que amáis la estrofa del fulgor de luna y suavidad de seda, seguid la senda del Poeta. Y vosotras, mujeres bellas, que sentís palpitar el corazón al ritmo de sus estrofas, abrid vuestra alma colmada de gracia y de seducciones, y derramadla al paso del Poeta como un precioso cesto de flores. Para él, el alto lirio que se inclina a manera de una frente blanca y pura. Para él, las rosas frescas e incitadoras como tempranas mejillas en sazón. Para él, las amapolas, las rojas amapolas que hacen pensar en las bocas ardientes, ansiosas del beso de amor...



**Volcad, ¡oh!, mujeres hermosas, vuestro florido cesto
al paso del Poeta.**

DAVID CHUMACEIRO

Río Janeiro, 1909.

**LA CUNA DE AMERICA, núm. 140,
3 de octubre de 1909.**



CANTABA EL RUISEÑOR

En la estancia solitaria, apenas alumbrada por una lámpara de alabastro, una mujer joven, bella, de señoril presencia, deja vagar al descuido, como quien sueña, sus manos blancas, lirios en movimiento, sobre el marfileño teclado. Por la abierta ventana entra la claridad lunar como una blanda caricia de los cielos... De las flores del patio viene un aroma suave que embalsama el recinto donde aquella mujer hermosa y soñadora arranca al piano cadencias en armonía con los anhelos e inquietudes de su alma. Notas impregnadas de no sé que vaga tristeza que tienen no sé que de algo lejano que evoca dulces recuerdos de cosas extintas, brotan continuamente bajo la presión de sus dedos ágiles y finos... Notas que, en ocasiones, imitan el tenue susurro de pintoresco arroyuelo que culebrea por la campiña amena besando los arbustos en flor, y en otras semejan como imprecisa expresión de sollozos comprimidos que quieren escaparse de un pecho enamorado en que hierven las dudas y los celos... Así, cuando leo con íntimo deleite los versos sencillos, diáfanos, expresivos, dulcemente armoniosos de Fabio Fiallo, viene siempre a mi imaginación algo idéntico o parecido a ese cuadro finamente romántico, pues encuentro, sin poder precisar mi pensamiento, no sé que ocultas conexiones entre él, entre ese ambiente de ensueño, poblado de armonías que se desgranán llevando en sus ondas rítmicas arrullos y ternezas de un corazón apasionado, y la poesía ensoñadora, melancólica, sugesti-



va, plena de dolientes remembranzas que Fabio Fiallo ha dejado correr una parte, la más noble de su savia espiritual, casi siempre en forma de súplica o de queja a una mujer amada con expresión musical suavemente arrulladora :

*Temeroso de herir vuestro alto orgullo
así fue en sus comienzos mi pasión,
ruego que no alcanzaba a ser murmullo
o dulcísimo arrullo
que se trocaba en férvida oración.*

Visiones miríficas de un corazón sitibundo de amores, como quien tan sólo vive para el *eterno femenino*, para la perpetua adoración a la mujer, las composiciones contenidas en este primoroso libro —verdadera joya de arte por su aspecto material y por el jugo mental en él encerrado— reflejan un romanticismo de superficial emotividad en que el amor constituye la trama perenne y obligatoria, y son, en todos los casos, condensación más o menos intensa, pero parcial, fragmentaria, de un espíritu selecto que en el lenguaje rítmico sólo traduce con intensidad y fuerza cuanto se relaciona con lo que constituye su culto más ferviente y constante. La proyección radiante del numen de Fiallo, en ningún caso, alcanza a iluminar con las fulguraciones de sus ritmos otros aspectos de espíritu en que llamea vivamente la aspiración a muchas cosas de alta nobleza anímica que marcan las más fecundas y caracterizadas orientaciones de la vida social. En su yo, la eterna belleza, una y múltiple a la vez, sólo atesora irradiaciones sensibles, exteriorizaciones capaces de impresionarlo vigorosamente, cuando toma cuerpo en tipos de mujer, en mujeres amadas, en dolientes historias de pasión en que laten las incertidumbres, las angustias, las dudas, los celos, los estremecimientos amorosos de un alma en que —en realidad ese amor



por su cambiante naturaleza nunca llega a la raíz más honda de su ser— sólo tiene o parece tener cabida la imagen de la bien amada, especie de divinidad terrena que, durante más o menos tiempo, imperará en él con absoluto dominio...

Analizar estos versos, someterlos a un prolijo examen para descubrir sus máculas o poner de bulto lo que en ellos es o semeja infracción a ciertas leyes del ritmo o a la que una poética convencional estima irregular e incorrecto, sería algo así como profanarlos... La poesía de Fabio Fiallo, aristocrática y refinadamente delicada, parece hecha para sentida tan sólo por espíritus exquisitos, de cultura necesaria para ver, desde ciertas alturas, muchas cosas prosaicas y repulsivas que afean y que deslustran la vida; espíritus de cierto temple en que los groseros intereses y apetitos cotidianos no han podido ahuyentar muchas excelsitudes morales, muchos refinamientos psíquicos, muchas inefables delicadezas de sentimiento... Para mucha gente, para el gran número —y eso se advierte a la primera ojeada— lo íntimo, lo refinadamente personal, lo que en algunas almas es como la expresión de un estado anímico de peculiar nobleza, flor de amor y de generosidad que perpetuamente esparce a su alrededor su benéfico perfume, carece de positivo influjo, no tiene significación ni trascendencia, es mero pasatiempo sin alcance en lo que ese mismo burguesismo califica enfáticamente de vida práctica. Cuando se posee un alma intensamente saturada de amor, de belleza, de idealismos generosos, que no mira en la vida la continua satisfacción de vulgares goces y de groseros apetitos, que no se siente seducida por lo que disfrazado con formas de mundana y convencional cortesía transparenta algo de achicamiento de la dignidad personal; quienes tienen un alma así estructurada se exponen de continuo, ya que no a naufragar en un piélago de desdeñosa indiferencia, a recibir el dardo envenenado de las envidias,



de las vanidades impotentes, de todo lo que por su peculiar naturaleza no puede remontarse a ciertas fulgurantes cúspides espirituales.

En medio del tráfago social, cercados por apremiantes realidades de la vida diaria, resulta gratísimo para un corto número de almas oír, una que otra vez, como el apacible rumor de dulce música lejana, de una música que nos impresiona agradablemente al traernos en sus notas algo que sin poder definirlo ni precisarlo anhelábamos ansiosamente... Envidiable privilegio del poeta es su estionarlos y encantarnos de esa manera, en hora propicia, calmando nuestras ansiedades y produciéndonos inefables esparcimientos. En la poesía de Fabio Fiallo, plena de misterioso encanto, incompleta en realidad porque sólo refleja partes, fragmentos de su espíritu, no hay jamás signos de afectación o de cierta *pose* convencional de última hora. En ella se siente poquísimamente el artificio retórico, la pueril vanidad de llamar en todo momento la atención mediante procedimientos juglarescos o innovaciones que no responden a necesidades realmente experimentadas. En él no se ve la tendencia a apurar sutilezas mentales para encarnar aspectos de la vida en simbolizaciones abstrusas en que se llevan a su quinta esencia de expresión ideas y sentimientos envejecidos o gastados. Aun en su mismo parentesco espiritual, innegable en cierto sentido, con el excelso poeta de *Rolla* y el cantor nostálgico de *Rimas*, adviértese siempre que tal parentesco, sólo tiene, en su expresión rítmica, superficiales matices de semejanza, y no es, bien tamizado, sino pura afinidad de sentimientos, acercamiento de espíritus convergentes; pero nunca la tendencia definida y consciente como un propósito más o menos visible y caracterizado de imitación en que se desprenden partículas del propio ser siguiendo orientaciones espirituales extrañas... Fabio Fiallo, en todo momento, es siempre él siempre el *mismo*, con su peculiar subjetividad román-



tica, con sus exquisitas delicadezas de sentimiento, con todo lo que en su poesía diáfana, suave aristocrática, mejor que en ninguna otra expresión de su actividad mental, da relevante idea de la nobleza y generosidad privativas de su alma.

F. GARCÍA GODOY

PAGINAS EFIMERAS, Imp. La Cuna de América, 1913.



UN LIBRO Y UN POETA

(Leído por su autor en la velada del «Ateneo Dominicano» en honor de su Vicepresidente, el poeta Fabio Fiallo)

Parecería difícil el cumplimiento de este tan delicado como honrador encargo para quien, como yo, fue siempre negado a prodigar elogios, no porque se opusiera a ello otra cosa que mi aversión a recibirlos cuando no son sinceros; y hasta cuando lo son, para evitarme la obligación de corresponderlos, que la impone en este caso, desdichada y casi necesaria fórmula de la cortesía. Pero al tratarse de Fabio Fiallo, el exquisito trovador del galante endecasílabo, si bien he vacilado por la poca confianza que me inspiran mis facultades para realizar cumplidamente este trabajo, he aceptado con placer la insinuación del Presidente, dignísimo, de este centro de cultura, porque nada impulsa a mi manera de pensar a salirse de sus normales procederese seguro como estoy de que a Fiallo más bien repugnan que halagan, las aromas del lisonjero incensario...

Fabio Fiallo es un poeta. Esa afirmación que hace todo aquel que le haya leído en prosa y verso, bastaría para que yo, uno de sus más apasionados admiradores, no sólo por su gran talento artístico sino por el género de poesía a que lo dedica, le tuviera entre los que consagro mis predilectos mi decidido culto al amor y a la belleza.

¡El amor! El amor es la poesía misma, la poesía hu-



mana, vigorosa, pura, sentida, delicada, sugestiva, múltiple, inagotable. Es una sonrisa de salud y de vida, sobre todas las enfermedades, una mirada de paz, sobre toda innoble lucha; un soplo perfumado de la verdad, sobre la infamia de todos los errores. Fabio Fiallo canta al amor, viviéndolo, sintiéndolo, amándolo, enamorado de sus glorias y triunfador gallardo de sus amables desdenes. ¿Su musa? Su musa es la Amada, la eterna Amada sin nombre, que sonríe sobre todos los labios bellos, perfuma en todas las cabelleras, acaricia en todas las manos enguantadas, triunfa en la afiligranada urdimbre de todas las coqueterías elegantes... Viste el traje medioeval, o aprisiona la embrujadora geometría de sus formas entre los ceñidores pliegues del *fru-fru* moderno. Habla en italiano, mira en alemán, en francés sonríe, camina en japonés, besa en español... ¡Su musa es la Amada eterna y sin nombre, exquisita y humana, inagotable y múltiple!

* * *

¡Fabio Fiallo es un poeta! Lo es en su vida íntima; lo es cuando su paso inseguro y despreocupado lo lleva por las calles, ajeno a los rumores de las turbas, sumido en su propio yo, como envuelto en una apatía melancólica contra la hora fija y el rumbo cierto; lo es cuando nubla su frente la tristeza del mal ajeno o propio, o la ilumina el gozo del bien de todos; lo es cuando abre sus brazos fraternales a todos los afectos y a todos los amores.

No tuvo jamás el interés de su propia fama, y, como hombre público y como poeta, jamás puso al servicio de su nombre el cariño con que ha sido distinguido siempre por sus ilustres amigos: Darío, Chocano, Mata, Díaz Rodríguez, Jacinto López, Blanco Fombona y mil otros extranjeros de alta nombradía intelectual, le tienen en concepto de hermano el más querido. Fabio Fiallo se



pregunta, admirado de esas espontáneas muestras de simpatía, a qué halago inconscientemente prodigado, a qué reclamo adulador, debe todo eso, ¡él que no sabe de los primeros y odia noblemente los segundos!

¡Ama la juventud, el nombre literario de la juventud, como al nombre de la patria! Como Lugo, tiene veneración en aquélla, como confianza en el porvenir de ésta. Y es que para el uno, como para el otro, la juventud es la que está encargada de llevar la patria a puertos de ventura y de progreso a que no pudo conducirla, por fatalidad del medio ambiente, el esfuerzo y la buena voluntad de las respetables y veneradas generaciones pasadas. Aquellas nacieron para los heroísmos, para los grandes obstáculos de la nación recién nacida, deslumbrada por los reflejos de una libertad conquistada a golpes de sacrificio; éstas, para hacerla entrar serenamente, por caminos luminosos, «¡en la gran sociedad de las naciones!».

¡Fabio Fiallo es un poeta! Tiene la gran virtud de la pasión, esa fuerza suavemente enérgica que nos empuja hacia todas las cimas o hacia todos los abismos; pero en él la pasión es luminosa, alta capaz de todas las noblezas y de todas las hidalguías. En su verso está su alma, su corazón, su carácter, su arte, su amor a la belleza, su galante tristeza, su gozo discreto, su misma pasión enfrenada por la mano blanca y fina de la poesía. Su verso es como un caballero antiguo, elegante y conquistador, en que la vieja espada triunfadora suena bajo el áureo tacón de las duquesas; la copa cruje voluptuosamente bajo el piecitos diminuto de las marquesitas de la corte de Luis XVI, o tiembla, herido de amor, ante el prestigio de la coquetería deslumbradora de una «¡mano semejante a blanca flor!».

Su libro es su persona. El ruiseñor que canta sobre todas las miserias de la vida; sobre todas las tristezas de la vida, sobre todas las bellezas de la vida, el dulce



pájaro lírico que rima al cielo su endecha enamorada, sobre el árbol seco de las tierras ardidadas o sobre el follaje ubérrimo de las selvas que aprisionaron a las primaveras; ¡y en la tirana jaula férrea, a cuyas rejas, oídos cariñosos se acercan para escuchar su canción melancólica al caer de las crueles tardes del cautivo!...

* * *

¡Cantaba el ruiseñor! Cuando el alma sueña, reclinada en el primoroso encanto de este libro, algo vibra en ella como una cuerda de lira que ensaya el himno del ensueño. ¡El acerado escalpelo de la crítica, al ahondar en él, se perfumaría, como la mano cruel se perfuma con la rosa que deshoja o martiriza! Cada una de sus páginas entra en el alma, como una nueva divina caricia. ¡Nadie podría vanagloriarse de juzgarlo desapasionadamente, porque en este libro palpita un corazón en que están resumidos todos los corazones!...

¡Canta el ruiseñor, y por la virtud de su canto es amor la pena, sonrisa la esperanza, alegría de vivir el delicioso ensueño a que despierta el sueño vago del recuerdo! Canta el ruiseñor, y al amor de su canto parece más bello el sol, más rumoroso el mar, más gentil el céfiro galante que hizo de cada reja un arpa para sus amores y de cada flor una sonreída boca para la fugitiva caricia de sus besos... Canta el ruiseñor, y al milagro de su canto tornan a vernos miradas que adoramos, ojos que nos amaron; vuelven a acariciarnos manos que se ardieron entre nuestras manos; labios que murieron sobre nuestros labios; resucitan almas que se sepultaron en nuestras almas, recuerdos que se rindieron una vez al fácil reclamo del odio o a la mullida promesa del olvido.

Canta el ruiseñor, y su canto es el nuevo milagro de la Belleza triunfadora, del Arte supremo, de la divina Harmonía, ¡que sonará por los siglos de los siglos, so-



bre las sombras del eterno abismo, bajo el beso fulgurante de la inmortalidad y de la Gloria!

APOLINAR PERDOMO

Abril, 1911.

**REVISTA «ATENEO», núm. XVII, S. D.,
mayo de 1911.**



REVISTA BIBLIOGRAFICA

Canciones de la tarde

Desde la famosa Torre del Homenaje en Santo Domingo, me ha enviado su libro más reciente, «Canciones de la Tarde», el más inspirado y dulce de los poetas dominicanos, Fabio Fiallo.

Hace años que conocía yo su «Primavera Sentimental» y «Cantaba el Ruisenior», colecciones de versos amoratorios que llamaron mucho mi atención por la delicadeza exquisita del pensamiento, por la sensibilidad extraordinaria revelada en todas las composiciones de este poeta galante y sentimental. En esta nueva obra suya vuelvo a encontrar estas nobles cualidades expresadas con más espontánea y gallarda dicción, y con alguna mayor variedad de tonos.

Sus viajes por Europa y por el continente americano, su amistad y frecuente trato con hombres eminentes de las letras y de las artes y su asiduo trato con la alta sociedad femenina, han dado a su estilo un admirable sello de mundología delicada y discreta, que da a su dicción poética un encanto especial.

¡Y pensar que este genial poeta, predilecto de las damas, ha estado recientemente preso como un criminal, encerrado en un castillo histórico, que no por ser de origen casi regio deja de ser una prisión horrible de pena y de dolor! ¡En eso también, además del sentimentalis-



mo amoroso, había de coincidir Fabio Fiallo con el Petrarca!

Decoran la portada de este libro, dedicadas a su autor, bellas y laudatorias composiciones de Villaespesa, Pérez Alfonseca y Rubén Darío, y al final de la obra hay un precioso artículo crítico y biográfico, escrito por este gran poeta en elogio del ruseñor dominicano. En él copia estas delicadas estrofas de Fiallo:

*Por la verde alameda silenciosa
ibamos ella y yo;
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba un ruseñor.
Y la dije... no sé lo que la dijo
mi temblorosa voz...
En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruseñor.
Y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó:
¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?
¡Guarda, oh luna, el secreto de mi alma!,
¡cállalo, ruseñor!*

Pocas composiciones amoratorias se habrán escrito desde Becquer hasta hoy, tan hondamente sentidas como ésta. Otra de distinto género voy a copiar aquí, capaz de figurar dignamente entre las mejores baladas de la lírica alemana:

LAS ROSAS DE MI ROSAL

*Yo tengo un rosal florido
en el patio de mi hogar,
y todo el que pasa envidia
las rosas de mi rosal.*



*Hay dolor en cada rosa :
diríase que un puñal
rasgó artero mis entrañas
y el sol las hace sangrar.*

*Y se diría son lágrimas
su rocío matinal.
¡Quién sabe todo ello oculte
misterios que he de callar !*

*Su color y extraña aroma
causan impresión igual :
y quien ese aroma aspira
ya no lo puede olvidar.*

*Mis rosas pidióme un día
la hija más bella del Czar,
para tejerle a su padre
una corona triunfal.*

*—Perdón, Alteza, mis flores
no sirven para adornar
de un pecho que aspira a libre
el ancho y férreo dogal.*

*También mis rosas quería
ver en su mesa y su altar,
sibarita y elegante,
un ilustre cardenal.*

*Su Eminencia disimule,
que no cuido mi rosal
para orgía de su mesa
ni ornamento de su altar.*

*En triste llanto inundada,
presa de vivo pesar,*



*a mis puertas llega ahora
una niña angelical.*

*—Dame dos rosas, me dice,
¡sólo dos! para aromar
la humilde fosa en que duerme
mi amado en sueño eternal.*

*Sin decir una palabra,
mientras corría a la par
de sus lágrimas mi llanto,
deshojé todo el rosal.*

*Y en tanto que ella volaba
su roja ofrenda a llevar,
mil rosas blancas de súbito
coronaron mi rosal.*

Desde la extraordinaria sensibilidad de Fabio Fiallo y lo impresionable de su temperamento artístico, pudiera suceder que el estado excepcional de la patria dominicana pusiese una sordina de pesimismo y de tristeza en la lira plácidamente amorosa de este ilustre poeta. Sería éste un motivo más para desear la pronta cesación de las causas que le hicieron huésped forzoso de una de las primeras fortalezas edificadas por el genio español en América.

Ilustran este libro los retratos del autor y de Rubén Darío, y algunas bellas láminas de asuntos amorosos y está primorosamente editado en la tipografía de «La Cuna de América».

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

(De «El Imparcial» de San Juan, P. R.)

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA, núm. 6,
Santo Domingo, 30 de enero de 1921.



«LA CANCIÓN DE UNA VIDA» DE FABIO FIALLO

Por CARMEN NATALIA

Me ha llegado este libro como un precioso regalo, y he vuelto a leer, con la fruición de siempre, sus versos tan plenos de armonía y de belleza.

Hay en ellos una gracia exquisita que cautiva el corazón. Su poesía es esencialmente erótica, pero siempre canta al amor sublimizado, revestido de aristocracia y de idealismo. Es el amante que habla de la luna y del ruiseñor, de la fronda, del sendero florido, del arroyo cristalino. Su «Gólgota Rosa», de una atrevida intención, es joyel perfecto que sólo un artista de extrema sutileza podía haber elaborado. Y es que por encima de la carne —barro eterno— está la vestidura grácil y delicada, tachonada de rosas y estrellas. El perenne ascender, en un maravilloso anhelo de alcanzar el azul, aunque las sandalias hayan de estar eternamente adheridas a la tierra.

A través de sus páginas se advierte un soplo de idealismo que fascina. La realidad es cruda, dolorosa, palpable, y oprime el corazón con sus mil dedos de hierro. Pero el alma sabe cantar y canta para todos los oídos. Canta obedeciendo un imperioso mandato de su naturaleza interior. Es como un río impetuoso que se desborda en un desesperado afán de llevar sus aguas hasta el mar y confundir con él todas sus ansias. Y en ese desbordamiento milagroso se realiza la suprema misión del poeta: cantar, cantar, cantar...



No sabría decir cuál de estas poesías me seduce más. «Alas», «Gólgota Rosa», «Evocación Romántica», «Plenilunio», «Tras sus Huellas»... En todas ellas vibra un espíritu sutil y delicado, una suavidad interior, hija de su propia naturaleza, y en perfecta armonía con la personalidad del poeta («Alma de perla y trato de seda», al decir de Rubén). De ahí que sus versos sean sinceros y nazcan simplemente, sencillamente, sin rebuscadas formas snobistas. Su amada es una mujer de ayer, de hoy, de mañana. Porque es el alma femenina que siempre hará al cielo una pregunta muda y se turbará ante una palabra trémula de amor. Cambiará, acaso, el traje, que no ceñirá sus formas estatuarias. Pero su corazón no cambiará jamás, ni cambiará su acento emocionado, ni su actitud de adoración frente al altar. La esencia es *ésa* y es *eso* lo que perdura, pese a los giros de la civilización y a las mutaciones de las formas.

«Cantares de Adolescencia» —que tan bondadosamente me han sido dedicados, son exquisitos en su sencillez y en su sentido. Habla allí el corazón que comienza a latir al ritmo del autor. Amores juveniles que se alimentan de ingenuos besos robados, de lágrimas sin dolor, de caricias simples... El mancebo que quiere ser hombre y habla como un hombre; pero que no puede dejar de sentir como un adolescente. Allí es donde radica, encuentro yo, el encanto principal de estos Cantares.

Y nada más. Porque para decir cuánto amo estos versos y cómo agradezco su envío, no se precisan más palabras. Si algo faltare, lo dirá en un gran silencio mi corazón.

3 de febrero de 1942.

LA OPINION, núm. 4665, S. D.,
5 de febrero de 1942.



LOS CANTOS DE UN PRISIONERO

De manos próceres recibí la última obra del poeta Fabio Fiallo: *Las Canciones de la Tarde*. Era en el momento preciso en que el ocaso —herida enorme con amarillentos borbotones de pus y coágulos de sangre— mentía una tragedia fabulosa en que eran cíclopes guerreros las nubes y escudo de oro resplandeciente la maravilla del sol. Y es justo confesar que el espectáculo de la naturaleza mucho es lo que transforma nuestro espíritu. Habíamos recibido la obra de Fabio Fiallo en momentos de alegría. Yo me lancé a la calle. En medio de la multitud estaba solo, de vez en vez miraba algunas páginas del libro, o me abismaba en la contemplación del crepúsculo. Ahora no atino a comprender si era la tarde o los versos del poeta la causa de una melancolía que poco a poco se me filtró en el alma; mucho que esa melancolía guardaba parecido con la de *Las Canciones de la Tarde*, breviario de amor y de ensueño que me hizo pensar en los poetas alemanes.

¿Por qué no confesarlo, si los viejos rencores y los hondos antagonismos no deben subsistir ante el ara de nuestra Señora de la Belleza? Difícil es encontrar literatura donde exista más hondo, confidencial, verdadero lirismo, que en la literatura de Alemania. Mucho del oro espiritual de Enrique Heine, más que de ningún otro poeta, abunda en las estrofas de Fiallo; él es, a la manera de Becquer, un noble espejo de las golcondas de Heine.



Y para hablar aquí de un lírico tan amable y tan hon-
do, bien que quisiera yo la frase como empenachada de
rosas y laureles. Mas hoy está muy por encima de sus
versos la representación política de Fiallo. Pudo ser un
mártir —seguramente para regocijo suyo— y en la ac-
tualidad se encuentra condenado a ver con mordaza los
labios y como apuñaleadas las almas. En un banco de
la prisión, tal vez narre a hurtadillas, dejando la lira
frágil de sus confidencias de amor, el ansia de sacrificar-
se por sus ideales. ¿Qué corazón de poeta no la ha sen-
tido así? A los que torpemente engañados por los que
visten harapos y rumían versos a la luz embriagadora de
los astros, difícil tiene que serle la concepción exacta de
un poeta. ¿Verdad chiquilla sentimental que te extraña-
rás de ver que los poetas saben usar chistera sobre las
frentes pensativas, ya que no sólo la chistera se ha hecho
para los cráneos vacíos, ni los guantes para las manos
mercenarias?

El poeta debe ser, ante todo, un hombre, y lo que
es más aún: debe ser de los primeros en ofrecer su pe-
cho al sacrificio en las horas que el sacrificio se requiera.

Ahí está nuestra historia, para no ir más lejos en
comprobaciones inútiles. Desde los tiempos de Heredia
—cuya voz de generación en generación, tronó con arre-
batos proféticos hasta trocarse en clamores apocalípticos
en la palabra relampagueante de Martí—, ¿en qué movi-
miento revolucionario no aparece, al frente de iniciati-
vas heroicas, el nombre de un poeta? De justicia es re-
conocer lo que obliga la gratitud que así se reconozca.

Por eso, Fabio Fiallo prisionero, casi en las gradas
de un cadalso que hubiera sido para él de gloria, y de
ejemplo viril para su pueblo, a la rastrera fatuidad y a
la ignorancia deleznable sólo puede sorprenderle. No im-
porta que él no haya sido nunca un trompetero heroico,
sino flautista primoroso de amores sentimentales y pro-



fundos. Cuando la imagen de su Patria, ante sus ojos coléricos, se apareció con las rodillas en el polvo, con las manos trémulas y el grito ahogado en la garganta, queriendo en vano luchar contra el derecho de la fuerza, que es lo superior —dígallo Wilson— a la fuerza del derecho, el poeta crispó los puños y lanzó su protesta. Su figura de soñador, atribulada por las injusticias circunstanciales, apareció más alta aún a los ojos de sus conciudadanos, y es que hay actitudes que ponen como en un pedestal a quienes las adoptan.

En el nuevo libro de Fabio Fiallo, apenas si hay una alusión donde revela su ansiedad patriótica, y es cuando dice en la poesía final de *Las Canciones de la Tarde*:

*«En la pared de mi angustiada alcoba
fulguran a la par,
el fiel retrato de la amada muerta
y un acero que el Taja vio temblar.
Encima de su vida aquella puso
su pasión por mí... Mas,
su amor por una patria sin mancilla
fue su amor sin igual.
Y es el acero la fulgente espada
que un héroe nacional
esgrimió en Santomé... ¡Pensad si ahora
no ha de ser de vergüenza su pesar!
Y así de noche, en la sombría alcoba
pregúntenme al entrar:
—¿Cuándo?... los ojos tiernos de la amada,
y el filo ansioso del acero —¿Ya?»*

No son éstas de las estrofas mejores del poeta. Sin embargo, en ellas hay reflejos de su personalidad y de su estilo. Revela en estos versos la misma influencia de



los poetas alemanes, y sobre todo de Heine, a que yo hacía referencia.

RAFAEL A. ESTENGER

Santiago de Cuba, septiembre de 1920.

LISTIN DIARIO, núm. 9412, S. D.,
4 de octubre de 1920.



EL POETA DOMINICANO FABIO FIALLO

Por GUILLERMO VARGAS

Hablando de la isla de Santo Domingo —después de la de Cuba la más grande del archipiélago de las Antillas y primera tierra americana descubierta por Colón— ha dicho Rubén Darío que por sus bellezas naturales, por haber empezado allí el glorioso descubrimiento y acaso, también, por haber empezado allí sus infortunios, esa isla fue la preferida y más amada del gran Almirante, cuyos restos conserva. Queda en aquella región del trópico en la cual Paúl Adam vio desfilar el magnífico sueño de un edén milagrosamente aparecido. El propio descubridor la calificó de maravilla, después de ponderar sus playas y sus árboles «de mil maneras y altos, que parece que llegan al cielo, que jamás pierden la hoja, verdes y hermosos, unos floridos, otros con frutos, en cuyas frondas canta el ruiseñor y otros pájaros de mil suertes»; después de encontrar sus palmas, sus hierbas, sus campiñas, sus vegas, la miel de sus colmenas y el agua buena de sus ríos, los más de los cuales arrastraban oro en sus corrientes...

País con inmensos pinares de más de cincuenta leguas, con lindas mariposas que vuelan entre el mar y la selva, con mujeres de ojos brujos y negros, con legiones de aves canoras, con florestos lunares y jardines bañados de sol y de estrellas; país de leyenda, de historia y de héroes, imposible que no fuera por todo ello un



país de poetas. Santo Domingo ha sido, en efecto, un suelo fecundo así en esencias finas como en ardorosos líricos; y ha dado a América cantores tan dignos del laurel sacro como José Joaquín Pérez, como Gastón Deligne, como los Henríquez Carvajal y los Henríquez Ureña, como Arturo Pellerano y poetistas tan inspiradas como Salomé Ureña primero y Altigracia Saviñón, luego.

Pero ninguno de los grandes poetas dominicanos es tan conocido y apreciado en el extranjero como Fabio Fiallo, ese trovador de voz encantada, trémula y suave, contra quien el gobierno militar norteamericano que ejerce el poder en Santo Domingo, desde hace unos pocos años, sigue ahora un juicio penal a instancias del interventor de los Estados Unidos, por supuestos delitos de imprenta y actividades revolucionarias. ¿En qué han consistido esos delitos? Aún no lo sabemos; sólo sabemos de cierto que el espíritu de Fiallo ha bebido en el corazón patriota de Juan Pablo Duarte, de Francisco del Rosario Sánchez y de Ramón Mella, el amor y el culto a la independencia; haber inspirado acaso en ese culto y en ese amor su palabra de periodista ardiente —en la hora actual de reivindicaciones patrióticas y luchas de nacionalismo que encienden cerebros y almas por doquier— no puede ser jamás delito.

La Asociación de la Prensa de Cuba se ha dirigido al Presidente Wilson en demanda protección y justicia a favor del brillante autor de *Primavera Sentimental*, libro de versos frescos y bellos que conquistó a Fiallo un puesto de preferencia en el 1920 entre los vates representativos de Hispano América. Otras entidades, periodistas e intelectuales del continente han secundado ya aquella generosa iniciativa. El hecho de educirse en ésta que la corte marcial encargada de juzgar al poeta pudiera aplicarle aún la pena de muerte, permite creer que Fiallo está envuelto en las mallas de un proceso de rebelión y sedición, por actos directos o indirectos, pues sería mons-



truoso suponer que se irguiese todavía en cualquier región del planeta el cadalso frente a la libertad de prensa. El Presidente Wilson ha ofrecido estudiar el caso de que se trata. El cable ha guardado silencio acerca de las resultancias del proceso.

Fabio Fiallo pertenece a la tercera generación de líricos de Santo Domingo. Está en la plentiud viril de los cuarenta años, que es como decir en el cénit de su inteligencia. La hirviente savia de su espíritu ha de cuajar ahora o nunca en frutos de oro, en etéreas pomas, bajo el amor de su floresta libre. En otros tiempos ha sido cónsul de su país, ha viajado por el mundo, ha visto la vida y ha cantado. Pero falta aún su gran canto de poeta, falta su poesía definitiva, falta aún su obra maestra, y para tener esto, que es el tesoro mental de América interesa, la corte marcial que lo juzga carece de eficacia en absoluto; por ello la absolución de Fabio Fiallo es hoy por hoy un anhelo panamericano y los manes de Clemencia Isaura disputan sus fueros a Themis. A estos soñadores de lo azul sólo pueden ajustificarles cortes de amor. La muerte sólo se la debe dar el buen Señor Dios, como a los ruseñores. Y no es fácil cortarles la cabeza, porque saben cubrirse con las alas...

Los versos de Fiallo son versos románticos ataviados de modernismo. Versos de amor y de amores, en los que crujen besos y deseos, desesperanzas y odios acerbos, celos envenenados, ilusiones y cálices marchitos. En el tul de su poesía pasan velados rostros de mujeres espléndidas, odaliscas que sólo los ojos dulces y fieros muestran. Uno de sus críticos lo encuentra influido por Catulle Mendes; pero también en su copa hay vinos oscuros de Becquer o de Heine. Y como es un sensitivo, hay huellas de muchos: su sensibilidad poética es una cera; en su *Gólgota Rosa* se advierte el filo de la uña diabólica de Baudelaire. Como buen amoroso y buen enamorado, todo él se vuelve quejas y pesimismo, desencantos y



amarguras por las perfidias giocondescas. Por eso decimos que su obra fuerte no ha aparecido todavía.

Ahora que el poeta está en peligro hagamos votos por ella. Ha de traer, a buen seguro, el rumor de sus montañas, el aroma de los bálsamos de su selva, todo el esplendor de la primavera dominicana y el eco de las músicas pánicas y de los susurros de sus pinares, en un solo haz de reflejos y en un solo gajo de flores, cuya cinta de seda mostrará a sus iniciados el discreto sello de su talento.

(De *La Nación*, Buenos Aires.)

LISTIN DIARIO, núm. 9434,
29 de octubre de 1920.



LOS SETENTA AÑOS CABALLERESCOS Y GENEROSOS DEL POETA FABIO FIALLO

Frente a los pesados balanceos de barco necesitado de ir a dique con que Fabio Fiallo suele cruzar las calles de Santo Domingo, no evoquemos la fatiga de un buey añoso, sino la tragedia del albatros bodeleriano.

Por JUAN JOSÉ LLOVET

Hay poetas que si vivieran cien años, al cabo de ellos, seguirían produciendo los mismos armoniosos versos que los hicieron famosos en su juventud, émulos, en esto, del rosal que, a través de la milagrosa y rutinaria reiteración de las primaveras, no se cansa nunca de dar rosas.

Tales poetas, como ciertas mujeres, cuya misión en la vida es la única y trascendental misión de embellecerla, no deberían envejecer, o deberían envejecer, si acaso, tan lenta e insensiblemente como las estrellas que, por la limpidez de su brillo, no parecen hoy menos jóvenes que cuando el inmemorial Padre Homero se paseaba bajo ellas.

A nosotros no nos ha sorprendido leer, como anteayer leímos en el LISTIN, que Fabio Fiallo, el admirable poeta dominicano del sonoro nombre de trovador portugués, había cumplido setenta años. Al contrario, lo que nos sorprendió fue que los años cumplidos por el poeta no fueran sino setenta. Le creíamos menos mozo; le creía-



mos contemporáneo de Enrique Henríquez que no niega a nadie, aunque bien podría, dada su física reciedumbre y la frescura de su imaginación, la respetable suma de sus setenta y seis abriles.

Pero si para nosotros no ha significado novedad alguna saber a don Fabio entrado, oficialmente, en el octavo decenio de su vida; la noticia, indiscretamente aireada por los periódicos locales, no puede menos de haber herido en el corazón a los miles de lectoras del poeta que, conocedoras sólo de sus versos, ignorasen de él, por lo referente a la edad, hasta el indicio de aquel retrato en que aparece, ya maduro, al lado del genial «papemor» de Nicaragua.

Pensando en el indiscutible derecho a la ilusión de éstas y otras almas exquisitas, comenzamos este artículo con la afirmación de que ciertos poetas no deberían envejecer. Y ahora añadimos que, aun aceptada por y para ellos —¿qué remedio nos queda a todos?— la inexorabilidad del tiempo, los tales poetas deberían envejecer en secreto, sin dejarse olisquear la partida de nacimiento por ningún Diódoro Danilo.

Bromas aparte, felicitamos a don Fabio por haber llegado a cumplir, en perfecta salud y en plena fuerza de producción, una edad a la que nosotros nos conformaríamos con aproximarnos, aunque fuera a precio de algunos achaques. Felicitamos a don Fabio; lo felicitamos —él lo sabe— muy cordialmente y felicitamos, sobre todo, a la República Dominicana, para la cual la conservación de un poeta de tan remotas e ilustres ascendencias románticas como el autor de «Cantaba el Ruiseñor», en plena ecuménica crisis de todos los romanticismos, significa, sin duda, un señalado y excepcional favor de las potestades superiores que rigen, hasta en sus detalles más nimios, el devenir de las épocas.

No; no es Fabio Fiallo, ni por su edad, ni por el contenido interno y la estructura externa de su poesía, ni



siquiera por las llamaradas de fe idealista en que su corazón —todavía en lo substancial, juvenil— se le abraza en la jaula de una armazón ósea y carnal, ya claudicante; no es en Fabio Fiallo, decimos —y lo decimos no sin entrañada melancolía— hombre del mundo en que le ha tocado vivir los últimos años de su noble vida. Entre nosotros, amigos, camaradas de materialista rebajamiento, un poeta, un hombre como Fabio Fiallo, atento siempre al ritmo de sus músicas interiores, venerables por su autenticidad, por muy pasadas de moda que estén; un hombre como el autor de «El Poema de una Vida», con una historia que es casi una leyenda, es un extraño, un superviviente, y como a tal debemos amarle, respetarle y procurar empinarnos a su altura.

Y cuando le veamos cruzar por las calles de Santo Domingo, con sus pesados balanceos de barco necesitado de ir a dique, no evoquemos nunca, como alguien evocó alguna vez, la fatiga de un buey añoso, sino la tragedia del albatros bodeleriano, a quien en tierra, «como al poeta, cargado de grandes pensamientos, sus alas de gigante no le dejan andar».

Jóvenes aedas dominicanos, flor y espuma de la patria nueva, levadura de los panes, ácidos hasta hoy, de la nacional cultura; perdonad a quien fue vuestro maestro de primeras letras poéticas su incomprensión natural y orgánica de vuestros balbucientes fervores neoes-tetizantes, y procurad imitarle, si no en lo literato, que esto no se lo recomendaríamos a nadie, porque cada época tiene sus modos propios y transitorios de expresión artística, sí en la virilidad y entereza de sus actitudes cívicas y patrióticas.

¿No es digno de imitación, no será siempre digno de imitación, el hombre que un día, por haber defendido la libertad de su patria hubo de barrer, vestido de presidario, las calles de la antigua Santo Domingo de Guzmán? ¿Y no lo es, asimismo, el caballeresco «general» que asis-



tía a las funciones marciales del pasado con una sonrisa en los labios, un pañuelo rojo al cuello, para hacerse bien visible al enemigo, y un revólver descargado en la diestra?

**LISTIN DIARIO, núm. 15073,
6 de febrero de 1936.**



FABIO FIALLO Y LA INTERVENCION NORTEAMERICANA EN SANTO DOMINGO

Por ANTONIO HOEPELMAN

No sé si estas líneas que voy a trazar, carentes en lo absoluto de valor literario, encuadrarán bien o mal en un libro que encerrará información desapasionada y escueta de sucesos históricos de reciente realización; pero si es necesario hacer justicia a los dominicanos que se enfrentaron con verdadero valor y celo patriótico a los interventores norteamericanos en nuestro país, indispensable será para todo aquel que discurra sobre ese tópico ponderar en su justa medida los hechos y destacar sobre el escenario de los acontecimientos la figura de los actores, para que quede evidencia, a través del Tiempo, de quienes actuaron con más entereza cívica en la ardua pero noble y honradora tarea de conseguir, por medios pacíficos, el completo rescate de la Soberanía Nacional y cuales beneficios, de inmediata consecuencia, se obtuvieron para el perseguido objeto de nuestra liberación.

Considero ocioso detenerme a analizar el fútil motivo que invocara la poderosa nación norteamericana para invadir con tropas de su ejército a la indefensa y pequeña República Dominicana, desconocer su Gobierno legalmente constituido, incautarse de sus rentas para manejarlas a su antojo, establecer un gobierno militar, dictar e imponer leyes, disponer de las tierras y de las aguas de sus ríos a favor de compañías yanquis y perseguir, encarce-



lar, dar tormento y asesinar a muchos nativos que, en una u otra forma, protestaren de tales tropelías. El mundo conoce los hechos y jamás podrán los Estados Unidos de Norteamérica, no obstante el Plan de Liberación Hughes-Peynado, justificar los actos vandálicos de sus tropas en esta Isla.

Pero el mundo conoce también la heroica resistencia del pueblo dominicano a dejarse sojuzgar y como puso, al servicio de su independencia y soberanía, el escudo de su dignidad y de su patriotismo para rescatarlos íntegramente de las arteras y codiciosas manos que tan caros atributos nos habían arrebatado con cobardía y con traición.

Mi propósito se encamina, pues, a relatar algunos de los medios de acción puestos en ejercicio por el pueblo dominicano para la obtención de su libertad sojuzgada y la parte de labor, digna y meritoria, que realizaron en la ejecución de tales medios algunos prestantes compatriotas entre los cuales se destaca la figura altiva y gallarda de uno de los que más se significaron por el valor, la constancia y la abnegación: FABIO FIALLO.

Nadie podrá escribir la Historia con más autoridad de verídico que aquel que vivió los acontecimientos o fue testigo ocular de los mismos. Por eso me es dable producir estas líneas con aquella autoridad y con la plena conciencia de que la relación en ellas contenida está abonada por el testimonio irrecusable, no solamente de los dominicanos, sino de muchos extranjeros que, desde antes de la Ocupación norteamericana, viven en el suelo de la República.

Cuando la luctuosa mañana del 15 de mayo de 1916, los yanquis entraron agazapados y llenos de miedo por nuestras calles sin encontrar resistencia; pero con todas las casas cerradas como señal de protesta de una ciudad en duelo, la Ocupación encontró a Fabio Fiallo en su sitio de combatiente desde las columnas de su pe-



riódico «La Bandera Libre». Infructuosos habían resultado los esfuerzos de Fabio Fiallo acerca del General Desiderio Arias, Ministro de la Guerra y hasta la víspera Comandante de esta Plaza, para la consecución de armas con qué repeler, como hombres, no obstante la amenaza de bombardeo por los acorazados, la funesta intromisión yanqui en nuestros asuntos domésticos y el anunciado propósito de ocupar la ciudad, dizque para garantizar una libre elección del Presidente de la República por parte del Congreso Nacional. Fue necesario al pueblo capitalaño reducirse a una actitud pacífica y presenciar, con lágrimas de fuego en los ojos y como tímidas mujercuelas, la horrible ofensa a nuestra dignidad de pueblo libre e independiente. Sin embargo, Fabio Fiallo enarboló enseguida el gallardete de la protesta desde LA BANDERA LIBRE y tanto en aquella hora viril como en distintas hojas sueltas de protesta que circularon entonces, se encontrará estampada en primera línea la firma responsable de Fabio Fiallo enrostrando al invasor su infamante proceder contra un pueblo amigo que en forma alguna había ofendido a la nación norteamericana.

Después, establecido el Gobierno Militar la Censura, que impuso silencio a la prensa dominicana, pretendió también poner dizues al pensamiento y sofrenar la lengua viril de los patriotas; pero Fabio Fiallo, que había entregado todo a la causa dominicana, que no tenía un solo minuto de reposo mental consagrado a otra empresa que no fuera la de nuestra liberación, que había cambiado la dulce lira del poeta por el escudo del patriota, demostró bien pronto al intruso que eran ineficaces sus medidas coercitivas e inútiles sus actos de terror ante la inquebrantable voluntad de un pueblo deloso de su independencia, conquistada por vía de proezas inauditas. Y, así cuando el imprudente Almirante Snowden dijo en Haina que solamente sería devuelta la libertad al pue-



blo dominicano en manos de los niños de aquella época cuando ellos fueran mayores de edad, Fabio Fiallo en unión del Dr. Américo Lugo redactó aquella célebre protesta, que solamente nos atrevimos a firmar unos pocos, para abofetear con ella, en pleno rostro, a los hombres de la Intervención.

Fue aquella protesta, podría decirse, la iniciación de una noble cruzada por la libertad; el tronco arrimado a la hoguera de indignación ardía bajo las cenizas de la prudencia, en todos los pechos quisqueyanos. Fue a partir de aquel hecho memorable que comenzó, lenta pero tenaz y constante, la lucha entre el pueblo de la República y el Coloso del Norte por el pacífico rescate de su soberanía e integridad territorial.

Surgió, entonces, la primera Junta Consultiva. Todos juzgamos que el patriotismo se había desmayado en los cuatro prestantes compatriotas que se prestaron a formarla y que, engañados y seducidos por la falacia del yanqui, habían de hacer, de conformidad con el Plan Wilson, concesiones transaccionistas que el pueblo dominicano jamás aceptaría. Se alarmó, como era natural, el patriotismo en vela y la juventud nacional, alentada por Fabio Fiallo, se lanzó al campo de acción para contrarrestar la amenazante contingencia. Su hijo René me visitó una noche, en enero de 1920, para invitarme a concurrir a una reunión que debería verificarse al día siguiente en la casa morada del Poeta-Patriota. Se trataba de crear un organismo nacional que abarcara en su seno a todos los dominicanos, sin distinción ninguna, en un solo propósito de compactación para el logro del ideal liberador, tal como nos lo expuso Fabio Fiallo a Juan Tomás Mejía, a René Fiallo, a Manuel Grullón y a mí que formamos la reunión preliminar.

Acogida con calor y entusiasmo la plausible iniciativa, celebramos subsecuentes reuniones integradas por valiosos elementos de esta capital, discutimos fórmulas de



organización y como final de tales esfuerzos quedó constituida LA UNION NACIONAL DOMINICANA, «congregación de patriotas dominicanos» que juramos el famoso CREDO, inspiración del Licdo. Enrique Henríquez, y por el cual nos comprometimos a «abogar por la inmediata reintegración de la República Dominicana a su antigua condición de Estado absolutamente Libre, absolutamente Independiente y absolutamente Soberano, y a no concurrir con nuestra acción ni con nuestra colaboración, ni con nuestro voto, ni con nuestra firma a comprometer en pacto alguno internacional ninguno de los atributos de la soberanía nacional ni ninguno de los dominios del territorio nacional». Al ilustre patricio don Emiliano Tejera correspondió el honor insigne de presidir la naciente asociación que, en breves días, agrupó en su seno a la casi totalidad del pueblo dominicano.

Por unánime acuerdo fueron invitados a adherirse al CREDO los miembros de la Junta Consultiva; pero no correspondieron ellos a la invitación porque el radicalismo de la Unión Nacional Dominicana resultaba en abierta pugna con su criterio de una desocupación gradual por parte de las tropas americanas, consecencialmente con las fórmulas establecidas en el famoso Plan Wilson que el pueblo dominicano rechazó de plano.

Corta, pero fecunda, fue la labor patriótica realizada por la Unión Nacional Dominicana. Su triunfo más inmediato a favor de la causa de nuestra liberación consistió en echar por tierra el precitado Plan Wilson y demostrar a los ojos del país cómo habían sido burlados en su buena fe los prestantes compatriotas que asumieron la responsabilidad de ayudar a su cabal realización.

Despertada en todos los ámbitos de la República la fe en el triunfo de la causa nacional, vigente de fervor y de entusiasmo la juventud, surgió, con general aplauso, la iniciativa de una SEMANA PATRIOTICA, lanzada desde Santiago de Cuba por Rafael César Tolentino, Secre-



tario de la Misión Nacionalista presidida por el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, ilustre Presidente de la República, depuesto de su alto sitio por medio de la proclama del Capitán Knap, al establecer éste un Gobierno Militar Interventor en la República. Tal iniciativa, que fue acogida y secundada por los más valiosos elementos de Santiago de los Caballeros y por la Junta Patriótica de Damas, de esta capital, obtuvo, en su realización, dos éxitos ruidosos: la recolecta de más de un centenar de miles de pesos y producir en el ánimo de los interventores la convicción de que jamás sería abatida la inquebrantable firmeza del pueblo dominicano de reconquistar su libertad perdida.

Manuel Flores Cabrera, un noble hijo de Venezuela que unió sus esfuerzos a los nuestros, cambió el nombre de su periódico «Las Noticias» por el de «La Semana Patriótica», mientras ésta se realizaba, marginando su espontánea decisión con estas generosas palabras: «Ojalá pudiéramos transformar nuestra hoja periódica en paladín robusto y triunfador, en esta cruzada de la Patria.» Alto y desinteresado anhelo que fue cumplidamente realizado, con perjuicio de su libertad y de sus intereses, como se verá más adelante.

Fue durante la Semana Patriótica que aquel bravo paladín que se llamó Luis Conrado del Castillo, pronunció, desde la tribuna del Parque Colón, su altivo y soberbio discurso «¡NO PASARAN!». Fue a consecuencia de esa luminosa semana que Castillo, junto con Rafael Emilio Sanabia y Oscar Delanoy eran internados en la Torre del Homenaje y sujetos a sendos procesos incoados por una Corte Prevostal. Más tarde sufrieron los rigores de la cárcel Julio Arzeno, Emilio Godoy, Francisco Prats Ramírez, Juan Salvador Durán, Francisco Augusto Cordero, Raul García Rivas, Luis Arzeno Colón, Vicente Tolentino Rojas, Manuel Alexis Liz, Onésimo Polanco, Ramón Guzmán Pichardo, Doroteo A. Regalado, Juan Palacios y otros.



que no recuerdo de momento y que de algún modo se manifestaron abiertamente como defensores de la integridad territorial. El intelectual venezolano Horacio Blanco Fombona, quien convive noblemente con nosotros, fue encarcelado y castigado con una multa de \$ 300.000 y expulsado del territorio de la República por orden del Gobierno Militar, después de suspenderle la publicación de su Revista Literaria «LETRAS», desde la cual con una espontaneidad y entereza ganadora de toda la gratitud dominicana, defendió nuestra libertad mancillada por la soldadesca yanqui.

Ahora bien; a Fabio Fiallo, como soldado de la Unión Nacional Dominicana, le estaba reservada la prueba más decisiva de su devoción por la causa nacional y una nueva demostración de su valor como hombre y como patriota. Aceptada la noble y generosa oferta hecha por Manuel Flores Cabrera de convertir desinteresadamente su diario «Las Noticias» en órgano oficial de la UNION NACIONAL DOMINICANA, la Junta Central Directiva de ésta confió a Fabio Fiallo la dirección del periódico y al Dr. Américo Lugo y al Licdo. Enrique Henríquez la redacción del mismo. Esto ocurrió en los primeros días del mes de julio de 1920 y ya en fecha 10 Fabio Fiallo asumió solo las responsabilidades del periódico, porque los señores Henríquez y Lugo se vieron en la necesidad de abandonar aquella tribuna de alto patriotismo bajo las terribles amenazas que les hiciera personalmente Logan Feland, a la sazón Gobernador Militar interino y quien se ufanaba de ostentar el remoquete de PEZUÑA. El 16 de julio, Fabio Fiallo y Manuel Flores Cabrera fueron reducidos a prisión, procesados y sometidos al juicio severísimo de una Corte Marcial que tenía facultades para imponerlos hasta la pena de muerte.

Empero no por eso arrió su bandera de combate «Las Noticias». Al otro día de hallarse en prisión los compañeros Fiallo y Flores Cabrera asumí yo la Dirección-



Redacción del periódico y continué con decisión la campaña, recibiendo el aliento con que, desde la cárcel, me animaban ellos.

Con motivo de aquella prisión y de aquel proceso, los principales periódicos de la América Latina, de los Estados Unidos y de Europa, así como diversas entidades caracterizadas del Nuevo y Viejo Mundo lanzaron su airada protesta y demandaron la libertad y descargo del Poeta-Soldado, por cuya vida se temió con fundamento.

La Comisión Militar que juzgó a Fabio Fiallo le condenó a la pena de tres años de trabajos forzados y \$ 5,000.00 de multa; pero esta sentencia fue luego modificada por el Gobernador Militar Thomas Snowden, quien la redujo el 24 de agosto de 1920 a una multa de \$ 2,500.00 y un año de cárcel, sin trabajos forzados. Flores Cabrera, condenado a una pena igual, le fue conmutada a cambio de una multa de solamente \$ 2,500.00 que fue necesario depositar en manos del Provost Marshall para obtener la libertad de ambos compañeros.

Después de esa condena cuya ejecución tuvo efecto, Fabio Fiallo, una vez puesto en libertad, siguió tenazmente su campaña nacionalista, magnificada ahora, engrandecida y aureolada por motivo de su proceso.

El 20 de noviembre de 1920 y por diligencias que practiqué, secundando una feliz iniciativa del periódico «El Baluarte», de la Romana, se instaló en esta Capital y en el Salón de Actos de nuestro Ayuntamiento, el primer Congreso de la Prensa Nacional, que iba a tener como finalidad, «entre otras tendencias de organización y de compañerismo, encauzar la norma de conducta que deberían seguir los más naturales voceros de la opinión, dentro de un perfecto y puro nacionalismo, en el anhelado momento de la reintegración de la República al goce de los atributos de su independencia y Soberanía.

No faltó en concurrir con su respectivo Delegado a la inauguración de aquella memorable Asamblea ninguno



de los periódicos que para entonces se publicaban en el país, pues estuvieron presentes para integrarla las representaciones siguientes: Arturo Pellerano Sardá, por el «Listín Diario»; A. S. Martínez y Raúl A. Carbucciona, por «El Tiempo»; Antonio Hoepelman, por «Las Noticias»; Pbro. Eliseo Pérez Sánchez, por «El Boletín Eclesiástico» y por «El Eco Mariano»; José Ramón López, por «Boletín de Noticias»; Fabio Fiallo, por «El Progreso»; Lic. Félix M.^a Nolasco, por «El Porvenir»; Horacio Blanco Fom-bona, por «Letras»; Angel Rafael Lamarche, por «Renacimiento»; Vicente Tolentino R., por «La Información»; Daniel C. Henríquez, por «El Diario»; Dr. Aristides Fiallo Cabral, por «La Cuna de América»; Juan Tomás Mejía, por «A.B.C.»; Rafael Damirón, por «El Anuncio»; Conrado Sánchez, por «El Pueblo»; Licdo. Luis C. del Castillo, por «Ecos del Valle»; Abelardo Nanita, por el «Boletín de la Cámara de Comercio»; Enrique Aguiar, por «Cosmopolita»; Enrique Apolinar Henríquez, por el «Boletín Mercantil»; Emilio A. Morel, por «El Baluarte»; Rafael Emilio Sanabia, por «La Conquista»; Dr. Héctor de Marchena, por «El Ideal»; Dr. John Molina, por «La Prensa»; Oscar Delanoy, por «Quisqueya»; José Casado R., por «Confederación Obrera»; Manuel Gil Martínez, por «La Bomba»; L. Ney Agramonte, por «La Hora»; Lic. Fabio A. Mota, por «Pica-Pica»; Domingo Moreno Jiménez, por «La Provincia»; Rafael A. Zorrilla, por «El Mundo»; Lic. Quiterio Berroa, por la Revista «L...»; Dr. Rafael J. Bordas, por «Alma Antillana»; Dr. Otilio Meléndez, por «La Tarde», y Alberto C. Boisrond, por «Prensa Local».

La importancia que revistieron los trabajos de aquel memorable Congreso puede apreciarse por la solidaridad con que el pueblo de la República apoyó todas sus resoluciones; la adhesión que le ofrecieron otras asociaciones similares y periódicos del extranjero y, sobre todo, el empeño que se tomó el Gobierno Militar en hacer que el Ayuntamiento desalojara de su local a los señores



congresistas, pretensión absurda que fue enérgica y patrióticamente rechazada por nuestro Cabildo, presidido en aquel entonces por don Manuel de J. Gómez (Nino).

La presidencia del Congreso, como un merecido homenaje, fue atribuida por voto unánime al prestante escritor señor Horacio Blanco Fombona, a quien correspondió el honor de presidir la inauguración de la Asamblea; pero a causa de su expulsión del territorio nacional ordenada por el Gobierno Interventor, recayó en Fabio Fiallo, Primer Vicepresidente, la dirección de los trabajos subsiguientes.

¡Labor meritísima por patriótica y por eficaz, la que realizara el Primer Congreso de la Prensa Nacional!

De las importantísimas resoluciones en su seno votadas y que produgeron en el extranjero una formidable corriente de simpatías y de solidaridad en favor de la causa dominicana, no interesa a mi propósito hablar detalladamente, pero al objetivo de este trabajo, encaminado a poner de relieve las actuaciones patrióticas de Fabio Fiallo, sí reclama la ponderación de su personalidad nacionalista, la entereza, la energía y el valor con que desde la Presidencia del Congreso anatematizó la intromisión yanqui en nuestros asuntos y la violación y ocupación por la fuerza y a mansalva del territorio nacional.

Varias fueron las mociones propuestas por Fabio Fiallo y votadas a unanimidad por la Magna Asamblea; pero entre todas, merece mención especial la Resolución que declara traidor a todo dominicano que en cualquier forma, cooperara con el Gobierno Interventor y la cual creo necesario reproducir. Dice así:

«Por Cuanto el Congreso de la Prensa en votación unánime de fecha 20 de noviembre de 1920 resolvió adscribirse al Credo de la Unión Nacional;

»Por Cuanto al hacer aquella declaración el Congreso de la Prensa asumió irrevocablemente este patriótico



compromiso: abogar por la inmediata reintegración de la República Dominicana a su antigua condición de Estado absolutamente Libre, absolutamente Independiente y absolutamente Soberano;

»Por Cuanto cualquier acto que tienda a la inmediata reintegración de la República Dominicana a su plena soberanía e independencia, puede ser obra de perjuicio mortal al interés primordial de nuestra vida autónoma;

»Por Cuanto, también la Constitución de la República Dominicana dispone en su Artículo 10, Párrafo 4.º que la ciudadanía dominicana se pierde por admitir en territorio dominicano empleo de algún gobierno extranjero sin autorización de la Cámara correspondiente;

EL CONGRESO DE LA PRENSA RESUELVE:

»Art. 1. — Considerar traidor a la Patria a cualquier individuo dominicano que acepte en las presente circunstancias, misión, empleo o cargo alguno, creado especialmente con cualquier propósito de manejo o evolución política que tienda a retardar la inmediata reintegración de la República Dominicana a su antigua condición de Estado absolutamente Libre, Independiente y Soberano.

»Art. 2. — Para el mayor efecto de esta Resolución, el Congreso de la Prensa recomienda al pueblo dominicano el BOICOT del saludo, del trato y de la palabra contra cualquier nacional dominicano que coopere de manera alguna a retardar la inmediata y plena soberanía de la nación dominicana.»

Esa resolución habla elocuentemente en favor del radicalismo de Fiallo en tratándose del atropello sin nombre cometido por el imperialismo yanqui contra nuestra libertad y soberanía. Destaca, además, su figura entre los patriotas que se enfrentaron, franca y decididamen-



te, a combatir al interventor, sin importales las consecuencias dolorosas con que se veían amenazados por parte de la soldadesca brutal que nos sojuzgaba.

Por eso, a la hora del recuento de los dominicanos que con más decidido empuje acometieron el patriótico deber de defender la causa sacrosanta de la República en aquella memorable jornada, el historiador tendrá que detenerse forzosamente ante las actuaciones de Fabio Fiallo para analizarlas con justiciera apreciación y transmitir las luego a la posteridad como ejemplo noble y dignificador, que tal es el premio que recogerán en todos los tiempos aquellos que demostraron, como Fiallo, su profundo amor a la Patria.

**BAHORUCO, núm. 101, S. D.,
16 de julio de 1932.**



LOS CIVILES BAJO LA JUSTICIA MILITAR

“Ciertamente —dijo mi tío Toby— hiciste muy bien como soldado; pero muy mal como hombre”. — Laurence Sterne.

Por MELVIN M. KNIGHT

Un soldado es un hombre que ha sido cuidadosamente mecanizado. En el fondo, puede que sea tan humano como otro cualquiera; pero parte de sus sentimientos humanitarios ha sido anulada. El disparar a matar es, a menudo, esencial a su autoridad y a su seguridad. No es asesinato, puesto que no es contrario a la ley establecida por sus superiores. Un régimen militar no resiste la crítica. Una rígida censura fue establecida en Santo Domingo conjuntamente con la ocupación, en 1916, y luego fue ampliada de tiempo en tiempo por órdenes y decretos. Las Cortes Prevostales estaban integradas por uno o más oficiales americanos y fueron originalmente instaladas para conocer de ofensas contra el Gobierno Militar; pero esta frase fue ampliada para que abarcara casi todas las ofensas.

En 1920, el Coronel Thorpe declaró que habían ocurrido 116 «pleitos o escaramuzas» entre marinos y dominicanos resultando 55 heridos del lado de los americanos, y «muchos más» de parte de los dominicanos. La oposición armada era la principal «ofensa» y la más expedita. Existían tres clases o tipos más, sobre los cuales man-



tenían una rígida jurisdicción los tribunales militares americanos: el porte o la posesión de armas de fuego y explosivos sin permiso; la venta de bebidas alcohólicas a los marinos, y el hacer observaciones, verbales o escritas, consideradas como ofensivas para el Gobierno Militar, de modo que «tendieran» a «incitar descontento, desórdenes o revueltas». El elemento «tendencia» le competía al tribunal militar apreciarlo.

Por lo regular, un caso de porte de armas era muy sencillo evidenciarlo. O bien el acusado las tenía sin permiso, o no las tenía. El caso de venta de bebidas era algo más complicado. Los marinos acostumbraban a enviar a los civiles en busca de bebidas, y era difícil probar si el comerciante sabía para quien estaban destinadas. Cuando los marinos, arma en mano, exigían licores, el propietario era generalmente el único testigo. Si se negaba, podía ser acusado de «tratar» de vender bebidas alcohólicas; si su tienda se encontraba fuera de los lugares transitables, podía ocurrirle algo peor inmediatamente. Por ejemplo, un tal Luis Bautista, de Guayabo Dulce, sufrió la pérdida de su tienda, la cual fue quemada totalmente por los marinos, en la noche del 26 de diciembre de 1920, porque el empleado se había negado a venderles bebidas. Se hicieron disparos para impedir que alguien apagara el incendio. Varias otras tiendas y casas fueron quemadas también por igual razón. Algunos marinos fueron sentenciados por este crimen. El propio Bautista, además de perder \$ 7.000 en el incendio, fue multado a \$ 3.000 (luego reducida la multa a \$ 500) y pasó once meses en la cárcel ¡por el testimonio de este grupo de soldados!

Antes de estudiar los casos de *actos sediciosos* (!), que eran los más interesantes, es necesario hacer un enojoso comentario acerca de la afirmación del Coronel Thorpe de que ningún nativo había sido castigado con la pena capital. Un número de dominicanos —podemos estar se-



guros de que nadie sabe la cantidad exacta— fue muerto por los marinos sin ser juzgado, y algunos fueron torturados sin haber sido interrogados ni una sola vez. Los asesinatos del Capitán Merkle fueron repudiados por sus superiores, y él se suicidó mientras esperaba ser juzgado. Mas, por desgracia, la repudiación no retorna a los muertos a la vida, ni restaura la silueta de las villas quemadas bajo el cielo de la tarde. Varias de las atrocidades cometidas por Merkle fueron descritas por testigos oculares ante el Comité del Senado.

El Doctor Coradín, de Hato Mayor, dio testimonio de que había visto matar simultáneamente a dos hombres; uno de éstos, un viejo de ochenta años de edad, fue arrastrado antes de morir, atado a la cola de un caballo. El otro, «parece que hizo algunas observaciones que ofendieron al Capitán Merkle», y éste «lo llevó a una esquina de la casa, sacó su revólver y le hizo un disparo en el oído izquierdo». Estos son solamente ejemplos de los casos denunciados. Emilio Suárez, forzado a alistarse como guía en abril de 1918, describió torturas tales como cortar orejas, quemar una pierna herida y verter el jugo ácido de frutas en las heridas del pecho de un hombre.

Toda resistencia era «bandidaje» para los marinos, aun cuando fueran organizadas, con banderas y uniformes. El caso de Vicentico fue uno de los más famosos, pues se trataba de un verdadero bandido a quien, con falsas promesas de un empleo en la policía, se hizo venir adonde estaban los marinos. Entonces le aplicaron grillos y más tarde fue muerto por un oficial al «tratar de escaparse». Quizá merecía ser traicionado y asesinado, conforme a la ley del Talión, pero, después de todo, no fue con ese propósito que mandamos nuestra misión civilizadora a Santo Domingo.

Hubo muchos casos de persecución a periodistas, oradores y conocidos escritores. La supresión de periódicos ocurrió un sin número de veces desde el año 1916 al



1922. ¡Un artículo fue censurado por mencionar el nombre de Emmanuel Kant, diciendo que era alemán! Un discurso oficial del Presidente del Tribunal de Santo Domingo fue tachado por el lápiz azul del censor. Una Corte Prebostal sentenció a un hombre a sufrir cinco años de trabajos forzados —luego conmutada esta pena por la del destierro— porque había hecho circular un libro escrito por el Presidente de la Cámara de Representantes de Puerto Rico. Un prelado español pasó cinco meses encerrado en un sucio calabozo, en Samaná, por haber mencionado la eficiencia del ejército alemán en una conversación de sobremesa, mucho antes de entrar los Estados Unidos en la guerra.

Probablemente obtendremos una mejor idea de cómo funcionaban los tribunales militares y las mentes de sus jueces, analizando un solo caso detalladamente en vez de citar una larga lista. El caso de Fabio Fiallo es un buen ejemplo. Este poeta y hombre de estado, conocido por sus escritos en todas partes donde se lee el castellano, tuvo la amabilidad de poner en manos del que esto escribe la transcripción mecanografiada de su proceso, llevado a cabo por el propio Tribunal Militar Americano, y el cual le fue entregado al acusado a petición suya.

Sin duda, Edith Cavell, condenada a muerte por un tribunal militar alemán, fue «culpable» y merecedora de la pena que le fue impuesta. Mata Hari, la bella bailarina javanesa, condenada a muerte por los franceses, también fue culpable, según la ley militar. Sin embargo, el caso francés apenas fue mencionado, mientras que por el caso de Edith Cavell los alemanes fueron desacreditados en todo el mundo. La diferencia era principalmente de imaginación y de tacto, no teniendo la inocencia o la culpabilidad, bajo la ley militar, nada que ver con el asunto. El caso de Fabio Fiallo fue el caso Cavell americano. Para la mayoría de los americanos, el



«poeta patriota» no fue más que un título en tipo grueso en la primera plana de los periódicos; pero su juicio en 1920 hizo que los «yankees» fueran repulsivos para los latinos de ambos hemisferios. Y en verdad, se le concedió una importancia relativa al caso de Edith Cavell en los países latinos, y en cambio se habló mucho sobre el caso de Fabio Fiallo. Evidentemente, la mujer era culpable de un gran crimen militar cometido en beneficio de una gran potencia en tiempo de guerra. Por lo menos se necesitó de valor y convicción para ejecutarla. El poeta había cometido una indiscreción periodística, en tiempo de paz, a favor de una nación débil ocupada por una soldadesca extranjera. Conocido mejor como poeta y escritor, Fabio Fiallo se había dedicado también a la vida pública, habiendo ocupado los cargos de Secretario de Estado y de Gobernador Provincial. Es uno de esos hombres para quienes su buena presencia es un inconveniente. La fotografía que lo presenta vestido con el listado de la prisión, y que circuló por toda la América Latina y Europa, hizo más para despertar la impresión que los dominicanos deseaban señalar acerca del Gobierno Militar Americano, que lo que hubieran podido hacer o deshacer un millón de palabras escogidas. No fue esta la intención de los oficiales que integraban el Tribunal Militar. Para ellos la Justicia era severa, y los seducía la balanza simbólica sostenida por su mano derecha.

Manuel Flores Cabrera era dueño, en Santo Domingo, de un diario llamado «Las Noticias». Sentía satisfacción cuando connotados hombres de letras, como Fabio Fiallo, Américo Lugo y Enrique Henríquez, escribían artículos para su periódico, lo cual ellos hacían gratuitamente, como el mejor medio de esparcir sus ideas. Fabio Fiallo tenía el título de Director-Redactor, que es una especie de Presidencia Literaria, común en los países de habla española. El no era en absoluto responsable de lo



que escribieran otros; no tenía el derecho de rechazar los artículos, ni aun la obligación de leerlos.

En el verano de 1920, algunos dominicanos prominentes concibieron la idea de una «Semana Patriótica», en la cual se harían esfuerzos por llamar la atención del mundo exterior sobre las quejas del país. Fabio Fiallo era uno de los pocos hombres —en un país donde los «generales» abundaban tanto como los «coroneles» en los Estados Unidos— que jamás había tratado de obtener títulos militares o tomado parte en revueltas. «No teníamos el menor propósito», declaró en el curso de su proceso, «de incitar al pueblo a la rebelión, lo que hubiera sido acto criminal, dado su estado indefenso». Lo que ellos habían tratado de lograr fue llamar la atención de la América Latina sobre la terrible situación de Santo Domingo. ¡Lo consiguieron, de una manera más efectiva de lo que esperaban!

Lugo escribió un artículo titulado «La Semana Patriótica», que apareció el 6 de julio, en el cual acusaba a los Estados Unidos de Norteamérica de haber demolido las instituciones dominicanas y su libertad. Una semana después, Fabio Fiallo publicó un vigoroso artículo pidiéndoles a sus conciudadanos que dejaran a un lado sus querellas personales. Se expresó en lenguaje florido acerca del tipo de dominicano que él no deseaba como amigo. El ciudadano indeseable, según el punto de vista del Director-Redactor, era quien le servía de esbirro a los invasores extranjeros; quien se encontraba en prosperidad gracias a sus nuevas relaciones y veía con un gesto de desprecio las luchas que en esos días se libraban por la independencia. El poeta usó frases tales como «el martirologio de la madre patria»; «cadenas»; «abusos», y «una cruel civilización que nos llega por la puerta del patio, con bayonetas caladas, en una oscura noche de traiciones, de sorpresas y de cobardías...».

Si un belga hubiera escrito tal artículo durante la



ocupación alemana, hubiera podido ser fusilado en lugar de ser amenazado con tal pena. La América Latina recibió esa amenaza que se hizo pública como un aviso de que se intentaba ejecutarla. Si el poeta no fue fusilado, se atribuye generalmente a la lluvia de protestas, resoluciones y peticiones que cayó sobre el Presidente Wilson.

Fabio Fiallo fue acusado de haber violado en dos puntos la Orden Ejecutiva N.º 385, promulgada el 15 de enero de 1920, y publicada en la Gaceta Oficial seis días más tarde. Esta orden había abolido virtualmente la censura a la prensa; pero prohibía, de una manera vaga, la exposición de doctrinas «tendientes» a incitar las masas al «descontento, al desorden y a la revolución», o a demostrar que «las condiciones actuales en Santo Domingo son manifiestamente injustas o falsas, lo que podría provocar el desorden entre las masas». Puesto que era un tribunal militar extranjero el único que debía juzgar si existía o no la tendencia a provocar revueltas —lo que no tenía que ser muy probado— la orden era omnímoda en caso de necesidad. Tampoco fueron olvidados los vocablos «el sarcasmo, la murmuración y el ridículo», pues siempre fueron asociados con «tendencias» a crear «desórdenes o revueltas». Lo más extraño acerca de todo este lenguaje y su interpretación, era una frase en la Orden Ejecutiva, la cual explicaba clara y gramaticalmente, que «los derechos de reunirse y la libertad de expresión, no serán cohibidos a menos que el mantenimiento del orden lo requiera».

Desde el punto de vista popular, este proceso fue una farsa. Las opiniones del poeta, bien conocidas y expresadas públicamente, en contra de la resistencia armada, no fueron aceptadas como pruebas por el Segundo Teniente que actuaba como Juez, o fueron rechazadas. Nunca se admitió la «tendencia» a crear un estado de intranquilidad. Se resolvió que el Tribunal debía decidir



si ésto era cierto o no. El acusado no podía hacer absolutamente nada desde que admitió ser el autor de uno de los artículos y fue identificado como el Director-Redactor del periódico en referencia. Se buscó en el diccionario de Webster el significado inglés de la palabra «Redactor», cuando va unida a «Director», para tratar de obtener el significado de la expresión que resultaba por la unión de las dos palabras. El significado corriente que tenía el título no fue considerado como importante por el Tribunal. Conforme a la ley dominicana, no se puede separadamente condenar a nadie por una serie de ofensas a la vez, sino por la más grave de éstas. De acuerdo con la mayoría de los códigos latinos, tampoco puede ser juzgado un cómplice hasta tanto no sea condenado el principal autor del hecho punible. El Fiscal contestó a estas objeciones diciendo que el Tribunal Especial Militar no estaba sometido al Código Penal Dominicano, sino a las leyes civiles anglo-sajonas, o a las leyes navales, por las cuales tan sólo se «guiaba».

El Teniente Comandante Mayo, promotor responsable de que el Gobierno Militar se diera a especular en el mercado de productos nacionales, con la resultante pérdida de dos millones de dólares, fue llamado a declarar y leyó columnas enteras de cifras para «probar» que los artículos publicados eran «manifiestamente injustos y falsos». El Segundo Teniente que actuó como Fiscal le citó al Juez del Tribunal las sabias enseñanzas del Coronel Constantine M. Perkins sobre la ley militar. ¡El Coronel Constantine M. Perkins!, quien opinaba que tales «tribunales» eran tan sólo «comités consejeros» para ayudar al Comandante a llegar a la verdad de los hechos y «para tranquilizar su conciencia acerca de la condena impuesta». El Coronel Thorpe trató de hacer creer, en la Conferencia de la Universidad de Clark en 1920, que aquel era como un tribunal americano fun-



cionando en los Estados Unidos. Quizá se refería a un tribunal policial o de tránsito.

Existe una distinción para los latinos, la cual la defensa trataba insistentemente de establecer y que el Tribunal resueltamente pasaba por alto: y era la de que «obediencia» y «lealtad» a una autoridad son dos cosas distintas. Para un latino sólo se puede ser leal a una cosa, cuando se tiene fe en ella. Un Gobierno —hasta un gobierno militar fundado en la fuerza— puede exigir cierta medida de obediencia aparente, pero no puede obligar al pueblo a que lo ame. Cuanto más trataba el Gobierno Militar de Santo Domingo, empleando sus soldados y columnas de cifras y palabras, de lograr que los dominicanos lo consideraran amorosamente con emocionante gratitud, tanto más ansiosos se sentían ellos de que éste desapareciera. La América Latina comprendía que no había podido probarse ni aún la desobediencia de Fabio Fiallo. Su condenación a tres años de prisión (reducida después a un año) y a fuerte multa, fue calificada como un acto de tiránico despecho, procedente de una banda de cosacos que no pudo quebrantar su voluntad.

La culpabilidad o la inocencia de Fabio Fiallo no tuvieron las mismas consecuencias que las de Edith Cavell; sus atormentadores lo amenazaron, solamente, con la última pena, mientras que los de ella tuvieron el valor de ejecutarla. El ridículo juicio confirmó la opinión de los neutrales, que era la de que el hombre merecía una medalla; lo encerraron en una antigua prisión española, de la cual se publicaron fotografías en todo el mundo. Una revista española publicó una acuarela de la bahía de Nueva York con la estatua de la Libertad mirando hacia la prisión; Fabio Fiallo, el «poeta patriota», con el traje de los prisioneros a un lado, y a la izquierda, Cayo Báez, cuyo pecho desnudo mostraba las cicatrices que dejaban las bayonetas candentes. El texto,



que llenaba los espacios de la página, no dejaba sitio a la imaginación.

Max Henríquez Ureña fue a Europa, donde habló de la brutalidad americana ante numerosos auditorios. El libro de versos de Fabio Fiallo «Canciones de la Tarde», tuvo una demanda y una venta enormes. «Le Journal», de París, lo comparó con Tagore, y la «Revue Diplomatique» lo cita como uno de los grandes hombres de letras del habla castellana. «La Prensa», de la Habana, publicó un artículo de genuina latinidad, el 4 de agosto de 1920, lanzando invectivas contra un país que, mientras se jactaba de haber subyugado la tiranía de los Hohenzollern, invadía las Indias Occidentales como un «conquistador civilizador» que mandaba poetas a la cárcel.

Cuando Fabio Fiallo fue puesto en libertad se libraba una campaña electoral en los Estados Unidos. El Gobierno Militar no había aprendido nada. En fecha 24 de agosto, el «Listín Diario», hizo una apreciación, que el Gobierno justificó, afirmando que: «el oficial que establece la ley marcial, es a la vez legislador, juez y ejecutor supremos». Un tanto desconcertados por su fracaso en el caso de Fabio Fiallo, los «supremos legisladores» promulgaron leyes más rígidas: Ordenes Ejecutivas N.º 572, sobre actos sediciosos y N.º 573, sobre calumnias.¹ Lo que hicieron, en realidad, fue dividir la Orden Ejecutiva N.º 385 en dos partes; llenaron algunos huecos e instituyeron fuertes penalidades que incluían prisión y multa. Estas dos órdenes eran inaplicables, y fueron anuladas un mes después. Hasta 1922 se procedió a suspender

1. Capítulo X de la obra *Los americanos en Santo Domingo. Estudios acerca del imperialismo americano*. Imprenta «Listín Diario». Santo Domingo, República Dominicana, 1939, pp. 117-127. Por Melvin M. Knight, ex Catedrático de la Universidad de Columbia. Traducción hecha a diligencias de la Universidad de Santo Domingo, con la autorización de la *Vanguard Press*, de Nueva York. (Iniciativa del entonces Rector Licdo. don Julio Ortega Frier, 1888-1953.)



algunos periódicos y a juzgar algunos periodistas; mas, perdieron el ánimo de continuar después de haber dado la libertad a Fabio Fiallo.

Las negociaciones para la desocupación continuaron desde diciembre de 1920 hasta julio de 1921, y se reanudaron cuando terminó la investigación del Senado, al finalizar el año. En octubre, el «Listín Diario» publicó artículos describiendo supuestas atrocidades cometidas por el Capitán Bockalaw en la provincia de Espaillat similares a las cometidas por el Capitán Merkle tres años antes. A fines de octubre, un destacamento de marinos reunió a todos los hombres de la Común de Los Llanos, reconcentrándolos. Estos actos fueron públicamente denunciados por Fabio Fiallo como «actos sangrientos y brutales». El caso de Los Llanos fue defendido por el Contralmirante Robison como necesario y, desde luego, fue comparado por los dominicanos con las concentraciones de civiles hechas por los alemanes y por los turcos durante la guerra.

El bandidaje había aumentado excepcionalmente en 1921, a pesar de la costosa policía. Ramón Reyes fue secuestrado en el Ingenio «Las Pajas» el 27 de agosto; Thomas J. Steel, el administrador del Ingenio «Angelina», fue sacado de su casa en la noche de 28 de septiembre y secuestrado por un rescate de 5.000 dólares.

La ley sobre terrenos promulgada por el Gobierno Militar había sido utilizada enérgicamente por algunos azucareros para obtener títulos de propiedad sobre grandes extensiones de terrenos. El Central «Romana», por ejemplo, era dueño de algunos sitios donde estaban radicadas aldeas dominicanas. Emilio A. Morel, del pueblo de La Romana, protestó públicamente ante el Procurador General el 8 de agosto, por haber ordenado el Central el desalojo de Caimoní e Higüeral. Ambas aldeas debían ser destruidas. Una carta suya apareció en el «Listín Diario» cuatro días después, como había aparecido la



primera. El título que llevaba la carta era: «El crimen ha sido consumado». Ambas aldeas habían sido quemadas y ciento cincuenta familias se encontraban sin albergue. Morel hizo observar que William Bass, un azucarero americano de Macorís, había sido perseguido y encarcelado por una ofensa similar bajo el Gobierno Dominicano años antes.

Una ocupación militar adopta reglas de conducta y procedimientos legales que resultarían atroces si fueran adoptados por un gobierno civil. La población civil es a menudo honradamente incapaz de comprender la diferencia. Aún cuando no hubieran ocurrido tales episodios como los de torturar con brasas ardientes, o los promiscuos «empujones» (que en el argot marino significaba matar personas sin ser juzgadas), la acusación de que se usaron métodos de cosacos hubiera sido inevitable. La única manera de librarse de esta desagradable publicidad, es evitando las ocupaciones militares.



VIDA Y MUERTE DE FABIO FIALLO *

Por OSVALDO BAZIL

(Discurso en el Círculo de Bellas Artes)

Señoras y señores:

Bajo el palio impalpable de un fervor acendrado, acércome humildemente, a esta tribuna, para compartir el homenaje que el Círculo de Bellas Artes consagra en esta noche al poeta Fabio Fiallo. Estrecho desde aquí las manos aferradas al recuerdo del gran poeta desaparecido, que pasó por la vida repartiendo en sus estrofas, los diamantes de su espíritu.

En esta ilustre Casa, hogar de valores artísticos, se sintió el poeta Fiallo, en casa propia. El la añoraba de lejos, la amaba de cerca, hasta el grado de que, cuantas veces llegó a La Habana, antes de buscar hotel, deteniase largo tiempo en ella con su equipaje a la puerta, calmando así viejas saudades, y, como si con ello quisiera demostrar su deseo de recibir en esta Casa, los primeros abrazos de sus amigos predilectos de Cuba.

Cúmplese hoy, justamente, un mes de su fallecimiento. Y este Círculo de hombres de buril, de pincel, de pluma y de cítara, congrega a los admiradores del poeta, para llorar juntos, un luto de la América soñadora, que mi patria dominicana, considera tan suyo, que sale al

* De *Tarea literaria y patricia*. La Verónica, Habana, 1943, pp. 7-42. (Fragmentos.)



camino a recoger con mano agradecida, los tributos rendidos a su bardo insigne.

Emociona mi palabra la presencia de fieles corazones que veneran esta noche la gloria de aquel poeta, que caminaba las calles, como un cansado péndulo, llevando en sus hombros un tálamo de ensueños, y en sus ojos cargados de preguntas, las respuestas de los astros cuando se despojan de sus túnicas de oro.

No me fue dable para mí, evadir ni declinar mi palabra en esta ceremonia de recordación, a pesar de que mi soledad rehuye el instante de enfrentarse a la atención escrutadora de todo auditorio, por benévolo que éste sea. No miréis, pues, en mis palabras, sino la conmovida oblación de un ramo de laurel que deposito sobre el sepulcro recién abierto del eximio rimador de amores, a quien me unió, desde mi lejana adolescencia, una perfecta y cordial intimidad que me otorgó su cariño. Os hablaré del poeta, del político, del patriota que brillaba y ardía en los latidos del corazón del Fabio Fiallo. Pero, ante todo, y sobre todo, hablaré del poeta, ya que esta genial modalidad suya, fue, desde que abrió los ojos en la capital de Santo Domingo, hasta que los cerró para siempre en Cuba, la predominante característica de su vida.

Nació Fabio Fiallo en la Ciudad Romántica de Santo Domingo de Guzmán. Natural era, señoras y señores, que esta ciudad de aventura y de mando, propiciara a sus rimas el nido de encaje o el cofre de marfil y oro, donde se perfumó su cálida primavera sentimental. La rima de Fabio circulaba por los jardines hasta prender, en los rizos negros o los cuellos blancos, sus diamantes encantados. ¡Bellos los tiempos idos, que ya nunca volverán a despertar del sueño eterno, al nostálgico Romeo de estas islas suspiradoras del Caribe! Fabio esperaba a sus Julietas y a sus Ofelias, a la salida de los templos, o las acompañaba en los parques frondosos o por las



marinas alamedas. El poeta, de esta suerte, convierte su vida en un paraíso en éxtasis. ¡Vivir su paisaje, morir de su tedio, embeberse en su mística luz, es cumplir, a plenitud, la misión poética que todo soñador trae a la tierra! Es el caso de San Juan de la Cruz y de Juan Maragall; o ser torrente majestuoso: es el caso de Hugo; empapar los ponientes de gemas enfermas: es el caso de Verlaine; o ser infierno de geniales ráfagas: es el caso de Arturo Rimbaud; o producir un sabio ensortijamiento de perfectas rosas: es el caso de Rubén Darío; o ser incendio de astros o taller de gematizaciones estupendas: es el caso de Lugones, hijo de Hugo y de la pampa andina; o correr caricioso de fuente de luceros: es el caso de Fabio Fiallo. En la imposibilidad de traer aquí todos los nombres de los grandes poetas, cierro estas citas con los ilustres nombres gloriosos de Amado Nervo, de José Asunción Silva, de Herrera y Reissig y de Olavo Bilac, entre otros muchos que fueron ejemplos de dignidad en la vida y en el arte. La humanidad ha tenido mayor número de grandes poetas de lo que cree a simple vista. Sólo le es superior en número la cifra de los poetas fracasados. Porque el hombre prueba la conquista de la poesía antes que la conquista de la ciencia, de la espada o del oro. Pero, la lira no se deja conquistar sino por los elegidos.

A Fabio Fiallo se le entregó la poesía, como novia fascinada. Y le fue fiel y perduró en sus manos hasta la hora de su muerte. La lírica de Fabio, conservó la frescura siempre. El no le quebró el cuello a la imagen. No abrazó modalidades nuevas. Sus moldes de expresión estaban tan arraigados en él, que no le hubiera sido dable trocarlos. Recibió, desde el principio, poderosa influencia de la estructura poemática de Heine, Musset y Bécquer. Todo poeta es eco de otros poetas. La poesía recorre desde el rompimiento de la primera aurora del mundo, una misma escala o trayectoria de Belleza.



Admirable fue en Fabio Fiallo su apasionante tarea de rondelista inagotable que convierte cada hora en canción de su vida.

A los doce años comenzó Fabio Fiallo a rimar endechas a las infantiles novias de colegio. Sus rimas vírgenes se pierden en la rosada atmósfera del aula donde aprendió primeras letras. Luego escribía las letras para las canciones populares que los trasnochados diluían en los jardines de las Julietas del Trópico. Tradujo la poesía de Alfredo de Musset: *Acuérdate de mí...*, a la cual le puso música inspirada el inolvidable músico cubano Marín Varona, que a la sazón dirigía en Santo Domingo una compañía de zarzuela. En el año 1890, se cantó mucho en Santo Domingo y en Cuba esta romanza. Recuerdo que comenzaba:

*Acuérdate de mí cuando la aurora
abra su alcázar encantado al sol...*

La tierra dominicana siguió por muchos años entregando su alma, a esa música sentimental.

Ya el poeta tiene veinte años. A poco, abandona los estudios que él siguió luego a su modo y de modo desordenado. De ahí, que se librara de la monótona librea académica. Apretaba, entre sus dedos, los pétalos de los fáciles amores iniciales. Aprendió a traducir la lengua de Molière, y leyó clásicos del Siglo de Oro español. Leía con devoción a Musset, Lamartine, Heine, Don José Zorrilla y a Gustavo Adolfo Bécquer. Y, así, siguió sumando cultura, sin plan ni método; sin especializarse en nada, pero sabía de todo un poco. En cierto modo fue un autodidacta, llenando los vacíos que una ausencia de disciplina cultural había dejado en él. A los veinticuatro años, había logrado los más bellos aciertos de su lira: *For Ever*, *Misterio* y *En el atrio*, son, a mi entender,



sus mejores poesías, y fueron escritas cuando el poeta tenía veinticinco años.

El cofre de romanticismo que es Santo Domingo, Primada de América, fue marco ideal para su espíritu bañado de altas melancolías. Todo gran poeta obedece al espíritu de la ciudad que nutre con sus jugos y lujos, su infancia, su adolescencia y su juventud. Entre murellas que respiran cansados aires de siglos, rotos fortines, penumbrosas iglesias, y suntuosas catedrales, y entre apagados ecos de monjes y huellas de espuelas de conquistadores, ¡qué bien se siente el alma de los soñadores!

Santo Domingo, vio en estos últimos cuatro lustros, en su espacio literario, formarse y desaparecer los mejores astros de su lírica nacional. Gastón F. Deligne, gran poeta leproso que suprimió con mano propia la agonía de su carne enferma, cuando ya la gloria le comenzaba a sobrar en el país; Arturo Perellano Castro, el genuino y verdadero vate, de fácil inspiración, que quemó en el alcohol, sus cualidades eminentes hasta que su pobre corazón se le rodó del pecho a la tumba. Y Enrique Henríquez, melódico nocturnista, susurrador voluptuoso de encendidos epitalamios, que muere viejo, pero dejando la impresión de morir joven aún, porque murió como había vivido: en un perenne y fastuoso señorío del espíritu. Cierra con su muerte esta angustiosa procesión de sombras homéricas Fabio Fiallo. ¡Qué vacío tan grande dejan en el templo del arte dominicano, estos troncos vacíos! Ellos elevaron la gloria, la impulsaron en el lomo del pegaso ilustre por los patrios horizontes. Fabio fue más dichoso que los otros. Su renombre sumó más palmas en el extranjero. Fue el más conocido. Cultivó relaciones con cenáculos y fue amigo personal de grandes poetas. Viajó desde temprano y sintió cerca de sí la sal de los vientos marinos. En Caracas, publicó un libro, prologado por el egregio estilista Manuel Díaz Rodríguez.



Este bello prólogo de maravilla, lo escribió el ilustre venezolano, alrededor de un verso de Fiallo, que dice:

En la fronda cantaba el ruiseñor...

Díaz Rodríguez explicaba que el milagro se producía porque el poeta llega y dice con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor.

Fabio Fiallo, vivió en La Habana en distintas épocas. Residió en Hamburgo. Allí encontró traductor al alemán para sus cuentos y sus versos. Más tarde encontró traductor al italiano. Residió en Nueva York, y allí fue traducido al inglés. Era un espíritu inquieto, un andariego de profesión. En Santo Domingo, no cesaba de andar día y noche. Por dondequiera se tropezaba uno con Fabio. Recorría la República. Allá era querido y admirado de todos. Con la vejez llegó a ser un hombre-institución. Detenía a los amigos en las calles para recitarles los versos que acababa de escribir. Siempre estaba proyectando un viaje, o una nueva edición de su único libro, recopilación de libros anteriores, titulado *La Canción de una Vida*.

Como el ruiseñor, no podía Fabio permanecer quieto un minuto. Y como el ruiseñor hace, también lo hizo Fabio: al menor descuido, se escapaba a otras costas, a otras playas, a otros cielos, sin mutilar el canto en la soledad, sino que lo elevaba más alto y le doblaba la porción de queja.

Fue Fabio Fiallo, el último de los grandes poetas dominicanos que supo mantener con gallardía el cetro de la preeminencia lírica. Os voy a decir unos bellos versos, que bastarían para justificar su fama. Quiso su cariño dedicarme esta poesía, por considerarla entre las mejores de su libro.



BALADA FUNEBRE

(A Osvaldo Bazil)

*A veces, al tocarme
con las manos el pecho,
mudo de espanto escucho
un ruido sordo y lento,
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas,
sobre un antiguo féretro.*

*Entonces, por mis ojos
que el llanto dejó secos,
como visión fantástica
pasa, triste, el recuerdo
de aquel amor tan puro
que iluminó mi pecho,
dejándolo más tarde
oscuro como un féretro.*

*También ante mis ojos,
ansiosamente abiertos,
de otra visión fantástica
pasa el tenaz recuerdo...
Y pienso que ella vive,
que goza y triunfa pienso,
mientras callado oprimo
con mis manos un féretro.*

*Y digo: si es la misma
que iluminó mi pecho,
por qué si alienta y goza,
bajo mis manos siento*



*como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas
sobre un antiguo féretro?*

*Y busco, y analizo,
y con espanto advierto,
que si en verdad existe
la que abrazó mi pecho.
algo que en mí vivía
quedó por siempre muerto,
y aquí en mi pecho yace,
cadáver en su féretro.*

Sin ser Fabio Fiallo un seductor de mujeres, un perseguidor de hadas o de ninfas, sin ser propiamente, un Don Juan, en la ruin y arbitraria interpretación de este personaje de Tirso, entregaba en cada conquista las llaves de su corazón. Entonces no veía sino al través de los ojos de la amada, y no oía sino a través de su voz. Favorecido por Venus, natural era que ella ocupara el solio radiante en los azules dominios de su numen de poeta. ¡Qué bien supo siempre Fabio Fiallo, manifestar, sorprender y fingir la estrategia de un abandono, cuando más cerca de él sentía el roce de una promesa edénica o de un beso idílico! Nunca se sentía tan dichoso, ni tan bien acompañado, como cuando se encontraba en Cuba, entre poetisas bellas y jóvenes. El hombre de amor no había muerto en su espíritu, a pesar de la edad propecta. Todo momento lejos o fuera de las novias reales o imaginarias, era insulso y aburrido para él.

Del límpido joyel de sus cánticos de amor, escojo al azar, una poesía que estimo como joya bien lograda. Oídla:



EN EL ATRIO

*Deslumbradora de hermosura y gracia,
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron
menos yo.*

*Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.*

*Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
¡ay, todos, menos yo!*

A la par que crecía en Fabio Fiallo, el árbol impresionante del poema, ganaba también en maestría en el cuento de corte elegante, con dejo psicológico a la manera francesa. Su cuento *El príncipe*, es sencillamente la obra maestra. *El último Ramo*, entre otros cuentos que formaron un volumen, le asigna categoría entre los mejores cuentistas en lengua castellana. Ese cuento escrito y vivido en La Habana, expresa una imborrable emoción. El poeta, una tarde de carnaval, entra en el corzo con un ramo de rosas en la mano, buscando a la más bella para lanzarle el ramo. Se desespera de tantas idas y vueltas por el Prado y Malecón, sin decidirse por ninguna. Y ya al final de la tarde, descubre en un balcón una sonrisa de mujer... y le lanza las flores. Era la más fea de todas, a la que probablemente nadie le rindiera un homenaje en la ebria y bulliciosa tarde de un carnaval habanero, la que recibió el homenaje del ramo de flores.

Fabio se casó tres veces con damas dominicanas.



Señoras y señores:

Rozaré el aspecto patriótico, político y guerrero de Fabio Fiallo. El periodista precedió al político, y el soldado precedió al patriota. Pero, por sobre el político y el guerrero y el periodista, culminó siempre el poeta. Periodista vibrante y soldado valiente. Su pluma acera-da no la humilló jamás ninguna tiranía. Cuidó siempre que la política no manchara su nombre. Siempre fue al-tanero, susceptible. Su péñola era viril pero no virulenta. Por sus nobles campañas patrióticas contra la ocu-pación extranjera en nuestro país, fue condenado por la justicia prebostal a trabajos públicos. Se le vio barrer las calles vestido con el traje de presidiario. Hubo un momento en que se creyó que sería condenado a muer-te, y fue entonces cuando sus nobles amigos de Cuba, alarmados, iniciaron una campaña mundial para obtener garantías para la vida del poeta. Esta campaña tuvo tal repercusión en Washington, que el Presidente Wilson or-denó que fuera puesto en libertad. Inmediatamente se sumó a la campaña que, por la libertad de Santo Do-mingo, presidiera el herido patriotismo del doctor Fran-cisco Henríquez y Carvajal, Presidente de la República, en el momento aciago en que se proclamó la ocupación militar norteamericana.

La política le trajo a Fabio Fiallo más amargores que honores. Unos cuantos consulados y tres gobernaciones provinciales, no valen, ¡no! las prisiones sufridas, las persecuciones y las tribulaciones que padeciera. Luchó por la palabra libre, por el pensamiento libre, por la libre conciencia ciudadana, desde las columnas de los diarios. Esta prédica le restaba fuerza y confian-za de los caudillos de su adhesión partidaria, porque, en el fondo de ellos siempre hay un dictador o un usur-pador del poder. Y con la pluma de Fiallo, ningún ti-ranuelo podía contar.

Fundó con Tulio M. Cestero, en 1904, el periódico



La Bandera Libre, y desde sus columnas combatió al Presidente de entonces, Carlos Morales Languasco, a quien él había ayudado a escalar la altura del solio presidencial. De esta campaña de prensa le sustrae el Servicio Exterior de la República, y fue nombrado Cónsul General en Hamburgo. Ya lo había sido antes en la Habana. De Hamburgo pasa al Consulado General de Nueva York. Allí escondió al poeta Chocano en el Consulado, perseguido de la justicia, hasta que logró embarcarlo para Cuba, disfrazado de fraile, con un pasaporte dominicano. De Cuba pasó Chocano a Santo Domingo, acompañado del grato y talentoso Rafael Octavio Galván, para ofrecer recitales. De este modo cesó la persecución judicial a Chocano.

Durante la presidencia de Don Juan Isidro Jiménez, opositor infatigable del tirano *Lilís*, fue Fabio Fiallo, encarcelado innumerables veces, por orden del Fiscal, que encontraba delictuosos sus ataques opositoristas contra dicho Primer Mandatario.

En una de esas veces escribió en la cárcel su célebre poema *Los Odios* :

*¡Qué alegres estarán los negros odios!
¡Qué alegres con su hazaña!*

Fabio Fiallo fue un hombre-mástil, en los anales del periodismo doctrinario dominicano, como lo fuera también el eminente doctor Francisco Henríquez y Carvajal, que tenía, como José Martí, la paloma en el pecho, y en la mano un lábaro de probidad; como lo fueran también Miguel Angel Garrido y Rafael Justino Castillo, plumas de cristal de roca, y, en el corazón, un nido de aromas. Así fue también Fabio Fiallo. Era Fabio hombre prendado de la amistad. Hombre más que para el hogar, para la tertulia de parques y cafés. Quien lo tratara una vez, lo quería para siempre. De ahí sus frater-



nales relaciones con Rubén Darío, a pesar de no ser Fabio hombre dado a las báquicas libaciones. «Alma de perla y trato de seda», dijo de él Rubén.

Deliciosamente cansado parecía siempre Fabio Fiallo. Paseaba su cansancio con deliciosa indiferencia por entre las rosas de los salones o por entre las balas en las revoluciones fraticidas dominicanas. Su sonrisa fue siempre la misma ante los asaltos a las ciudadelas que ante las rejas silenciosas de las amadas.

Figuró en varias revoluciones y alcanzó grado de General. Su reputación de hombre valiente nadie la puso en duda. Tomó por asalto la Ciudad de la Vega Real, donde Colón diera su primera y única batalla en América, frente a los bravos indios quisqueyanos, vencidos en el Santo Cerro, pequeña colina a orillas de la Vega Real. Fabio descendió de este Cerro, y entró en la ciudad vegana, delante de sus tropas, venciendo la resistencia de sus defensores. También entró victorioso en la ciudad de Samaná. De ambas ciudades fue gobernador, y luego, también lo fue de la capital de la República. Una vez tomadas estas poblaciones ofrecía garantías y respetos a sus pobladores. Ni un preso, ni un confinado a otra provincia, ni un atropello se registró después del día de la victoria. El Poder no era en sus manos rastro ni mísero. Siendo gobernador de la capital de la República, le escribió una carta a Rubén Darío, que se encontraba en París, comunicándole que estaba en el camino de la Presidencia de la República, que no tardaría mucho en escalar esa posición. Le prometía fraternal ayuda, recibirlo y tratarlo como a príncipe, proporcionándole una agradable situación económica. Rubén, emocionado y agradecido me mostró en París, esa carta. Me pidió mi opinión sobre las posibilidades presidenciales de Fabio.

—Fabio sabe que él no llegará a la Presidencia —le contesté—. Sueña con un sueño irrealizable. El no tiene



un ejército detrás que lo apoye con las armas en la mano. En Santo Domingo, querido Rubén, como en tu amada Nicaragua, se llega al poder por medio de una revolución o de una traición. Y Fabio no es hombre que traiciona. —Esto ocurría así en el 1902. La carta fue escrita en el 1904.

—Entonces, ¿tú no crees en la Presidencia de Fabio?...

—No creo. No tiene armas, ni dinero, ni soldados...

Rubén asintió, y con cara entristecida, me dijo:

—¡Qué pena! ¡Qué pena!...

Unos años después, en una conferencia anecdótica que pronuncié en Santo Domingo, sobre el caso literario de Rubén, en América, Fabio ocupó el primer asiento en la primera fila para oírme mejor. Y al referirme al generoso gesto de la carta de Fabio a Rubén, con gran sorpresa de mi parte, Fabio, que parecía cada vez más sordo, se levantó de su asiento y se marchó, visiblemente disgustado. Si mencioné este episodio de la quimérica Presidencia de Fabio, no fue con ánimo de mortificarle, sino para destacar el candor de dos poetas: el de Fabio, creyendo en la Presidencia, y el de Rubén, creyendo en Fabio. La sordera de Fabio Fiallo siempre fue para mí motivo de muchas bromas con él. No creía yo en su lesión auditiva, sino en su falta de atención. Fabio, cuando quería oír, lo oía todo. Al día siguiente de mi conferencia, me visitó para pedirme que suprimiera el episodio de la carta a Rubén. Se lo prometí y lo cumplí al imprimirla en Cuba. Fabio era un hombre que se preocupaba mucho de cualquier detalle, por pequeño que fuera.

En el 1903, sitiada la Capital Dominicana, por una revolución poderosa, es decir, toda la Nación en pie de guerra contra Morales Languasco, que disponía sólo de la capital, defendida por la juventud que le era adicta, Fabio Fiallo y Tulio M. Cestero eran jefes de puestos



militares dentro de las murallas que circundaban la ciudad. Yo me encontraba en la *Puerta del Conde*, en donde fue dado el grito de Independencia patria. Fabio se presentó allí una madrugada para invitarme a salir con él y un grupo de jóvenes, a interrumpirles el sueño a las fuerzas sitiadoras. Le seguí con entusiasmo. Tenía yo dieciocho años y fue mi bautismo de fuego. Fue así como quedó sellada para siempre nuestra intimidad que nada pudo borrar ni entibiar, a pesar de la gran diferencia de edad que nos separaba. Se batió Fabio esa mañana con la serenidad de siempre, y como si en vez de balas recibiese flores. El Presidente Morales, reaccionó favorable y fulminantemente en toda la República y la hizo suya. De esta situación política partió la corta carrera militar de Fabio, que, luego trocara por el espadín consular, pero no logró ser ministro ni dentro ni fuera: ¡Injusticia sin nombre! Infelices los pueblos que viven de espaldas a sus grandes valores literarios que, en resumidas cuentas, son los que saben despertar y mantener en alto el prestigio de las naciones. También iba en el grupo de improvisados combatientes, el poeta Arturo Perellano Castro, el que más tarde llegaría a ser el poeta nacional por excelencia. En sus *Criollas*, aprisionó como nadie el alma campesina dominicana, rústica, cándida, simple y enamorada.

El valor sereno de Fabio Fiallo, quedó consagrado en las audaces campañas de esa época. Recuerdo haber oído contar en mi adolescencia, un disgusto que tuvo Fabio en el *Club Unión* de Santo Domingo, con un bizarro Gobernador del negro tirano *Lilis*. Cada gobernador de ese régimen, gozaba de crédito de fiera o de alimaña salvaje. Este gobernador, hombre apuesto y bien plantado, por cierto, era el General Arístides Patiño, quien ofendió a Fabio en una mesa de juego. Fabio se retiró. Se armó. Y esperó que el General Patiño abandonara el *Club*, camino de su casa. Fabio le siguió los pasos, y



cuando ya el General Patiño se encontraba en su aposento, Fabio le golpeó duramente la puerta y le invitó a dirimir la cuestión personal, sin testigos, en la calle. Y en alta voz le dijo: «Salga usted, ahora mismo, que estamos solos, o de lo contrario, usted es un cobarde.» Patiño no salió. No abrió la puerta. Desde adentro le pidió excusas y le dio explicaciones. Y eso que, su casa quedaba casi frente a la Gobernación y a la fortaleza *Ozama*, en cuya entrada había soldados con bayonetas caladas.

El Presidente *Lilís*, se enteró de esta escena y le dijo a su Gobernador: «que no peleara nunca con los poetas, porque era más peligroso pelear con ellos que con los lobos...»

En La Habana también tuvo Fabio un momento muy difícil. Sólo su presencia de ánimo pudo salvar la tragedia. En el *Unión Club*, el Conde de Casa Romero, quiso zaherirle, no sé por qué cuestión, también en una mesa de juego. El Conde Romero era un hombre que gozaba fama de ser violento y agresivo. Fabio lo llamó al balcón y le planteó la cuestión con su habitual serenidad. Todo se arregló, y al fin, quedaron siendo buenos amigos. Cuando el Conde Romero, años después, en Barcelona, me contara este incidente, afirmó: «Fabio Fiallo, es *hombre y medio, hombre y la parte*, como me dijo, con su peculiar acento dominicano, esa noche en el *Club*, con sereno y viril aplomo...»

Cuando años después le refería yo esto a Fabio, me contestó: «Nunca vi más cerca de mí la tragedia. El Conde era hombre de carácter violento y peligroso. Con él no había cuestión a medias. La situación había que despejarla sin vacilar, porque si el Conde me levanta la mano, allí mismo lo mato.»

Era una vieja costumbre de la mejor juventud dominicana pararse en grupo, en las puertas de los bailes de barrio para escuchar las dulces notas de los valsés y las



bellas melodías de las danzas. El tirano *Lilis*, aquel déspota que ahogó en sangre y crimen la libertad política dominicana, durante doce años de Poder, solía también deslizarse en esos grupos de jóvenes, disfrazado de mendigo, para escuchar si alguien hablaba mal de su política opresora. Fabio, en uno de esos grupos, censuraba, una noche, los tribunales de justicia por su vil plegamiento al tirano. Cuando Fabio se retiró, *Lilis* le siguió paso a paso, discretamente, hasta que Fabio llegó a las puertas del hogar paterno. Allí lo alcanzó *Lilis*, y entabló con él un diálogo sobre lo que él había oído de labios del poeta. *Lilis*, seguía fingiendo ser un mendigo de lejanas tierras del interior. Le pedía, no una limosna, sino que le siguiera exponiendo su opinión sobre lo que debe ser la justicia y los jueces. Fabio empezó a sospechar. Despidió de mala manera al mendigo y entró en su casa. El padre de Fabio era *lilicista*, y desempeñaba, a la sazón, el cargo de Interventor de la Aduana capitala. Al día siguiente, el Presidente *Lilis*, mandó a buscar a Fabio a su despacho. Cerró la puerta y le dijo: «Yo soy el mendigo de anoche, y quiero dejar en sus manos este recuerdo...» Era un sobre conteniendo su nombramiento de Fiscal del Tribunal. Fabio rehusó el nombramiento. *Lilis*, le dijo: «Mire, joven, la justicia lo necesita, porque si los buenos no aceptan, necesariamente tengo que nombrar a los malos... Tome el tiempo que necesite para estudiar mi proposición...» El padre del poeta lo convenció y aceptó la Fiscalía. Y fue un Fiscal dignísimo en medio de aquella tenebrosa satrapía. Salvó muchas vidas. No claudicó nunca en el desempeño de su cargo, ni se doblegó al déspota sanguinario, que, como dijera el verbo flamígero del tribuno dominicano Eugenio Deschamps, frente al río *Ozama*: «estaban aún allí las aguas en donde el monstruo más feroz de nuestra historia hacía arrojar, en sus delirios de muerte, a víctimas heroicas».



Fabio Fiallo fue poeta antes que político y periodista. Lo que no pudo ser nunca fue orador ni buen bailarador...

Como poeta miró como suya la tristeza que el ruiseñor derrama en la copa de los árboles. Vuelvo, pues, señoras y señores, a encontrarme con Fabio Fiallo poeta, al pie de los jardines de las Julietas del trópico, embobado en la contemplación de los rizos que encierran entre su negra seda más noche que la que discurre afuera. Este Romeo de las islas del Caribe, no cesó jamás de amar la rosada aparición de las musas de carne y hueso que tentaron las cuerdas de su lira. En estos enjambres quiméricos se desnudaba su espíritu. Por una sonrisa de mujer daba la vida. En cambio, jamás pisó un lupanar. Ninguna hetaira arrebató su lira. Hombre de finos romances, sólo en la aventura elegante y sentimental se complacía. Ante su presencia de rondador de altares, la aurora se apartaba, coronada la frente de trinos, para escuchar mejor el paso de la góndola que hiere la quietud de las aguas, bajo las barcarolas que descendían de los labios del poeta. Y entonces era de ver cómo los nácares emocionados del alba, sorbían el dulzor de la canción de su vida.

Mientras más envejecía el poeta, se acercaba más a un Belén melódico que le iluminaba el Arbol de Navidad, que todo poeta lleva en su corazón...

No militó Fabio Fiallo en las modernas escuelas literarias, ni participó en efímeras modas métricas. Cantó sin estridencias y cuidó de no romper los espejos clásicos clarificados en su espíritu, siempre apegado a la sencillez. ¡Su versificación fue transparente de tan pura que era! La combinación métrica del endecasílabo, seguido de un heptasílabo, le era familiar a su cítara. En ese molde vació sus mejores poesías. Prefirió el asonante al consonante. En la rima asonantada fue un maestro de selección. Rechazó todos los *ismos*, porque ellos son a



manera de libreas. Mal podía creer Fabio en otra poesía que no fuera la que sale del corazón e interpretar sentimientos universales, con la menor suma posible de hojas, y la mayor cargazón de esencias. La poesía sin emoción nace condenada a vida corta. La poesía no tiene color desde un punto de vista étnico. La poesía de Plácido, no es poesía mulata; ni la de Heredia, es blanca; ni la de Andrés Bello, es india. De ahí que el llamado *verso negro*, cuya vida declina sin pompa ni duelo, o responda a un sentimiento de la humanidad. Reducir la poesía a un estrecho margen de raza, es arrinconarla en un precipicio mortal. La poesía tiende a la universalidad. Lo contrario sería traicionar la grandeza de su destino.

La poesía es dramatización de fibras íntimas. Así la comprendió y la vivió Rubén Darío, Chocano, Villaespesa y el venezolano Andrés Mata, íntimos amigos los tres de Fabio Fiallo, y a tal título los he citado. Y la entendió y la vivió así, el egregio poeta, a quien rendimos esta noche el homenaje de nuestra más viva devoción.

No hay, señoras y señores, cosa mejor en el mundo, ni tampoco la hay peor, que la pasión del verso que recuesta su sombra sobre otras sombras, en un sillón vacío, en la alta noche. En la naturaleza milagrosa de la poesía, el cauce por donde discurre la inspiración, debe permanecer siempre libre y limpio para que la emoción fije su vuelo y su música. La poesía de Fabio Fiallo es una maceración de los sentidos del alma que flota sobre los jardines en sombra. Y en este ínclito linaje de poesía sumergieron sus lirás los más gloriosos cantores de todas las épocas. Gracias a este linaje, la poesía sale a todos los caminos, sin perder un átomo de su virtud esencial. La poesía es un éxtasis embebido en la voz del corazón del mundo. Abunda en la poesía una presencia de gracia que abarca el misterio de un infinito encerrado en



la brevedad de un aljófara. La poesía de Fiallo llegó a esta suprema brevedad, en su poema *For Ever*, cuando dijo:

*Bajo el sudario inmenso del olvido
¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!*

Señoras y señores:

Permitidme que os diga, antes de terminar, que presencié los últimos días de la vida de Fabio Fiallo. Y pude ver la extrema sensibilidad de su epidermis. Era él de una hiperestesia agudamente pronunciada. Por pequeño que fuese el dolor carecía Fabio, en lo absoluto de resistencia. En cambio, era ejemplarmente estoico para resistir, asumir y sufrir graves responsabilidades o arrebatos de acerbas pesadumbres morales. Sufrió mucho por eso, al morir. Lo vi tan desesperado de dolor físico que se arrancaba y quebraba en la piel la aguja clavada en sus venas. El mal lo llevaba muy adentro de su pulmón y le envenenaba la sangre con crueldad. Sin embargo, creía muchas veces que vencería en el combate entablado. Pero, los ratos de calma le venían por efecto de la morfina. En uno de esos momentos de lucidez y tranquilidad, llegó el médico y lo examinó. Nos apartamos con él, su hijo René y yo. Fabio, cuando se fue el médico, nos llamó a su redor y nos contó todo lo que el doctor nos había dicho. ¡Lo había oído todo! Le di bromas con su sordera que para mí siempre fue un cuento que él administraba a su antojo. Se sonrió y gozó mi broma.

¡Pobre gran poeta! La mañana de su muerte, no la puedo desprender de mis retinas. Amaneció con los ojos cerrados. Ya no había esperanzas. Le habían librado el cuerpo de toda tortura inútil. La morfina le sumía en profundo y sereno sueño, pero, a ratos, se quejaba. Solamente movía las manos y se las llevaba al pecho, a la



altura del corazón. Se había quedado largo rato tranquilo. Entró el doctor, y lo auscultó, y dijo:

—Ya ese corazón no late.

—Entonces, doctor, ¿es la muerte?...

—Sí —me respondió.

Su hijo recostó su sien sobre la frente de su padre muerto, la besó y lloró. Se había ido el gran poeta sin darnos cuenta, ni su hijo, ni yo, que éramos los únicos que estábamos junto a él, en ese terrible instante.

Fabio no le vio la cara a la Muerte. No se dio cuenta del tránsito amargo. ¿Qué cosa es —pensé yo— el corazón de un hombre? Ni siquiera avisa, ni salta al quebrar su último latido. El, que lo llevaba siempre a flor de labio para que los demás se lo vieran latir el primero... Ahora se le escapaba sin ruido al descender en la nada eterna.

El coche fúnebre esperaba en la puerta el cadáver. Su hijo debía permanecer un rato más en la clínica, pero no quería que el cadáver de su padre fuera solo con el chófer. Y me pidió que yo lo acompañara. Atravesamos las calles de La Habana. Yo no veía las gentes. Mi pena era un muro entre las gentes y yo. Me parecía aquel trayecto el verdadero entierro del poeta, y yo su único acompañante. Pensé en mi patria lejana. Era una gloria suya la que yo llevaba ahora hacia una funeraria, donde su cuerpo sería embalsamado, como si lo llevara a una doble muerte. Y hundí mi espíritu en la vida de Fabio Fiallo y en lo que nos oculta la mano del destino.

Ahora, llevaba yo a Fabio Fiallo muerto y nadie lo sospechaba. Recé en silencio profundo por la gloriosa paz de su alma. Cerré los ojos y vi la ascensión de Fabio a la gloria de los cielos, rodeado y cubierto el pecho, los hombros y las espaldas de un montón de mariposas; todas salían del reino azul de Dios. De todas partes venían nuevas mariposas a recibir al poeta y guiarle hasta los pies de Nuestro Señor. Y del cendal, vago y leve, que



formaban las mariposas, una se desprendió y se le acunó en las manos. Con ella, se apartó. Esa mariposa representaba la imagen vívida y alada del amor en la tierra. Fabio la contempló largo rato con una dulce y profunda mirada que se le quedó muerta en el espacio, y acercó suavemente a su pecho la mariposa y le dijo estos versos de un poeta cuyo nombre ahora no recuerdo:

*Mariposa: los dos somos muy pequeños,
menguados son mis sueños y tus galas,
tú, sin tener mis sueños, tienes alas:
yo, sin tener tus alas, tengo sueños!*

Y el gran poeta, apagado su acento, entró en la inmortalidad, todo cubierto de mariposas de oro del reino de Dios.

Señoras y señores: nunca olvidaré a Fabio Fiallo. ¡Sea, pues, bienvenido el verso suyo que llegó a la tierra unguado de un milagro de adivinación!

¡Y bendecida sea, ahora y siempre, la excelencia sentimental del poeta Fabio Fiallo, el último romántico de América!

LOS DIAMANTES CANTORES *

«La Canción de una Vida»

Ningún poeta tituló mejor su libro. Si hay canción en una vida y vida en una canción, es la de Fabio Fiallo.

* Los dos artículos siguientes completan la vida y la muerte de Fabio Fiallo. El primero «Los Diamantes Cantores» lo escribí en Santo Domingo un mes antes de morir el poeta y el segundo el mismo día que ocurrió su fallecimiento en Cuba. (Nota de Bazil.)



Siempre habrá vida de poeta en Santo Domingo, mientras exista Fabio Fiallo; y habrá poesía dominicana, mientras dure el último eco de «La canción de una vida».

Cada ciudad, cada nación tiene su poeta representativo, como un ornamento que ofrecer a las miradas de los extranjeros que ven en la expresión milagrosa del verso de un país, su monte más alto y su cascada más fresca y diáfana, más blanca y rumorosa. Y Fabio Fiallo, es el poeta representativo de la República Dominicana. Ha envejecido escribiendo versos. Desde los 14 años hasta los 76 que contaba al morir, no ha hecho otra cosa sino escribir versos, rimar amores, rubendarizar inquietudes del espíritu y de becquerizar su corazón sobre los rosales, junto a los ojos de la amada, bajo la noche que anda con sus estrellas despeinadas como una hermosa con el cabello suelto al aire, hacia el lecho de la aurora. Envejecer así, es una dignidad, una excelencia, un don de los dioses, una merced de los cielos, una gracia de Orfeo, que sólo Apolo agradece y comprende. Ha vivido mucho Fabio Fiallo. Es capaz de llegar a los cien años para desmentir aquello de que los amados de los dioses mueren jóvenes. ¡Que Dios se lo conceda!

En este trópico, especialmente en estas islas punzadoras, que se sostienen a flote, gracias al mar que ciñe sus cinturas con sus potentes manos, las vocaciones literarias se queman prematuramente, casi no duran, comienzan a brillar, y a poco, emigran, y van a parar a un bufete o a una sinicura, por todo el resto de sus días, sin acordarse jamás que amaron una vez el canto o la rosa que rubendariza los jardines espirituales. (Este verbo RUBENDARIZAR, que acabo de crear, no lo he visto hasta ahora usado, presiento que va a tener buena suerte. Ojalá así sea.)

Bueno. Sigamos rubendarizando sobre «La Canción de una vida», de Fabio F. Fiallo. Es lo mejor, porque ello trae consuelo al interior «VACIO IMPLORANTE»,



que a Lord Byron hizo cantar y errar, desesperar de hastío y romper contra las peñas del infortunio, la copa de trino inmortal que él llevaba en su corazón, como ningún otro bardo, como ningún otro inglés, por los caminos del mundo. Ese «VACIO IMPLORANTE», lo siente y lo lleva Fabio Fiallo, en amor, como ningún otro poeta dominicano.

Fabio Fiallo, ostenta bajo su sonrisa de maestro de la paciencia, de apóstol de la complacencia, de patriarca sin memoria y sin oído, y ya casi sin vista, ese tesoro del implorante vacío byroniano.

«SU VACIO IMPLORANTE», que él arrastra con pies que no le ayudan apenas, pero sí el espíritu en donde hay un gran espacio para su hastío; pero sí su canto en donde abunda el azul para acunar su esperanza, que ya no espera nada sino permanecer cantando en la noche...

El día que muera Fabio Fiallo, como don Federico Henríquez y Carvajal, Américo Lugo, Tulio M. Cestero, los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña, las letras patrias tardarán mucho en reponer el prestigio de esos nombres, porque no nos damos cuenta de que una vasta porción del continente hispano-americano, se inclina ante ellos, y considera un honor tenerlos en sus labios y agitarlos en sus prensas. Y no nos damos cuenta, porque la cortina plúmbea de nube del trópico, nos ciega las pupilas y nos resta la visión exacta de las perspectivas de los ornamentos nacionales, que son los poetas, los escritores, los artistas del pentagrama o de la paleta, todos, ¡«torres de Dios»! como les llamó aquel genio de la poesía castellana que tuvo cuna humilde en la aldea del Metapa y que tiene glorioso sepulcro de mármol en Managua. No se puede hablar de Fabio Fiallo, sin evocar o invocar la sombra de Rubén Darío. Yo, por lo menos, no lo puedo evitar.

A los poetas les basta, a veces, con una sola poesía para perdurar. La de Fabio es «FOR EVER». Podría ci-



tar otras cinco. Pero, llegar a tener seis poesías consagradas por la crítica y por el pueblo, es ya tener las crines de Pegaso entre las manos. Y Fabio tiene las seis poesías que retendrán las Musas y las hadas, los Silfos y los gnomos, las auras nativas, y las distantes y remotas riberas. Junto a «FOR EVER», figurarán «EN EL ATRIO», «PLENILUNIO», «MISTERIO», «UNA LAGRIMA», «GOLGOTA ROSA», «BALADA FUNEBRE». Podría agregar «LOS ODIOS». Podría citar y transcribir en este artículo que escribo más que con la punta de la pluma con el fuego del corazón, en un abrir y cerrar de ojos, muchos versos del libro del agregio trovador dominicano. Pero, ¿quién no conoce este libro? ¿Quién ignora aquí su contenido?

Y ahora, para terminar la emoción de este día que concentro en esta crónica, recordaré que Fabio Fiallo, no hace mucho, en La Habana, fue rodeado de jóvenes poetisas, en una comida. Una de ellas, le llamó aparte para sorprenderlo, regalándole una copa ya vacía de champagne, como recuerdo del homenaje. ¿Cuál no sería la sorpresa de esta dulcísima poetisa, cuando Fabio, al acercarse a recibir este regalo, extrajo de debajo de su pañuelo, en aquel mismo instante otra copa de champagne y se la extendió como un presente, pero al descubrir la copa (sin duda se la robó), había dentro de ella una flor. Cuando me contó este episodio la inolvidable cantora, Matilde Alvarez Frank, celebrando la delicadeza y la viveza juvenil de Fabio, yo le dije: Fabio hizo en ese instante feliz, acaso, sin proponérselo, el símbolo definitivo de su vida. Poetisa, le dije, usted consiguió el milagro de que Fabio definiera con otra copa el secreto y contenido de «La Canción de una Vida». Porque la vida de Fabio es eso: una copa de cristal con una flor dentro, depositada en las manos de las Musas.

Santo Domingo, 3 de mayo de 1942.



MUERTE DE FABIO FIALLO

Fue Fabio Fiallo, el último gran poeta representativo de Santo Domingo. La ciudad de gloriosas viejas piedras monumentales, tenía su poeta y lo ha perdido. Ha muerto en La Habana, adonde viniera hace pocos días, en busca de salud. Y la muerte le sorprende cuando parecía vencido el mal. Pero, el corazón que amó tanto, que abrigó tantos sueños, sofocado de tanto sufrir, se le cae del pecho y se negó a andar, a prestarle ayuda a él, que lo ayudó a vencer y a ir cantando por el mundo la «Primavera Sentimental» y la «Canción de una Vida». Lo cargó de sueños y no pudo con la carga. La Habana lo conoció joven. Ella fue teatro de solares amores y ara propicia de sus rimas apasionadas y de elegantes cuentos de impecable estilo. Su libro «Cuentos Frágiles», es modelo de libros. Bajo el cielo de Cuba, acaso el más estrellado de América, reposarán un tiempo sus restos hasta partir un día sus despojos, en busca del calor de un poco de su tierra natal dominicana.

De la vida de Fabio Fiallo, no son desterrables estas tres mágicas palabras: Poeta, Soldado y Caballero. Eso fue siempre, al través de su larga y azarosa existencia. Hombre de amor y de lira. De amor romántico, espiritual y fino. De lira provenzal, madrigalizadora. La balada conmovía y perfumaba sus cuerdas. Rimaba amores como un Bécquer antillano. Musset y Bécquer fueron sus influencias visibles en su modo de expresión poética.

El amor a su dama, fue el ideal que movía su lumbr interior. Musa suspiradora fue la suya que, al volar, regaba estrellas o cortaba rosas. Gozaba ingenuamente como un niño atraído por celeste ambrosía, al contar o referir o describir sus triunfos amorosos, sus aventuras espirituales con bellas mujeres. Para él, todas



las mujeres eran bellas y eran buenas. Poeta de toda la vida, conservó hasta el final, el verso en los labios. No dejó nunca de ser poeta, ni cuando fue valiente soldado en guerras intestinas, donde derrochó valor al tomar por las armas ciudades, ni dejó de serlo cuando fue periodista de acerada pluma incisiva ni cuando fue patriota preso al ser invadida su tierra por los norteamericanos. Era hombre responsable, de talla entera.

Publicó varios libros de poemas. El primero «Cantaba el Ruiseñor» y «Primavera Sentimental», hasta su reciente y último libro «La Canción de una Vida», le dieron larga fama en toda América. Ciertamente que él cultivaba su gloria; la mimaba como un jardinero sus rosales predilectos. He aquí uno de sus poemas más favorecidos:
For Ever:

*Cuando esta frágil copa de mi vida
que de amarguras rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
ruede en pedazos, no lloréis, amigos.*

*Haced en un rincón del cementerio,
sin cruz ni mármol, mi postrer asilo,
después, oh, mis alegres camaradas,
seguid vuestro camino.*

*Allí, sólo mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!*

Días antes de morir me llamó con ternura a su lado y me encargó cablegrafiar al Presidente Trujillo, su profundo agradecimiento por el interés que mostraba por su salud, ordenando que se le informara a diario, por cable, su estado. Cumplí su deseo. Luego le dije, como



un consuelo, que él había ya ganado la batalla, y se sonrió escépticamente. No lo creía. Se sentía mal. Muy mal. Entonces no se sabía que este mal era un cáncer en el pulmón derecho. El dolor no le daba tregua. Sus gritos y lamentos partían el alma. Quebraban las agujas en la piel y la rajaban. Pedía con fervor la muerte. Nadie la ha perdido como yo —me dijo—. Yo no había visto nunca sufrir tanto a un hombre. Mientras él se debatía entre feroces dolores, yo me preguntaba interiormente: ¿Y tanto dolor para qué? ¿Es acaso necesario, ¡Dios mío!, tan lacerante sufrimiento para llevar un pobre cuerpo bajo la tierra y llevar hacia arriba un gran espíritu?

Nació Fabio Fiallo el 3 de febrero de 1866.

Santo Domingo lo vio partir sano y jovial. Esa visión le quedará a la bella ciudad. No lo vio ella morir. Le ahorró a su ciudad nativa ese espanto de la moribundez dolorosa. Cuando lleguen sus cenizas, la gente no creerá que en ese poco de polvo está Fabio Fiallo, el poeta representativo, que aparecía por todas partes, por plazas y cafés, a toda hora. La generación que reciba sus despojos, no sabrá cómo era Fabio Fiallo-hombre. Su gesto, su sonrisa, su andar, todo eso se habrá perdido. Pero, al recibir sus cenizas, sus trovas cubrirán de alas melancólicas el pedazo de cielo que cubra su fosa, y sobre ella rondarán sus rimas en musical enjambre de emociones.

¡Paz, Señor, para la gran alma del poeta, en tu vasto azul dormido y florecido de estrellas!



FABIO FIALLO

(Artículo de Rafael Andrés Brenes, para una nueva edición de «Cuentos Frágiles».)

Si el universo fuese un globo de cristal inmenso y en su interior se conservase inalterable el equilibrio de los mundos, y Dios, perdido el juicio, lo entregase a la juventud, esta quebraría el globo de cristal y los mundos se estrellarían los unos contra los otros, y todo sería el caos; y la juventud, ciega y loca, rodaría, confundida, con una sonrisa de triunfo en los labios frescos, hasta que en sus pupilas se apagase la luz de los astros y en sus manos se marchitasen las rosas de la vida...

La juventud, que toma el arma homicida en nombre de los más altos principios humanos, cuando grita: ¡libertad!, quiere libertad; cuando grita: ¡amor!, quiere amor; cuando grita: ¡poesía!, quiere poesía, pero libertad que tenga como límite la libertad; amor que tenga como límite el amor; poesía que tenga como límite la poesía.

Yo he sido joven; tengo pocos años; pero se puede ser viejo a los 27 años como se puede ser joven a los 70 años. Fui joven. Si entonces me hubiesen dado el globo del universo, lo hubiese arrojado sobre el empedrado, a costas de mi propia vida. Esto no ocurrió entonces, pero en mi mesa, entre clásicos y modernistas, se posó un pájaro raro: mitad alondra, mitad águila, con la armoniosa serenidad del canto y la penetrante mirada del



cíclope: Moreno Jiménez. Su canto cayó en nuestro espíritu y dando tumbos llegó hasta el fondo de nuestro corazón. Su bandera flameó en nuestras manos, y en nuestro entusiasmo emocionado, olvidamos a clásicos y modernistas. Entre estos últimos estaba Fabio Fiallo, a quién admirábamos ya. Era para nosotros uno de nuestros más altos poetas líricos. Sin embargo, no tenemos que arrepentirnos de nuestro olvido: Fabio, como otros poetas nuestros, poetas a través de épocas y escuelas, se quedó en el límite del modernismo. Reprodujo sus se quedó en el límite del modernismo. Reprodujo sus libros. Se durmió en la gloria alcanzada junto a Rubén Darío. Y nosotros esperábamos impacientes que aquel auténtico poeta cantara su canto eterno bajo el cielo revolucionado de la poesía americana. No lo hizo; y todavía esperamos en él al poeta que se nos revela a través de la prosa magnífica de sus «cuentos frágiles».

Es una vanidad para un joven, que un hombre que ha fatigado el éxito le diga: «quiero que usted escriba un artículo para la nueva edición de mis “cuentos frágiles”». Aun cuando esta sea una respuesta a nuestro deseo de pagar una deuda de bondad y aliento: cuando apenas triunfábamos en el campo literario, Fabio nos envió sus libros como respuesta a nuestro libro «Sombras». En aquellos, el gran poeta Fiallo nos decía que nos admiraba. En aquel momento interpretamos mal aquella admiración. Nos creíamos geniales. Aquel elogio bondadoso e inmerecido nos llenó de soberbia. Hoy, después de muchos años, nos sorprendemos de hablar así; pero tenemos que hacerlo para sincerarnos con nosotros mismos. Se nos ha llamado poetas o prosistas; somos apenas unos emocionados ante la belleza intrínseca del dolor o de la alegría. Se nos ha llamado críticos; somos apenas unos emocionados lectores...

¡Fabio Fiallo! Es valiente y es noble. Su actitud respecto de Santos Chocano es la del amigo que va más allá



de los linderos de arte. Aplaudimos la actitud valiente y responsable de sus contrarios, pero no podemos dejar de emocionarnos ante aquel hombre que le tendía una mano amiga al compañero en desgracia. Fabio tomaba la defensa del compañero de sus éxitos; ¡ponía a los pies de su amigo su propia personalidad!

¡Fabio Fiallo! Recuerdo la primera vez que vi al poeta. Todavía el cabello no era tan blanco, pero ya los hierros de las prisiones políticas y el hábito del fúsil o del sable habían trastornado el centro de gravedad de su cuerpo, que se inclinaba indolente hacia la derecha al caminar. Los ojos eran los mismos, de un mirar lejano, tras los cristales montados en oro. El bigote no tan blanco como antes de sacrificarlo, pero tan desordenado como entonces. Los labios del hombre sensual. La voz grave, arzobispal. Grueso. Fabio nos parecía entonces y nos sigue pareciendo ahora, un buen burgués. ¡Y aquel era el trovador galante; no de aquella galantería de Apolinar Perdomo, pasional y espontánea! La galantería de Fabio es discreta, y por esto mismo, meditada. Pero es de sus «cuentos frágiles» que vamos a hablar.

«Yubr». Servirse solamente de las propias palabras; expresar un pensamiento, sin el auxilio de una imagen; producir una emoción con sólo los elementos necesarios: aquellos de los cuales no se puede prescindir, sólo los cuentistas rusos lo han logrado, sin que por esto el cuento deje de ser una obra de arte... ¿Cuál es la razón de ese privilegio? ¿Es el lenguaje? No poseemos el ruso. No podemos contestarnos. Pero hemos leído a muchos cuentistas españoles y latinoamericanos que, como Carlos Montenegro en Cuba, han logrado casi en absoluto tan difícil arte. Y Fabio Fiallo lo está logrando en «Yubr». Tal vez los personajes de su cuento le infundieron ese aliento de la literatura rusa del último siglo. La tesis, sin embargo, nos traiciona al final. Recordamos a Edgar Allan Poe. Pero Fiallo no se sirve como Poe de la concien-



cia. La fantasía en Poe es más aceptable, es más aceptable porque ella es el resultado de una lucha interior de un individuo. En el Conde Mizza y en Dwidza, aceptado: Fabio está dentro de la clasificación rusa; pero en todos los otros personajes, en los cuales no hay una razón fundamental para que oigan el aullido de Jubr, Fiallo se sale de esa clasificación para caer en el orientalismo que predomina en su libro. ¿La sugestión? No; todos oyen el aullido del perro, sin que medie entre la percepción de los primeros y los últimos ese instante de fuerza mental, subyugadora en el Conde y en el siervo. La precipitación del cuentista, lo decimos sin ironía, impidió que éste fuese un cuento que a lo acabado del estilo uniese la realidad de lo patético.

Los otros cuentos son «cuentos frágiles» y este es el valor fundamental de ellos. El poeta ha escrito aquellos cuentos para la mujer del siglo pasado, para la niña del presente siglo; ésto si pensamos en la tesis; que si nos detenemos en el estilo, en la obra artística de Fiallo, sus cuentos marcan una época: el orientalismo, en «Flor de Lago» y «El Príncipe del mar», para señalar solamente aquellos en donde el escritor se perfila acentuadamente dentro de una modalidad artística. Hay una profunda tesis en «El busto de Mármol», en la «La Domadora» y «El Castigo»; pero el cuentista la teje en el encaje del estilo como una cinta de colores encendidos o viodos. En «La Condesita del Castañar» y en «Vendetta» está destacándose la figura del cuentista influenciado ya por las corrientes modernistas. Pero ya no es una silueta imprecisa, sino un perfil definido: es Fabio Fiallo, modernista, pero con su modalidad propia, con su personalidad indiscutible, en «La Inolvidable». Este, podemos decirlo con justificada pasión, es un magnífico cuento. Es el tema eterno: el amor, el amor que quiere olvidar, pero que está fatigado de recuerdos: en el gato, en el pájaro mosca, en el reloj, en la estatua de la fuente, en el ambiente impreg-



nado de su esencia, y lo que es más terrible, en los latidos de su propio corazón! Y el rencor llega hasta allí; pero allí también hay un fracaso de olvido. Ante el nidó de su corazón, en donde ella vive eternamente, se quiebra el acero de Oliveros, par de Francia y vasallo, de los más valientes del rey Carlomagno! El poeta nos lleva de la mano y nos deja entrever el cielo y otro cielo y por fin nos lanza, ya anhelosos de gozar el placer de la emoción, en el cielo de encendidos tules en donde el alma, gozosa, se dilata en una colmada aspiración estética. El poeta ha triunfado en el cuentista, dándole su éxito. Más que un cuento, es un poema. Y la ficción, que no es ya ficción allí, nos impone de la belleza fundamental de la verdad. ¡En este camino sabe Dios a dónde llegaría Fiallo! que asoma pero no se destaca tanto como en «La Inolvidable», en «El último ramo». Y en «Las Cerezas» Fiallo nos afirma definitivamente su fuerza en el cuento moderno; gradualmente, con facilidad de escritor avezado que pone en el cuento mucho de realidad que ha de ser ficción, despierta en nosotros un millón de recuerdos: ¿quién no ha tenido en sus años mozos una prima Eulalia que le brinde una cereza en los labios encendidos y húmedos? ¡El logra despertar en nosotros, más que el recuerdo el ansia de volver a aquella edad lejana y sentir la consagración misteriosa del amor! ¡Descorrer aquel velo de la adolescencia para ver, palpitante de anhelosas caricias, el brazo desnudo, el seno tibio de la prima Eulalia!

Es lo que queremos encontrar en el poeta y en el cuentista: emoción. Quédense los otros en sus cerebraciones artísticas. El poeta que no traicione su emoción podrá llegar a ser cuando lo quiera, el más grande artífice. El que busque, ya el rigor del metro, ya la repetición del consonante y aun el amplio campo del verso libre postumista, la imagen pulida, y descuide la emoción que ahoga a veces aquella búsqueda, será un poeta, pero un poeta inmóvil en la eternidad que le brindó la creación;



deprimido bajo el peso de las edades; un dato tal vez en la historia literaria de una época. La verdadera personalidad se impone sobre todos los prejuicios: el verdadero poeta se empina hasta los astros en el paisaje literario del mundo; él toma la lira y nos da todas las armonías; él modula un canto y nos da todas las emociones. Y así es el escritor y así es el cuentista cuando vence todos los prejuicios: ¡él no busca un estilo, él sigue el estilo de todas las vibraciones de su ser! ¡El estilo! ¡Es la culminación del éxito! Y el éxito sólo lo alcanzan los seres superiores.

Esta nueva edición de «Cuentos Frágiles» la ofrece Fiallo a la biblioteca americana. Nosotros la recomendamos a toda joven púber que sienta latir su corazón con fuerza, cuando la palabra cariciosa del amor reclame la encendida cereza que en sus labios tiembla.

RAFAEL ANDRÉS BRENES

Febrero 13, 1930.

LISTIN DIARIO núm. 12,851,
16 de marzo de 1930.



CUENTOS FRAGILES

Después de *Primavera Sentimental*, minúsculo breviarío de un alma en perpetua adoración ante la belleza femenina idealizada en formas a veces vagas e imprecisas por su numen de poeta, publica ahora Fabio Fiallo este primoroso libro de cuentos que, bien mirado, viene a ser, aunque escrito en prosa sobria y expresiva, como la continuación clara y natural de aquel librito de versos suaves y armoniosos en que se transparenta la exquisita de su espíritu noble y generoso, ya que en estos cuentos como en aquellas, resuena con acentuada vibración el mismo ideal, idéntico exclusivo culto a la mujer, única musa inspiradora de sus estrofas, arquetipo peremne de su fantasía creadora... Una emotividad poco complicada, superficial por lo común, de un vago sabor romántico, se dilúe en sus versos finos y bellos, y se esparce, como polvillo de luz a ratos caprichosamente irisado, sobre la mayor parte de estos cuentos ligeros, alados, de tenue consistencia, ingeniosos y bellos. Cierta gracia ática, cierta poderosa atracción de belleza circula por estas páginas, dejando un rastro luminoso de vagas idealidades, de algo refinadamente poético y de realidad ensañadora que no resiste al análisis penetrante, esfumándose en tonalidades vagas, en matices raros de tenuidad encantadora...

Poeta de una sola faz, de un solo aspecto lírico, esa misma modalidad de su espíritu se refleja con vigorosa acentuación en todos estos relatos. La mujer, siempre la



mujer. En sus poesías como en sus cuentos, una mujer de delicada urdimbre, sin complejidades cerebrales, sin complicaciones sentimentales, sin trastornos neuróticos, marca el acompasado ritmo de su paso entonando bella y armoniosamente la eterna canción del amor. Y este amor aun ardiente y poderoso, se expande por lo general sencilla y naturalmente, no llegando nunca, ni aun en sus mayores audacias de pensamiento, a revestir aspectos marcadamente sensuales, sugeridores de deseos exóticos vehementes y refinados, como bien se advierte en «Entre ellas», «La Condesita del Castañar» y «Las Cerezas», que son las tres narraciones del libro que a mi juicio llaman más la atención por ese concepto. Su concepción de la belleza se cristaliza generalmente en cierto ideal femenino, que se encarna en figuras de mujer a veces deliciosamente imprecisas, como si en lugar de proceder de la realidad, surgieran al conjuro de su imaginación de mundos de quimeras y ensueños. En sus producciones resuena siempre la nota íntimamente subjetiva, sin sabor del terruño, como inspirada por una orientación literaria exótica, en la que se particulariza muy distintamente cierto ideal aristocrático, señoril, propio de su gusto refinado, que, en ocasiones, no siempre, imprime a varias de ellas cierto carácter original y atractivo y de veras interesante.

Posee, como *conteur*, facultades muy apreciables y merecedoras de loa. No cansa, ni se pierde en divagaciones pueriles o inoportunas. Hay gracia, intención, sobriedad, positivo interés en algunos de sus cuentos. El corte de éstos tiene algo del de ciertas *nouvelles*, rápidas, concisas, de ligero argumento, exquisitamente bellas. Su manera de contar es enteramente francesa, parecida en algo a la de Guy de Maupassant y de Catulle Mendès, celebrados autores de cuentos admirables, verdaderas flores de ligereza y gracia. No conserva nada, absolutamente nada de la castiza tradición española, de la novela y del cuento



picarescos de cierta época del florecimiento intelectual hispano, ni tiene nada tampoco del moderno cuento alemán, sin ir más lejos, a lo P. Heyse, perezoso, lángido, muchas veces de cierta finalidad ética, aunque no por eso desprovisto de cierta belleza peculiar y de verdadero interés. El más extraño de los relatos de Fabio Fiallo, resulta, sin duda, «Ernesto de Anguises» de tonos lúgubres, de estructura macábrica, que hace recordar vagamente ciertas narraciones fantásticas de Hoffman y Edgardo Poe. Revela Fabio Fiallo golpe de vista certero para sorprender algunos aspectos de las cosas y apriarlos en párrafos jugosos, de elegante sobriedad, sorteando temibles escollos hasta tocar el desenlace, aunque éste, tal vez para producir cierto efecto sensacional o poco menos, resulte en ocasiones de extraña inverosimilitud, tal como se nota en «El Busto de Mármol», uno de los mejores cuentos del libro, y en «La domadora». La resaltante falta de realidad de algunos finales de sus cuentos no debe, sin embargo, producir ninguna verdadera extrañeza a los que conocen íntimamente la psicología del autor de «Primavera Sentimental». Fabio Fiallo, por lo general, siente poco la influencia del mundo exterior, lo ve constantemente según su temperamento de poeta al través de un prisma de lirismos y quimeras, como si su perenne visión introspectiva, su ideal interior, le quitase la noción de lo que pasa en torno suyo, borrarase ante sus ojos las líneas y colores de la realidad circunstante. De todos estos cuentos, aun siendo buenos la mayoría y tres o cuatro excelentes, confieso que miro dos con especial predilección: «El último ramo» por la exquisita delicadeza de sentimiento que refleja, y «La Lección del Caos» por la gracia y soltura y por el alcance del pensamiento que contiene, como flor de suave perfume y de bellas coloraciones en rico y artístico vaso.

No obstante su escaso caudal lexicográfico, Fabio Fiallo sabe expresar artísticamente su pensamiento. Es por



lo general diáfano y correcto. Sus cuentos, como sus versos, se leen siempre con interés sin que produzcan la más leve impresión de fastidio. Narra con sencillez y belleza, no incurriendo nunca en obscuridades anfibológicas ni en ciertas retorceduras y crispaciones de estilo. Lástima que en sus prosas como en sus poesías no surja nunca algo característico, de tinte nacional, que siquiera a ratos descubra que este artista de la palabra y del ritmo, tuvo su cuna y tiene radicados todos sus más íntimos afectos en esta hermosa porción del archipiélago antillano.

F. GARCÍA GODOY

LA CUNA DE AMERICA, núm. 96, S. D.
1 de noviembre de 1908.



CANCIONES DE LA TARDE

Cuenta una tradición helénica que los pastores tesalios arrancaban los ojos a los ruiseñores para que así fueran sus trinos más sentidos y armoniosos. Poco más o menos es lo mismo arrancar la libertad a un poeta recluyéndolo en el estrecho recinto de una obscura mazmorra sin poder dilatar su mirada por amplios y risueños horizontes. El gran poeta dominicano hoy encerrado en el Homenaje por haber levantado virilmente su voz en defensa de su pueblo torturado, es hoy objeto de la más entusiasta admiración y de la más viva simpatía de cuantos en este Continente, en todo el vasto mundo, sienten hondamente devoción acendrada por el ideal puramente luminoso de una patria independiente y libre. En los versos de este breviarío lírico se nos revela Fabio Fiallo sin diferencias ningunas de idea, de expresión y de ritmo, el mismo, absolutamente el mismo que en toda su anterior producción poética. No ha evolucionado ni había para qué. Su modalidad de poeta genuinamente lírico parece asumir caracteres invariables. La vida parece presentarle por un solo aspecto, acaso el más llamativo y relativamente durable de la existencia. Si se siente rendidamente atraído por ese solo aspecto, si es el que más le impresiona y avasalla, si es el que con más fuerza determina en él la creación poética, ¿para qué quitarle a ésta su unidad espiritual intrínseca para llevarla



por vías líricas para él refractarias o sin ningún atractivo?

Fabio Fiallo es un poeta monocorde. Su feminismo poético es algo muy hondo, muy sincero, muy inconfundible, de su vida afectiva, de su vida espiritual. Si alguna vez, momentáneamente, se desliza por otra pendiente de sugestión exterior, bien pronto, como si se encontrara extraviado o desorientado, vuelve a emprender su peregrinación lírica por los rumbos eróticos en que suele espaciarse a sus anchas. La mujer, siempre la mujer. En caprichoso desfile las vemos surgiendo ante nuestros ojos. ¿Es voluble? Es constante. ¿Son muchas las que ha amado, las que quizás ama aún? No lo sé ni se necesita. Lo que hay de verdad es que en sus estrofas se destaca siempre, más o menos románticamente, la imagen de una mujer a quien parece amar extremadamente. Y condición relevante de este poeta idólatra de la mujer es que es siempre casto, de una severa castidad, de que parece estar ausente toda genuina emoción sensual. Es siempre de una finura y de una delicadeza por todo extremo encomiables. De las composiciones que contiene este volumen, algunas ya conocidas, me han gustado mucho «Gólgota Rosa», «Plenilunio», sobre todo, «Tras sus Huellas» y otras más. Esta última parece digna de los más encendidos encomios. Es casi perfecta.

El poeta prepara un nuevo libro de versos, *Las Canciones del Odio*. ¿Entrará con pie firme en nuevos dominios de inspiración lírica? ¿Resultará? El asunto se presta a grandes éxitos. Se los deseo sinceramente. El Odio es noble, es bueno, es santo cuando se yergue y restalla como látigo de fuego frente a la iniquidad ensoberbecida y triunfante, ante la Fuerza brutal omnipotentemente cruel e incomprensiva. Harás mil veces bien, caro poeta, exprimiendo en la áurea copa de tus versos sencillos y expresivos el Odio de tu alma altiva y generosa con-



tra cuanto en esta triste y trágica hora de sombría opresión mantiene nuestros espíritus sumergidos en insondables piélagos de desesperación y de acerbo consuelo.

FEDERICO GARCÍA GODOY

LISTIN DIARIO, núm. 9412, S. D.
4 de octubre de 1920.



PRIMAVERA SENTIMENTAL

Fabio Fiallo, conocido ya como buen poeta dominicano, ha tomado, sin discusión, el puesto de uno de los primeros poetas de América.

Salomé Ureña de Henríquez y José Joaquín Pérez habían dejado vacante el solio de la poesía nacional. La muerte los arrebató de entre nosotros. Quedó muda la lira encantadora; pero sus cuerdas no estaban rotas. Aún podían vibrar deliciosamente y traducir la inspiración de un alma artista.

De entre la multitud de poetas se adelantó un bardo joven, se apoderó del instrumento y nos cantó ese poema que se llama «Primavera Sentimental».

Nada tan dulcemente apasionado y nacional como ese canto al amor, o al sentimiento que inspira y puebla al mundo. Citar estrofas sería una injusticia. Habría que copiar todo el libro porque ninguna supera a la otra: todas son excelentes.

Algunos malos traficantes de la intelectualidad han hallado pomposo el nombre de la obra. Poema, dicen, ¿y es tan corto? Quieren cantidad y no calidad. Serían capaces de dar una planta de rosas, con toda su belleza y su perfume, por un árbol de cañafístola cimarrona, porque ésta produce más cantidad de flores. Pero, aspirad unas y otras. Mientras las primeras os embriagan de placer con su delicioso aroma, las horas apenas despertarán vuestros sentidos.

Aún hay otro defecto para los que ignoran que si la



espiritualidad vive del materialismo, éste no goza sino con aquella.

«Poema, dicen, ¿y no hay una relación de hechos extraordinarios, no hay estocadas, ni balazos, ni raptos, ni incendio, ni combates de mar y de tierra, ni nada que espeluzne a uno y lo deje con la boca abierta?» Pues ahí está, precisamente, caballeros, la originalidad del poema. Es un canto al sentimiento; es la historia de una pasión en sus puntos culminantes. Es un panorama de cumbres, en el cual sólo se divisan los puntos elevados en que se posó el amor del bardo.

Y todo ello sin rebuscamientos, sin inventar ni aprovechar situaciones extraordinarias. Nadie que haya estado enamorado, ha podido prescindir de sentir lo mismo que ha sacudido el delicado manojó de nervios del poeta. Eso sí, tendrá que confesar que no habría podido expresarlo con tan fina, sentida y elegante poesía. Cada uno de los cantos es, como puede decirse de todo el poema, una condensación de poesía.

¿Que a qué escuela pertenece el poeta? No acierto a decirlo. Más bien me atrevería a asegurar que a la suya, que es original. Algún parentesco se le nota con Heine y con Bécquer. Pero no tiene la amarga ironía del primero, que punza y hiere y debió lacerar el corazón a que lanzaba sus cantos. Del segundo difiere mucho en la manera; pues según era de difuso Bécquer, es Fiallo de lacónico. Bécquer cogía una idea y la repetía hasta la saciedad en un canto corto; pero demasiado largo para su objeto. Fiallo, sin la ironía terrible de Heine, ni la difusión de Bécquer, encierra en un verso toda la cantidad de idea, de intención, de poesía, que cabe en el lenguaje. Es maestro para pintar un estado de ánimo. Bástale una pincelada para mostrarnos vivo y en acción el sentimiento.

Poeta, yo te felicito por tu obra, y te envidio cristianamente. No querría quitarte la tuya, sino producir una



igual a ella. Quizá tu producción maestra no te eleve entre tus compatriotas a la altura de las cumbres que has descrito en tu «Primavera Sentimental»; pero llevarás la cumbre dentro de ti mismo. Mientras los otros «suden vulgaridad y de vulgaridad se nutran», tú oirás en tu alma el rui señor que canta la divina melodía que hace adorable este mundo, donde el que no lleva consigo el ave canora, se fatiga al fin al peso de tantas ordinarieces y de tantas vulgaridades.

JOSÉ R. LÓPEZ

LISTIN DIARIO, núm. 3920, S. D.
26 de agosto de 1902.



CANCIONES DE LA TARDE

Se puede enjaular al ruiseñor, aprisionarlo, impedirle que recorra el espacio, cerniéndose sobre todas las cosas de la tierra, aun por sobre las que nos parecen mezquinas. Pero mientras viva, nadie podrá aprisionarle la garganta. De ella brotarán sin cesar deliciosos trinos y mientras todo parece duelo y desgracias, como un divino consuelo, rebotarán de la garganta del ruiseñor las melodías.

Fabio Fiallo está preso. Si alguna falta cometió, de las de mocedad, en sus más de cincuenta años de vida, redimióla sobrancemente, ante el cariño de sus paisanos, con este Jordán de las persecuciones por delitos de prensa. No es *picota* donde está. Es *Tabor*. La gloria y no la infamia es su constante compañera de estos días. Pero glorioso y todo, está preso, y los que estamos acostumbrados a regalarnos con las canoridades de su pluma sentíamos el altruista pesar de que se encuentre en la ergástula, y el agoísta dolor de no oír sus cantos.

Pero el alma de un poeta es como la lámpara encendida. La llama está presa en el tubo; pero la luz de esa llama lo atraviesa y lo ilumina y lo alegra todo en torno suyo. Los cantos del poeta salieron por las férreas rejas de la cárcel y van, de corazón en corazón, haciendo caricias, despertando espíritus, recordando que hay algo más grande que el pan y el cuerpo, que vale mucho más, que muchos no saben que lo aprecian y están idolatrándolo. Y ese algo es el arte y el alma.

En su recién publicado libro *Canciones de la Tarde*,



que no sabemos por qué se llama así, puesto que aunque el autor está cronológicamente en el principio de la tarde, psicológicamente es un pollo de veinte años, con una pequeñísima cantidad de pesimismo erótico, que es característico de las mocedades. El nombre importa poco, al carácter de la cosa. El libro revela al mismo Fabio de siempre, gran poeta erótico, con todas las dulzuras y bellezas que engendran el talento y la juventud.

Confieso que ahora hubiera preferido yo ver otra faz de su talento. Habría sentido placer en leerle pindárico, voz y paladión del estado de ánimo de su pueblo, cantando más robustamente que la *Vacante* las ansias y las esperanzas dominicanas. Pero son pocos los hombres pro-teicos, que asumen a su placer todas las modalidades del arte. Y bien está que quien es maestro en una cuerda se abstenga, se abstenga de pulsar las otras en que no brillará tan fúlgidamente su talento.

En esta del erotismo Fabio es gran maestro. En estas *Canciones de la Tarde* es tan delicado poeta como en la fina colección de *Cantaba el Ruiseñor*, y en las poesías vestidas de prosa de los renombrados *Cuentos Frágiles*. No se tiene derecho a exigir de un hombre que lo haga todo. Basta que sepa hacer muy bien una cosa.

Fabio es en la vida, en el tremendo campo de batalla de la vida, lo que es en *Canciones de la Tarde*, y algo más, tan apreciable como su arte. Es hombre de acción, patriota, luchador que pone en alto su propia bandera cuando enarbola la del ideal colectivo.

Cuando muera, que de morir habremos todos algún día, la Historia, después de enaltecer al artista, tendrá todavía que recoger algo más. Habrá de ofrecer al cariño de las gentes al hombre que amó a la patria y supo padecer por ella.

JOSÉ R. LÓPEZ

LISTIN DIARIO, núm. 9396, S. D.
14 de septiembre de 1920.



DISCURSO

Pronunciado por el Excelentísimo Señor Doctor Don Joaquín Balaguer, Presidente de la República Dominicana, en el develamiento de la estatua del poeta Don Fabio Fiallo en la Plaza de la Cultura de la ciudad de Santo Domingo, el 21 de octubre de 1977.

Homenaje nacional

Nos hemos reunido en esta oportunidad, para ofrecer el homenaje de nuestra admiración no a un héroe de la espada sino sencillamente a un poeta. Por eso no se hallan aquí presentes las armas de la República ni asistimos a un desfile de soldados ni a una concentración de tanques de guerra. Las banderas de la Patria son conducidas por legiones de escolares y las rosas y los laureles son depositados al pie de este pedestal por manos de mujer, por distinguidos hombres de letras y por asociaciones infantiles.

El poeta patriota

Pero el ciudadano, sin embargo, a quién se rinde este homenaje no fue sólo un escritor eximio y un trovador exquisito. Aunque nació para cantar a la mujer y a ella consagró la mayor parte de sus inspiraciones, Fabio Fiallo, el poeta que ahora nos contempla desde la mudez



de este bronce, fue también un patriota que supo librar fieras batallas por la libertad de la patria con las únicas armas que Dios puso en sus manos: una pluma de oro y una lira de diamante.

Durante la ocupación del territorio nacional por la infantería de marina de los Estados Unidos, en el interregno 1916-1924, cumplió con sus deberes cívicos hasta el punto de que se le llegó a conocer como el poeta patriota por excelencia y de que se le vio vestir en las calles de Santo Domingo, como si hubiera sido un vulgar malhechor, el traje de los presidiarios, por haber denunciado en artículos llenos de frases lapidarias y en versos que alcanzaron resonancia continental, el crimen brutal cometido contra una de las naciones más dignas, por su antigüedad y sus timbres históricos, del respeto de todo el hemisferio americano.

Algunas de sus composiciones menos conocidas, pero que causaron honda impresión en cuantos abrazaron la causa nacionalista en aquella época luctuosa, permanecerán en nuestras letras como páginas dignas de Arquíloco, porque todas ellas alcanzan, en muchas de sus estrofas, verdadero brillo metálico, estruendosa resonancia verbal y frondosidad casi oratoria.

Tributo al poeta

Pero no es al patriota que supo defender, en horas de crisis para la soberanía nacional, la dignidad dominicana, a quien honran hoy el pueblo y el Gobierno dominicanos. El tributo consagratorio de esta estatua va más bien dirigido al paladín romántico, especie de juglar a la usanza antigua, que tiene el privilegio de ocupar en el Parnaso dominicano, y acaso también en todo el que lengua española, un sitio que nadie ha podido disputarle y que le pertenece por mandato de la inspiración y por ley de la sangre: el del poeta del amor.



El poeta del amor

No fue la suya, sin embargo, una poesía propiamente erótica, por el estilo de la de Apolinar Perdomo, y la de otros grandes vates dominicanos y extranjeros de aquella misma época que rindieron culto acaso excesivo a la coquetería de salón y a la pasión amorosa. Fabio Fiallo expresa y siente el amor, por el contrario, en la más fina y excelsa de sus manifestaciones. Sus ditirambos a la mujer se mantienen en una atmósfera de idealidad casi platónica que rara vez desciende al plano de la sensualidad o al erotismo desembozado. El instinto carnal del hombre se convierte en él, cuando se dirige al objeto escogido para la mayoría de sus cantos, en un sentimiento etéreo y en un mariposeo delicado.

Fiallo y Bécquer

Si algún parecido tiene con algún otro poeta de nuestra lengua, es con Gustavo Adolfo Bécquer, por la exquisitez del culto que ambos rindieron a la mujer y por la delicadeza que alcanzó en ambos líricos el sentimiento amoroso. Los dos poetas tienden, en la mayoría de sus composiciones, a condensar en un corto número de estrofas todo el secreto de su pasión y a verter en cada verso, como en una sola gota de esencia, todo el perfume de que es capaz el corazón humano.

San Agustín y el niño

Hay una celebrada página de San Agustín, en que el Obispo de Hipona describe el juego de un niño que se divierte en una playa, al margen de la línea en que la tierra se junta con el mar, en el encuentro de las dos inmensidades.



La angelical criatura, con el corazón todavía lleno de inocencia, se siente embelesado ante la magnificencia del espectáculo que se desarrolla por primera vez ante sus ojos. Le fascina el mar, con su superficie siempre en movimiento, le seducen las formas caprichosas con que se unen y se separan las nubes en el firmamento de zafiro, y le cautiva la inmensa lámina azul que se extiende hasta confundirse en la lejanía con el horizonte infinito. La curiosidad del tierno espectador se concentra ya en la serenidad del cielo, batida sólo de cuando en cuando por las alas de un pájaro, o ya en la rompiente donde cada ola, al estrellarse contra la roca, se desparrama en encajería y convierte su desgarramiento en música como si llevara dentro un corazón de espuma. El niño, incapaz de sustraerse al hechizo que ejerce sobre todos sus sentidos aquel paisaje grandioso, quisiera llevarse consigo el mar al retirarse y emplea entonces largas horas tratando inocentemente de abarcar en la palma de su mano todo el inmenso contenido del océano.

Fabio Fiallo, al igual que el poeta sevillano de las «Rimas», se empeña también, como el niño-poeta descrito por San Agustín, en abarcar en las pocas estrofas que integran cada una de sus composiciones, todo el complejo mundo del amor, desde el que traduce el grito personal del alma tocada por ese sentimiento alado hasta el que aspira a expresar el de toda la humanidad y el de todos los corazones heridos por esa dolencia divina.

La sombra de Laura

Los poetas de esta estirpe suelen vivir en mundos completamente ideales. Es fama que Fabio Fiallo, en los años románticos en que vivió como el héroe de una comedia de capa y espada, se prendó de una mujer casada de gran belleza y de inexpugnable virtud. La amó casta-



mente y la celebró con fervor en sus versos como Petrarca a Laura. El poeta florentino, cuya pasión por aquella otra dama de gran alcurnia fue tan pura y platónica, según las leyendas de la época como la de Dante por Beatriz y la de Mistral por Mireya, sobrevivió a esa musa de carne y hueso que sólo una vez, en el atrio de una iglesia, le sonrió dulcemente, pero que se limitó a admirarlo como uno de los genios poéticos de aquella etapa finisecular del Renacimiento italiano. Fabio Fiallo, más afortunado en el amor que el poeta de Arezzo, logró desposar en segundas nupcias, ya casi en la hora crepuscular de su vida, a la mujer que le inspiró sus canciones más hermosas. Pero el sueño, siempre más bello que la realidad, sobrevivió durante poco tiempo al roce inevitable con la vulgaridad cotidiana. Roto su paraíso artificial, demasiado hermoso para soportar el peso del prosaísmo de cada día, Fabio Fiallo se decidió a cultivar sentimientos menos tiernos que los que le inspiró el amor y escribió entonces para la prensa diaria y para algunas revistas de ocasión, artículos que recuerdan, por su punzante agresividad, los que compuso a principios del siglo, en asocio con el escritor Tulio Manuel Cestero, para el periódico político titulado «La Campaña».

El militante político

No podría escribirse la biografía de Fabio Fiallo si se excluyera de ella la parte de su semblanza que lo identifica como político militante y como polemista intrépido. Desde que funda, en 1894, el Seminario «El Hogar», se perfila como un ciudadano de firmes arrestos cívicos y como un fervoroso amante de la libertad.

Canto a la bandera

Hasta en este rasgo de su biografía guarda cierta similitud con el autor del «Cancionero». Así como Petrar-



ca, confinado durante sus últimos años en Aviñón, abandona el retiro del valle de Vaucluse para escribir su «Canto a Italia», Fabio Fiallo cambia su lira de cristal por otra de bronce para componer, ya en las horas finales de su vida poética, su «Canto a la Bandera», y para mezclarse en las pugnas entre los liberales y los conservadores de su época, como se mezcló su modelo en las guerras del siglo catorce entre güelfos y gibelinos.

El viejo cisne dominicano se inclina, poco antes de morir, sobre el tricolor de la patria y entona sobre él su último canto.

Fiallo y el modernismo

El clima moral en que vivió Fabio Fiallo no pertenece a nuestra época. Fue la suya la de los días de la irrupción del modernismo en la poesía de habla española, cuando Rubén Darío se hallaba en el apogeo de su gloria y se empeñaba en quitar al verso español su vieja piel de león para vestirlo de nuevo con las plumas de un cisne. Como Osvaldo Basil, Ricardo Pérez Alfonseca y otros poetas dominicanos de aquellos mismos días, el autor de la «La Canción de una Vida» formó parte de la corte del vate nicaragüense, pero no incorporó a su poesía nada de la inspiración dionisiaca y de la grandeza fáustica de aquel Apolo del trópico, que prefirió las riberas del Sena a las de los lagos de Nicaragua y que pretendió colocar a los reyes desterrados de Versalles en el trono de Atahualpa. Algo de la técnica modernista pasó, sin embargo, a la producción poética de Fabio Fiallo: fue el trabajo de orfebrería que realizó el autor de «Azul» para sustituir con los blandos sonos de «Era un aire suave» la estruendosa trompetería de los seguidores de Quintana.

Con Fabio Fiallo, como con Gustavo Adolfo Bécquer, no asistimos ya a la potente orquesta del autor de la oda «Al Dos de Mayo», con sus cobres resonantes y sus rui-



dos metálicos, sino que entramos en contacto con otra música más íntima y más personal, como la de esos viejos pianos de salón que se conservan en los rincones de algunos museos como pequeños templos de ébano erigidos al dios de la armonía. Esta nueva música introducida por el Heine español en la poesía peninsular, y trasladada luego por Fiallo, con acento propio, a la lira latinoamericana, encontró pocos imitadores en España y en nuestro continente, y menos aún entre los poetas de nuestro país, siempre más adictos a la imagen de larga cola y a la metáfora que sabe abrirse como un abanico multicolor que a esa voz suave y apenas perceptible con que el poeta de las «Rimas» nos habla, en versos suspirantes, de la vida breve, de la alegría fugaz y de las tardes pálidas como las mejillas de las novias enfermas.

El canto del cisne

La vena poética de Fabio Fiallo no se agotó por completo con la edad y se conservó, aunque ya en plena decadencia, hasta la hora de su muerte en territorio extranjero. Fruto de su fantasía lírica inexhausta fue el pequeño libro de apólogos que se llama «Poemas de la niña que está en el cielo». No hay mucha diferencia entre la frescura que prevalece en las imágenes de ese minúsculo libro de cuentos y aquellos deliciosos juegos de música que el poeta escribió, en contadas ocasiones, como en la composición titulada «Lis de Francia», versos de juventud donde el lector percibe el aire de camerino de Versalles y el tono cortesano que fueron proverbiales en el poeta de los tiempos de la galantería y del romance.

El poeta eterno

Los versos de amor de Fabio Fiallo son invariables y eternos, como lo son las efusiones del corazón humano.



Muchas parejas de enamorados, algunas de las cuales ignorarán tal vez la propia existencia del autor de «La Canción de una Vida» y habrán leído acaso, como composiciones anónimas, muchas de las coleccionadas en sus libros, acudirán en la alta noche a esta Plaza, atraídas por su soledad y por el rumor de sus fuentes, y al pasar entre el murmullo de las hojas junto a la estatua del poeta, con las manos entrelazadas, se musitarán como un secreto al oído los versos inolvidables :

*Por la verde alameda silenciosa,
íbamos ella y yo;
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.*



PRIMAVERA SENTIMENTAL *

Tras inútil resistencia, la noble ciudad acababa de ser tomada a fuego y sangre. En sus calles flotaba todavía la humareda del combate, cuando, como salido de esa nube semejante a un dios mitológico, surgió ante mí, cubierto aun del polvo del camino, con la carabina en la mano y el machete al cinto, el poeta suave y delicado de *Primavera Sentimental*... A pesar de las graves preocupaciones del momento, aquella aparición inopinada del excelente amigo prodújome placer vivísimo, mezclándose bien pronto a esa impresión algo de vaga tristeza al ver con los arreos del guerrero, en medio del infierno dantesco de la guerra civil, a quién parecía hecho sólo para contender en las justas de la excelsa poesía como mantenedor gallardo del bien, del amor y de la belleza.

A raíz de aquel sangriento suceso, púsose en evidencia la nobleza de sentimientos que es cualidad predominante del carácter de Fabio Fiallo. Hormigueaban los rencores y ardían los odios, y él, encargado del mando durante breve tiempo, atajó, por un momento, el alud de venganzas, y no manchó su rápida gestión gubernativa con represalias crueles e injustas. Cerró los oídos a torpes acusaciones, hijas de la suspicacia y del recelo, y supo crear a su alrededor un ambiente de simpatías y de confianza que, en poco más de una semana, restó fuerzas

* F. García Godoy: PERFILES Y RELIEVES. Imp. La Cuna de América. S. D. 1907, pp. 151-157.



considerables al ya casi vencido movimiento revolucionario.

Los prácticos del momento, los adversarios irreducibles de su política conciliadora y fecunda, pusieron el grito en el cielo enristrándole a toda hora, en son despectivo, las palabras de poeta, soñador, visionario... Y tengo la firme convicción que, de seguir en el mando, las hábiles y oportunas gestiones de ese *visionario* hubieran en poco tiempo conseguido la completa pacificación de la provincia. No pudo ser así desgraciadamente. En aquella pugna entre la moderación y la intransigencia, triunfó esta última de manera definitiva. Sus aullidos se hicieron cada vez más penetrantes, y el Gobierno se vio en el caso de reemplazar a aquel bien inspirado mandatario, que fue acaso el único, en aquellos trágicos días, que supo ver claro desde el primer instante y proceder del modo y en la forma que indicaban con precisión las circunstancias.

El edificio por él tan laboriosamente levantado derumbóse con estrépito, y las medidas extremas sólo tuvieron la eficacia de galvanizar las agotadas energías revolucionarias haciendo más prolongada y más sangrienta su agonía.

* * *

En los versos de *Primavera Sentimental*, delicados, vaporosos, de corte finamente aristocrático, ha desgranado Fabio Fiallo las ricas perlas de sentimientos íntimos, de ardientes anhelos, de esperanzas irrealizables. No caldea su numen, siempre solicitado por emociones subjetivas, por afectos pasionales de duración momentánea, de carácter efímero, la inspiración alta, de resonancia social, de alcance trascendente, que ensancha e ilumina los horizontes del espíritu. Procede directamente de la estirpe intelectual que cuenta entre sus próce-



res egregios al atormentado autor del *Intermezzo* y al melancólico poeta de las *Rimas*. Tal vez caen también en su ánfora poética algunas gotas del vino, siempre delicioso, de Alfredo de Musset. Y ese parecido es poco en cuanto a ciertos matices de sentimiento que lo diferencian de aquellos poetas, pero es mayor en cuanto a cierto no sé qué recóndito que a manera de sutilísimo perfume se escapa de su poesía, y en cuanto, aunque no con frecuencia, a ciertas no muy pronunciadas semejanzas de forma. Y cuenta que Fabio Fiallo sufre constantemente la obsesión de la originalidad, del empeño de exteriorizar en forma apropiada pensamientos nuevos o cosa parecida. La originalidad, en el sentido por completo exagerado que le dan muchos, no existe o poco menos... Lo que debe exigirse únicamente, en la hora actual, es que el poeta y el escritor puedan y sepan vaciar en moldes de exquisito valor artístico el metal hirviente de emociones acentuadamente personales.

La impresión que produce la lectura de *Primavera Sentimental*, no da la idea de un poeta en plena posesión de la técnica de su arte, dueño de todos los recursos y resortes de la métrica, que ha recorrido ya todo o casi todo el ciclo de su desenvolvimiento lírico, sino de un poeta como en formación, que deja ver, por rasgos aislados, por resplandores intermitentes, pedazos de su alma, partes de ella, pero no su alma entera, en toda su cabal integridad. Bien es verdad que en este volumen faltan muchos versos publicados posteriormente. En la poesía de Fabio Fiallo se descubren muy pocos aspectos de su yo, fragmentos solamente de la escala de sensaciones por la cual ascienden los privilegiados a las cumbres excelsas del Arte. Parece este poeta no haber oído nunca la sinfonía de las cosas, las voces misteriosas de la naturaleza. Nada sabe de susurro de hojas, de aroma de selvas, de rumores de río. Desde la reducida ventana de su torre de marfil, no ha dejado diluir su alma



en la suave tristeza que emerge de cuanto nos rodea a la hora solemne de la caída de la tarde, ni ha contado nunca sus cuitas a las estrellas en las noches serenas y silentes... Tampoco vibra en sus versos la nostalgia de las épocas lejanas en que florecía el lirio de la quimera, en que los dioses se humanizaban hasta bajar a la tierra, en que, por el feliz y armónico consorcio de la idea con la expresión, realizaba el Arte un ideal de suprema belleza en el mármol de las maravillosas estatuas helénicas. En *Primavera Sentimental* se ve un poeta casi uniforme, refractario a la poderosa sugestión exterior, a quien sólo preocupa la necesidad de amar, el encanto de compartir con un ser querido las efusiones apasionadas de un corazón ardiente, que hace de la mujer el compendio y cifra de toda la existencia. Por eso escúchase sólo en sus estrofas estallidos de labios que se juntan, quejas de pasión, alaridos de celos, el prolongado lamento de los adioses definitivos...

Depende por lo regular el concepto que nos formamos del mundo exterior de la penetración de las miradas que dirigimos en torno nuestro. Hay que ahondar en la superficie, aunque todos no pueden hacerlo, si se quiere que la visión resulte más intensa, y sea, por consiguiente, el concepto más amplio y más exacto. El verdadero poeta busca siempre ese *más allá de las cosas*, que dijo Campoamor, y, nuevo Colón, adivina mundos luminosos donde la vulgaridad imperante ve sólo la epidermis, el aspecto material de los objetos. Taumaturgo soberano, baja a profundidades desconocidas y extrae de ellas la refulgente pedrería que incrusta en sus cinceladas estrofas. Por la virtud milagrosa de su inspiración, convierte los antros oscuros donde bulle y gime la miseria humana en mansiones encantadas de gnomos y de hadas. Siempre la verdadera poesía ha hecho vibrar intensamente todo mi ser. Pero suelo ser descontentadizo, tal vez en demasía, en achaques de versos. Por eso hace



tiempo que no los hago, y por eso son muy contados los poetas que de veras admiro en esta época tan pródiga en versificadores dotados de mayor o menor habilidad técnica. En las estrofas de Fabio Fiallo, nótanse en ocasiones, cierto desaliño y ciertas ligeras imperfecciones de metro y de ritmo. No hay en ellas pomposidades ni arabescos; pero su poesía resulta siempre clara y atractiva, exenta de nebulosidades y de afectismos rebuscados. Su vocabulario poético es reducido, pero me parece preferible al de oropel de que, con frecuencia, echan mano muchos poetas de notoriedad harto discutible. En Fabio Fiallo creo superior el *conteur* al poeta. Pero sus versos me gustan, porque si es verdad que no descubren un alma entera de poeta, amplia y vibrante, dejan ver, por lo menos, ciertos hermosos pedazos de su alma, donde esparcen su suave perfume las flores de una eterna primavera de nobles ideas y de delicados sentimientos.



FABIO FIALLO

*(Fragmentos de la conferencia pronunciada en los salones de la Sra. Ana López Penha de Senior por Manuel A. Machado) **

Señoritas, señoras, señores:

Un estilista insigne y crítico eminente, el sabio polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, al estudiar el movimiento literario de Hispano América, escribe las siguientes palabras:

«Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo, hay que llegar a don José Joaquín Pérez y a doña Salomé Ureña de Henríquez; al autor del “Junco Verde” y de “El Voto de Anacaona” y de la abundantísima y florida “Quisqueyana”, en quien verdaderamente empiezan las Fantasías Indígenas, interpoladas con los “Ecos del Destierro” y con las efusiones de “La Vuelta al Hogar”; y a la egregia poetisa que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallejo, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente “La Llegada del Invierno” o vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito.»

Si bien es verdad que la una señorea las cumbres

* Manuel A. Machado: PROSAS ESCOGIDAS. Establecimiento Tipográfico «El Día». La Vega, R. D. 1918, pp. 20-36.



que dominó el estro poderoso de Quintana y en el autor de «Fantasías Indígenas» corre y se desata, fácil y espontánea, la abundancia y musical viveza de expresión del siglo XVII, no cabe, empero, inadvertir que, junto a esos dos grandes maestros de la lírica nacional, vibra también el númen de algunos otros que brillantan, por la gallardía de la forma y la alteza del concepto, la tradición de haber sido la tierra quisqueyana el lugar donde resonó en América, por primera vez, el ritmo del indómito verso español.

Y si ello, señores, es incuestionable por lo que respecta a los contemporáneos de la Ureña y de José Joaquín Pérez, las generaciones pósteras comprueban, de modo irrecusable, la verdad de nuestro aserto.

Pueden resistir la comparación, en los estrados de la crítica, con cualquier poeta del habla castellana. Gastón Deligne, el bardo exhuberante y numeroso de «Angustias» y «El Botado»; Enrique Henríquez, con sus «Nocturnos» y con «Miserere»; Pellerano Castro, por la majestuosa entonación de «Americana» y por el doliente subjetivismo con que invoca junto a la tumba de la madre ajena el sepulcro de su propia madre; Fabio Fiallo, que oculta bajo el castillo medioeval de un romanticismo soñador, la férrea armadura del combatiente, acostumbrado a negar al adversario hasta una sed de agua en el ardidado campo de la política dominicana...

Y en torno de esos nombres, no ya con tanteos, no ya como «promesas de poemas en flor», sino con caracteres definidos, algunos con temperamento artístico original y fuerte, la actual brillante juventud literaria de la República, representada singularmente por Federico Bermúdez, Emilio A. Morel, Rafael Damirón, Apolinar Perdomo, Rafael Augusto Sánchez, Valentín Giró, Pérez Alfonseca, Juan B. Lamarche, Pablo de Castro, Dicoudray, Garrido, Noel Henríquez, Baldemaro Rijo, Jiménez, y



otros muchos que se escapan a la fragilidad de mi memoria.

Si era, pues, discutible, en época retrospectiva, cuando fue vertido por el autor de las «Ideas Estéticas en España», el concepto transcrito sobre nuestras letras, posteriormente, en presencia del lozano florecimiento intelectual a que estamos asistiendo, el insigne estilista santanderino habría que rectificar su juicio.

Puede escogerse, al azar, cualquiera de los nombres que hemos citado, y cualquiera de ellos confirmaría, con el vigor de su producción literaria, la observación que hacemos en este punto al eminente pensador montañés.

Pero recojo en esta pléyade ¡oh damas gentiles!, el nombre de un poeta dominicano que ha penetrado en el ambiente perfumado de vuestra alcoba, que os ha hecho soñar, a la hora del alba, con el amante que en la alta noche, al pie de la callada celosía, tañe, bajo un claro de luna, su cítara de amor; el del poeta nacional de más intenso y delicado erotismo: Fabio Fiallo.

El autor de «Primavera Sentimental» ha sido considerado como un adepto de la capilla en donde oficia Gustavo Adolfo Bécquer; y como éste, una prolongación de Enrique Heine. Hay, no obstante, rasgos diversos entre el autor de «Intermezzo» y el autor de las «Rimas» como ha sido observado ya por la crítica en disertos estudios sobre la obra poética de ambos.

Descúbreanse, sin duda, en el bardo de «Germania» y en el bardo español, algunos caracteres análogos: el madrigal, la concentración en una estrofa de un pensamiento filosófico completo, y en ambos la desolada amargura de un amor engañado.

En Heine el epigrama, hiriente y sutil, lo empuja a burlarse de todo: el «Intermezzo» ha sido juzgado como un «Werther» chistoso que, en vez de suicidarse, hace la caricatura de su tumba. En el poeta español no asoma nunca, sino a breves intervalos la risa alemana.



El grito del «Intermezzo» no es, como el de las «Rimas», sólo un grito de dolor; Bécquer no se alza, como Heine, llorando vitriolo «en crispatura irreducible», sino que se golpea el pecho, según la bella y gráfica expresión de un escritor latino-americano, en la misma capilla en donde dobla las sienes, acariciando las rotas alas de la Golondrina de Nápoles, el inspirado autor de «Graziella»...

Existe, pues, entre ambos, una diferencia esencial que los separa, desde el único punto de vista en que es dable situarse a la crítica: desde el punto de vista del temperamento.

En el arte no puede haber clasificación fuera de los caracteres psicológicos; y esos caracteres son profundamente distintos en el uno y en el otro.

Hay, con efecto, en la materia acerca de la cual discutimos, dos elementos fundamentales que constituyen la base de toda clasificación: el elemento interno, o sea el temperamento, y el externo, que comprende dos aspectos principales: la naturaleza y los medios de expresión. Se puede tener una filiación común, en cuanto a una faz del segundo aspecto —los medios de expresión—, y no tenerla, empero, por lo que respecta al primero, es decir, por lo que hace al punto de vista psicológico, que es predominante distintivo en la obra artística. Tal ocurre con el autor del «Cancionero» y con el autor de las «Rimas». Tienen ambos el mismo corte, la misma factura: la idéntica melodía penetrante a lo Schubert de que habla Eugenio Rostand; o como diría Menéndez y Pelayo, la vaguedad que toca con los linderos del arte más impreciso: la música; pero mientras en Bécquer se retuerce el dolor, ajeno al epigrama, en Heine, «la sátira mordaz y envenenada rasga el viento en que aún vibran la frase de amor y la caricia del beso».

Al concluir la lectura de «Intermezzo» se siente flotar en el espíritu la sombra de una atmósfera gris; al des-



pedir a Bécquer en el monasterio nos envuelve la luz de ámbar de un cuadro de Guido Reni.

Fabio Fiallo, no sólo por la factura del verso, sino por la propia vocación del temperamento, sigue las huellas trazadas por el poeta español.

En ambos vibra la misma nota de intenso dolor, tan desesperada en Fiallo como en Bécquer; quien, al conocer la infidelidad de la amada, exclama en el vértigo de la exaltación, desbordante de incontenible amargura:

*¡Y entonces comprendí por qué se llora!
¡Y entonces comprendí por qué se mata!*

Más tarde, un hálito de resignación sopla en el estro del artista:

*Olas gigantes que os rompéis bramando...
Volverán las oscuras golondrinas...*

Fiallo envuelve en el misterio el nombre de la amada, y dice hermosamente en una de sus más bellas composiciones:

*Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira,
su nombre vibrará.
Sólo al morir revelaré el misterio
que guarda el corazón:
¡Sólo al morir, cuando en mis labios sea
su dulce nombre mi postrer canción!*

Llega sin embargo, un momento en que el áspid de los celos desgarrar el pecho del poeta y ebrio de dolor exclama en «Noche de Fiesta»:



*Sus besos, sus miradas, sus sonrisas...
quién diluirlos en licor pudiera
y hacer un tósigo incitante y grato
como champagne o perfumada menta.*

.

*Y en medio a sus rivales envidiosas,
en medio a los galanes que le asedian,
verla caer, desencajado el rostro,
y entre espantosas convulsiones muerta.*

Hay algo en esas estrofas que recuerda, en su hora más patética la música trágica de la poesía escandinava.

Pero como en Bécquer, parece que también hay en Fiallo, tras ese grito asolador, una reconciliación con la tiránica dominadora de su espíritu, y al encontrarla de nuevo en el camino de la vida, la saluda con estas estrofas por donde corre y fluye una onda de melancólica ternura :

*En la callada sombra cuántas veces
mientras estallaba el corazón de penas
en la frente de súbito sentía
como el beso fugaz de un ala inquieta.*

.

*Ya estamos juntos. Ya no más tus besos
a la ventura cruzarán la esfera,
ni vagará sin dueño en el espacio
el perfume embriagante de tus trenzas.*

Bécquer ha sido, acaso, el más subjetivo de los poetas españoles: su poesía, es más íntima y personal que la del propio cantor de «El Diablo Mundo» y «El Estudiante de Salamanca». En el romanticismo prepondera siempre una de esas dos tendencias: o el subjetivismo épico,



como en Hugo; o el lírico, como en Alfredo de Musset o en Lamartine.

Fabio Fiallo, por la unidad de su obra por la visión que lo domina perennemente, es también el más subjetivo de los poetas dominicanos; y ello se explica por ser la lira de donde han surgido con mayor abundancia los sonos de la inspiración erótica.

Bécquer, quien, además de poeta excelso, fue prosador brillante y atildado, diluye, a trechos, en su prosa escultural, el mismo pensamiento que ha servido de motivo a sus poemas. Fabio Fiallo conserva siempre en prosa el sello de la originalidad.

Desde el punto de vista psicológico tienen ambos artistas la misma característica: la tempestad del dolor, no como en Heine, interrumpida por la mordacidad del epigrama, sino por acentos que se acercan más al desgarrador pesimismo de Leopardi y de Espronceda.

No importa alguno que otro detalle diferencial.

Las escuelas literarias, ha dicho alguien, son como la ciudad antigua de cien puertas, donde cada afiliado puede salirse a un campo propio sin dislocar el punto de convergencia de los radios.

For ever, por la bella estructura del verso y por la originalidad del pensamiento, constituye, en mi concepto, la vibración más delicada que ha brotado de la lira del poeta dominicano. Todo en ella es hermoso: fondo, forma y expresión.

Oid:

*Cuando esta frágil copa de mi vida
que de amarguras rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
ruede en pedazos, no lloréis amigos.
Haced en un rincón del cementerio
sin cruz ni mármol mi postrer asilo;
después, ¡oh mis alegres camaradas!*



*seguid vuestro camino.
Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
¡qué corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!*

Podíamos continuar señalando la identidad de visión y de pensamiento entre el lírico dominicano y el lírico español. Fabio Fiallo, sin embargo, no es un enclítico del bardo andaluz. Tiene personalidad propia, temperamento propio; y así lo revela en cada una de sus composiciones.

En *Gólgota rosa*, fino joyel de arte, al contemplar sobre la amada un crucifijo, en «donde el puro y culminante seno hinche y erige su botón de rosa», que diría el mejicano Díaz Mirón, fulge, como un rubí, esta estrofa delicadamente sensual:

*¡Oh pequeño Jesús crucificado!
¡Déjame a mí morir en tu lugar,
sobre la tentación de ese calvario
hecho en las dos colinas de un rosal!*

La musa del poeta no es como la de Heine y la de Bécquer, una sola heroína ni tampoco la mujer romántica; la amada imposible y misteriosa que todos los hombres llevamos dentro del pecho como en un relicario.

Si fuéramos a descorrer la cortina que oculta la vida íntima del poeta le sorprenderíamos siempre con un manojo de rosas purpúreas y de encendidos claveles, presto a desojarlos en el atrio por donde cruce la primera dama «deslumbradora de hermosura y gracia»... Fray Gabriel Téllez lo habría esculpido, tendiendo la escala de Romeo, en un bajo relieve del «Burlador de Sevilla»... En las pendientes sembradas de helechos rompe la desolación del paisaje el encanto de una nueva flor...



Mistral, el cincelador de «Mireya», lo compara por la delicadeza del sentimiento al lírico latino que escribió las elegías. Como Espronceda y como el propio Bécquer tiene algo también, en la turbulenta efusión de los afectos, que recuerda, a trechos, al poeta romano que cantó la hermosura y los desdenes infidentes de «Lesbia».

Max Nordau lo juzga, no «como un poeta delicado y triste», sino como un poeta radiante y triunfador, de fondo y forma, de ideas, de sentimientos y de imágenes.

Díaz Rodríguez, el gran estilista venezolano, en cuya pluma parpadean siempre las desnudeces del color y de la luz, graba, como un troquel de oro, este hermoso juicio al recorrer los versos de Fiallo: «Cuando el poeta llega, cada uno siente dentro de sí su propio jardín... Y siempre sobre cada jardín cae un claro de luna, blandamente, suavemente, como un beso plácido sobre las cosas, o turbador, embrujador, penetrando las cosas como una sutil fiebre divina.»

Fabio Fiallo es, pues, un brillante ejemplo capaz de extender el concepto formulado por el eminente crítico español; y como él, podían serlo, además, en la actual generación, Pérez Alfonseca por el vigor pictórico con que describe el choque de las lanzas de Apure; Rafael Damirón que se destaca en Pro-Filis, con originalidad y altura de concepto; Emilio A. Morel con su «Criolla» y su «Dominicano Libre»; Apolinar Perdomo con su «Serenata de Amor», sin retroceder a los contemporáneos de Salomé y de José Joaquín, frente alguno de los cuales, como bajo la arcada marmórea de estos dos grandes poetas, se habría detenido el insigne santanderino admirando la arquitectura de «La Víspera del Combate», de Nicolás Penson o la pompa triunfal de Federico Henríquez, al contestar la «Americana» de Perellano Castro...



FABIO FIALLO *

Por JOAQUÍN BALAGUER

EL POETA DEL AMOR

La obra poética de Fabio Fiallo trae inmediatamente a la memoria aquel cuadro del Veronés en que aparece una madona, verdadero símbolo de esa fiesta de colores que se llamó el Renacimiento italiano, ocupada en peinarse ante un espejo que sostiene indolentemente un amorcillo. Esa es, en efecto, la visión que pone constantemente ante nuestros ojos esta poesía a la vez superficial y seductora: la de una mujer de carnes exquisitas que vive ante un tocador admirando en sí misma los encantos puramente físicos de la belleza humana.

Fabio Fiallo, todo brillantez y todo halago mundano, redujo su obra poética a suspiros y madrigales, siempre en honor de la mujer que es quien le inspira sus acentos más tiernos y sus canciones más hermosas. Pero a pesar de haber herido tanto la única cuerda verdaderamente sonora que existió en su lira, no supo salir del perpetuo discreto amoroso ni acertó a componer en más de treinta años sino una sola composición que en cada nueva oportunidad se nos ofreció vertida en imágenes y en frases diferentemente combinadas.

* De *Literatura Dominicana*. Editorial Americalee. Buenos Aires, 1950, pp. 11-33 y 355.



No ha habido tal vez poeta que haya halagado el gusto y el oído de sus lectores con una atmósfera más intensamente cargada de susurros y de aromas; pero tampoco es fácil tropezar con otro que haya abusado más del discreto sentimental y de la vaguedad calculada. La única vez, por ejemplo, que quiso llevar algún rasgo religioso a su poesía amorosa, como en la composición titulada «Gólgota Rosa», sólo logró hacer un medallón galante en que los más altos sentimientos aparecen escandalosamente desnaturalizados por los excesos de la pasión erótica; y cuando se propuso mostrarse en actitud de hombre adolorido, imitando alguna de aquellas notas de desesperación que en un Enrique Heine o en un Bécquer condensan a menudo todo un aspecto del corazón humano, como en la poesía que lleva por rótulo «Forever», acaba desviando el pensamiento de su cauce inicial para concluir con una expresión de sentimentalismo amoroso. No hay, pues, poeta más alérgico a todo lo que no sea erotismo y discreto de amor que Fabio Fiallo. Su obra lírica se encuentra llena de un extremo a otro de galanterías y de razones cortesanas. Por su espíritu no pasa jamás la nube de una duda ni resbala un pensamiento profundo; algo, en una palabra, que roce nuestra sensibilidad con energía o que la sacuda con crudeza. Pero aún como poeta del amor, nombre que siempre se le ha dado y que nadie se atrevería a disputarle, no fue más que una especie de enamorado suspirante, autor de endechas en que se insinúa un perfume o en que se atraviesa una congoja.

De la psicología del amor, esto es, de todo ese curso de metafísica erótica que tuvo como expositor a Stendhal y que tal vez halló su código, antes que en el libro de Ovidio, en las páginas de «El Cortesano», henchidas de sabiduría finisecular y de languidez moderna, sólo barruntó Fabio Fiallo la parte menos sutil y menos complicada: la del galanteo y el requiebro, lado romántico y



puramente sentimental de los lances amorosos. De aquí que su obra lírica, sin duda delicada y sobremanera exquisita, resulte de una desconcertante pobreza de tonos, y que toda ella pueda reducirse a tres o cuatro pensamientos centrales. No hay una sola composición de Fabio Fiallo en que el amor sirva de pretexto al poeta para expresar congojas universales: por ninguno de sus versos se exhala un grito de resonancia humana; por ninguno de ellos se escapa una lágrima que pueda por sí sola humedecer con su profunda emotividad el alma de los hombres. Este hijo de Venus sólo conoció el amor que oprime el alma sin desgarrarla y sin hierirla, el niño del carcaj tantas veces memorado en los madrigales y en las églogas. El ruiseñor de Fabio Fiallo, en efecto, no anidó como el de Bécquer en el corazón de la humanidad, ni se detuvo a cantar como el de Heine en un arbusto venenoso. El poeta dominicano es, en otros términos, un poeta de salón, capaz de ditirambos y de cortesías, pero no un poeta nacido, como los dos altos líricos a quienes manifiestamente recuerda, para convertir el amor en la cifra de todos los sentimientos que se agitan en el reino de las almas; y por eso, aunque permaneció durante más de treinta años cultivando rosas de pasión en el jardín de Eros, no acertó nunca a verter una siquiera de esas lágrimas que brotan de la pluma de los grandes poetas y en las que se refleja no sólo el corazón de quien las vierte sino también el de todo el universo.

*SUS PUNTOS DE CONTACTO CON HEINE
Y CON GUSTAVO ADOLFO BECQUER*

Algo hay evidente en la poesía de Fabio Fiallo que recuerda a Bécquer y al autor del «Intermezzo», no obstante la distancia casi insalvable que lo separa de esos



dos modelos, el primero lleno, dentro de su aparente sencillez, de complicaciones sentimentales, de incógnitas psicológicas; y el segundo nacido para sorprender la parte impalcable del amor, lo que hay en ese sentimiento de etéreo, y ofrecerlo luego a los hombres en salsa de ironía.

Pero lo único de común que tiene con el autor de las «Rimas» y con el lírico germano, si algún contacto tiene en realidad con ellos, es la tendencia a confesar en pocos versos, a veces en una sola estrofa, un rasgo sentimental, una emoción tan rápida que apenas alcanza a tener forma concreta, una mancha de color, un pensamiento delicado. Acaso se pueda indicar con más precisión la coincidencia que aproxima a Fabio Fiallo a los poetas a quienes alguna vez evoca, con ayuda de una imagen sencilla: el autor de «La canción de una vida» aspiró, como Enrique Heine y como Gustavo Adolfo Bécquer, a encerrar el sentimiento en la estrofa apelando a un sistema semejante al del perfumista que se contenta con extraer una sola gota de esencia después de haber exprimido centenares de pétalos. El procedimiento es, por consiguiente, el mismo, y se reduce en los tres casos a oprimir la idea, a condensar hasta donde sea posible la emoción, a imponer a la sensibilidad una camisa de púas para que no se desborde más allá de los límites que le han sido inexorablemente fijados. Ahí se detiene, empero, la semejanza, y sería inútil buscar en Fabio Fiallo aquella música flotante, formada de sonidos casi imperceptibles, en que encerró el poeta alemán toda el alma moderna, y esa voz profunda, empapada de lágrimas, con que el poeta español, aparentando aludir únicamente a su propio calvario, recorre en realidad todos los matices del sentimiento humano.

Abramos las «Rimas» del poeta sevillano y tomemos un ejemplo en cualquiera de sus páginas:



*¿Qué es poesía? dices, mientras clavas
 en mi pupila tu pupila azul.
 ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
 Poesía, eres tú.*

Aparentemente lo que se encierra en la composición que se inicia con esos cuatro renglones, es una galantería, un elogio a la hermosura de la mujer que inspiró al autor esos versos inmortales. Pero en el fondo se trata de una definición de la poesía, expresada con los símiles más delicados y más bellos que el sentimiento ha podido sugerir al hombre, y del planteamiento a la vez de un problema de estética sobre la muerte o la supervivencia de la forma rítmica. Todas las rimas de Bécquer, con muy contadas excepciones, sugieren problemas de la misma índole, o tocan de alguna manera con un aspecto íntimo de la sensibilidad humana. Los poemas de Fabio Fiallo, en cambio, se limitan a traducir una emoción o a expresar un anhelo íntimo sin la más mínima proyección fuera del círculo reducidísimo de sus sentimientos personales. Tal es el juicio a que tiene forzosamente que llegar quien analice sus composiciones más celebradas, aquellas en que su individualidad poética se destaca con más energía:

*Cuando esta frágil copa de mi vida
 que de amarguras rebosó el destino,
 en la revuelta bacanal del mundo
 rueda en pedazos, no lloréis, amigos.*

*Haced en un rincón del cementerio,
 sin cruz ni mármol, mi poster asilo;
 ¡después, oh mis alegres camaradas,
 seguid vuestro camino!*

*Allí solo, mi amada misteriosa,
 bajo el sudario inmenso del olvido*



*¡cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!*

FOR EVER

Es claro que poesías como la anterior hallan eco en la sensibilidad de todo ser viviente, cosa sin duda indispensable para que una obra poética sea digna de ese nombre, pero las emociones que despiertan o sugieren son forzosamente limitadas. Esta observación es aplicable, sin duda, a la mayor parte de los poetas, porque no en todas las almas prende con la misma intensidad el fuego de la inspiración ni en todos los labios habla con la misma grandeza el dios de la armonía. En el género que cultivó Fabio Fiallo, sin embargo, esto es, en composiciones que se reducen a tres o cuatro estrofas y en las cuales se dispone, por consiguiente, de brevísimo espacio para que el lector entre en comercio con el alma del poeta, es más sensible que en cualquier otro la ausencia de esa facultad suprema que consiste en ensanchar las zonas habituales de la emoción y en hacer que el verso sugiera más de lo que aparentemente expresa; don casi divino, puesto que equivale en el fondo a extender los límites de la palabra humana.

La expresión de sentimientos puramente personales, hecha en la forma de un alma que se confiesa y que no pretende dar a sus confidencias sentido universal alguno, alcanza proyecciones duraderas sobre el mundo sentimental de todos los hombre, cuando por debajo de la palabra que traduce esas congojas íntimas se percibe la agitación y el sobresalto de un alma verdaderamente oprimida. Esas canciones desgarradas donde sólo se oyen voces salidas del corazón de un hombre como si fueran gritos de cólera; esos cantos íntimos que nos muestran a un poeta de genio, llámese Byron o Espronceda, revolviéndose en sus propios dolores como Job en medio de su estercolero, nos dejarían indiferentes si tras el



verso no se sintiera latir una desesperación que lucha por abrirse paso y que se desahoga con sacudimientos y explosiones. Quítese al *Canto a Teresa*, la página más conmovedora del romanticismo español, todo lo que tienen esos versos de cólera rugiente y de emoción encadenada, y el poema perderá gran parte de lo que encierran sus estrofas de más impresionante y duradero.

Dentro de esas reservas forzosas, más bien destinadas a indicar las diferencias que existen entre Fabio Fiallo y sus modelos que a reducir la significación de su nombre poético, es preciso asignar al lírico dominicano, en el parnaso de nuestra lengua, el sitio más inmediato a Gustavo Adolfo Bécquer por ser sin duda el poeta que más se ha acercado a la tendencia de las «Rimas» de convertir la retórica en sentimiento y las palabras en suspiros y emociones.

EL POETA DE INSPIRACION REFLEJA

Fabio Fiallo ha sido uno de nuestros poetas más de veras, pero eso no impide que muchas de sus composiciones más aplaudidas hayan sido compuestas con inspiración prestada. Una de estas poesías de inspiración refleja es la que se titula «Inmortalidad», versos que evidentemente contienen demasiadas reminiscencias de una de las *rimas* más hermosas del lírico sevillano. Dice Fabio Fiallo:

*A la mansión oscura de la muerte
llegaré antes que tú, quizá mañana;
y moriré sin que mi beso anide
en el fondo de tu alma.*

Bécquer escribe a su vez:



*Antes que tú me moriré: escondido
en las entrañas ya
el hierro llevo con que abrió tu mano
la ancha herida mortal.*

El poeta dominicano agrega:

*Sin esa dicha moriré inconforme,
mas, no sin esperanza,
que tú también a la mansión oscura
pronto habrás de llegar, tal vez mañana.*

El lírico español añade en términos semejantes:

*Con las horas los días, con los días
los años volarán,
y a aquella puerta llamarás al cabo.
¿Quién deja de llamar?*

Fiallo concluye así:

*Entonces, despertando de mi sueño,
te acercaré a mi tumba solitaria.
¡Qué novia más gentil cuando te mire
de novia en tu mortaja!*

*Y entonces, cuántos besos en los ojos
que tuvieron tan pérfidas miradas;
¡y cuántos en los labios embusteros!
¡y cuántos en el alma!*

Y Bécquer termina del siguiente modo:

*Allí donde el sepulcro que se cierra
abre una eternidad,
todo cuanto los dos hemos callado
¡lo tenemos que hablar!*



La imitación es evidente, y tanto la forma rítmica como el pensamiento que el poeta dominicano desarrolla en cada una de las estrofas ya transcritas traen sin esfuerzo a la memoria los versos que sirvieron al autor de «Inmortalidad» de fuente inspiradora. Se trata aquí, como en muchas de las composiciones de Fabio Fiallo, no de un caso de transcripción servil del pensamiento ajeno, sino de inspiración refleja o de reminiscencias deliberadas.

Tanto Fabio Fiallo como Gustavo Adolfo Bécquer recuerdan al modelo común: a Enrique Heine, alma incomparablemente más multiforme, a quien le cupo por eso el privilegio de permanecer por encima de sus imitadores. Sin que sea necesario salirse del ejemplo ya citado, basta transcribir las cuatro estrofas siguientes del poeta de los líderes para comprobar las semejanzas que aproximan a ambos poetas al autor del *Cancionero*:¹

*Cuando reposes solitaria y yerta
en el recinto angosto de la tumba,
yo bajaré a su seno, vida mía,
a contemplar tu pálida hermosa.*

*Y allí de besos mil, a ti abrazado,
tu faz inundaré gélida y muda,
y al fin, también, de sollozar a fuerza,
huésped seré de tu mansión oscura.*

*Medianoche. Los muertos se levantan
y en torno de los túmulos circulan.
Sólo tú y yo quedamos abrazados
en el seno de la honda sepultura.*

1. Cito, como la más fiel al original, la traducción de J. A. Pérez Bonalde: *Enrique Heine, El Cancionero (Das Buch der Lieder)*, Nueva York, 1885.



*Suena al fin la trompeta, y van los muertos
el fallo a oír de la Potencia Suma.
Sólo nosotros dos no obedecemos,
y abrazados quedamos en la tumba.*

Así Bécquer como Fabio Fiallo permanecen a considerable distancia de su modelo que fue al fin y al cabo un genio, acaso el poeta que ha logrado dotar de sus notas más intensamente líricas a la poesía moderna. Pero es notorio que el poeta dominicano lleva más lejos la imitación, y que acaso mezcla en sus versos reminiscencias de los dos grandes líricos, como si en su poesía se juntaran a la vez algunos ecos de la lira de Bécquer con otros más distantes del ruiseñor germano.

LA CUERDA PATRIOTICA

Fabio Fiallo, quién en su juventud fue espejo de trovadores andantes, quiso ya en la madurez incorporar su voz al coro de los poetas civiles: su «Canto a la bandera», compuesto después de los sesenta años, cuando ya la lira de Anacreonte empezaba a enmudecer en sus manos, cuando ya el poeta había dejado de ser el hijo predilecto de las Gracias y de los Amores, fue una de las tantas composiciones de circunstancias² que le inspiró la ocupación militar norteamericana.

Se nota en las estancias de este canto el esfuerzo que hizo el poeta para infundir brío y entonación a su verso,

2. Publicado por primera vez en 1925, el *Canto a la bandera* forma parte del grupo de composiciones que inspiró a Fabio Fiallo la intervención americana. Una de las mejores poesías escritas durante el período de la ocupación, e inspiradas en esa ignominia, fue la que compuso Fabio Fiallo con motivo de la visita que hizo al país la nave argentina «9 de Junio»:

*Gloriosos argonautas que en el «9 de Junio»
desplegáis a los vientos un bravo pabellón...*



y no puede negarse que algunas veces consigue acertar con el tono de las composiciones patrióticas. Pero de pronto su máquina viene a tierra. y la inspiración se arrastra en estrofas débiles y en exclamaciones desmayadas. No era esa sin duda la cuerda del autor de «For Ever», poeta a quien todo invita, desde que escribe sus primeros versos, no al canto lleno de grandilocuencia lírica, sino más bien al madrigal ligero y a las cancioncillas amorosas. La musa de Fabio Fiallo, abandonando el tono que le fue característico para entonar un canto civil, nos da la impresión de Venus surgiendo de las aguas, no con el cinturón de las Gracias, sino con el escudo de Palas o con la diadema de Juno.

Si en alguna composición expresó con fuerza Fabio Fiallo el sentimiento patriótico, no fue en su «Canto a la bandera», sino en otras poesías de índole más suave y más en armonía con su estro naturalmente tierno y delicado. Así, en la composición titulada «Nostalgia», hecha en el estilo que Fabio manejó con más gracia y en el cual llegó a poseer verdadera maestría, el sentimiento del amor al terruño se halla expresado con ternura y delicadeza no inferiores a las que el poeta suele alcanzar en sus canciones amoratorias:

*Eramos tres que con el Buen San Pedro
llegábamos a Dios:
un invencible paladín cruzado,
una niña gentil y el trovador.*

*Quiso el guerrero continuar su vida
de lucha por la fe,
y obtuvo la legión que comandaba
el refulgente arcángel San Miguel.*

*—Volver a las pupilas del amado
la niña sollozó;*



*y fue un claro de luna por la noche
y fue un beso de aurora con el sol.*

*Llegó mi turno, y díjome insinuante
la Suprema Bondad:
—Ya sé que el arpa de David ansias...
El corazón saltó de orgullo; mas...*

*—¡Oh, no, Señor, que mi ambición es otra!
Arbol quisiera ser de honda raíz,
y en la ardorosa tierra que el Ozama
fecunda con sus aguas, revivir.*

ACLIMATACION DE UN NUEVO GENERO EN LA POESIA DOMINICANA

Se especializó Fabio Fiallo en un género poético que ni antes ni después ha tenido cultivadores en la poesía dominicana: el del poema breve que participa a la vez del cuento lírico y de la narración dialogada. Composiciones de la clase a que pertenecen «El cazador furtivo» y «Medioeval» no abundan en el parnaso de lengua española y más bien se enlazan con las tradiciones poéticas de los trovadores germánicos y de los pueblos de habla inglesa. Estos poemas de Fiallo se diferencian, en efecto, del género que popularizó Campoamor no sólo porque carecen, como los del poeta asturiano, de todo atisbo filosófico y de todo prosaísmo sistemático, sino también porque se limitan a exponer brevemente, como en el que se titula «Medioeval», un drama de amor, o a narrar, con toda la rapidez de un diálogo hogareño, como en «Alas», algún misterio del corazón humano.

Las cualidades que distinguieron a Fabio Fiallo como cuentista se asocian admirablemente, en los versos de esta clase, a las que el poeta tuvo para la poesía ligera.



Con esa combinación de aptitudes, sólo en apariencia disímiles, creó el autor de «La canción de una vida» un género que en nada se asemeja a los que al través del tiempo han dado fisonomía propia al parnaso dominicano. Ese ha sido uno de los privilegios del numen creador de Fabio Fiallo. Ningún otro poeta nacional ha poseído en igual grado de don de traducir en versos afectos impalpables, de dar expresión lírica a emociones vagas y casi intraducibles, y de familiarizarnos con inquietudes e imágenes que parecen pertenecer, dentro del mundo del sentimiento, a una región misteriosa.

Es lástima que Fabio Fiallo no haya cultivado con más asiduidad ese tipo de poema breve que oscila entre la poesía y el cuento: si en vez de haberse empeñado en imitar a Heine y en repetir, con distintas palabras, los mismos pensamientos que ya Bécquer había dotado de música personal y de forma no perecedera, hubiese persistido en enriquecer su poesía con esas rimas donde laten afectos casi incomunicables, y donde se perciben aromas de plantas pertenecientes a latitudes desconocidas, acaso a las mismas en que creció aquel *pino del norte* del cual se habla en una de las canciones más hermosas del autor de «El Romancero», su personalidad poética se destacaría hoy con relieve no común en el parnaso de lengua castellana.

SELECCION

La obra poética de Fabio Fiallo es reducidísima no sólo por su volumen sino ante todo por ser en ella muy escaso el número de composiciones dignas de la antología. No pasan de diez las poesías, todas brevísimas, que constituyen el repertorio de sus obras realmente duraderas: «For Ever», «Misterio», «En el atrio», «Inmortalidad», «Esquiva», «¡Quién fuera tu espejo!», «Plenilunio»,



«Gólgota Rosa», «Tu imagen», y acaso algún soneto, como el titulado «Sándalo», y algunas estrofas aisladas de esos deliciosos juegos de música que tienen como epígrafes «Lis de Francia» y «Rima Profana». Todo el resto de su labor se compone de discreteos sin sustancia y de niñerías más o menos felices.

Pero a pesar de ser su obra tan poco voluminosa, y de alcanzar en la mayor parte de sus aciertos una originalidad muy relativa, Fabio Fiallo es uno de los poetas dominicanos más populares y tal vez el que con más frecuencia ha merecido el honor de ser trasladado a lenguas extranjeras. Su popularidad se explica por la indiscutible sencillez y por la extraordinaria belleza de sus composiciones más celebradas. Esos poemas ligeros, casi siempre reducidos a tres o cuatro estrofas llenas de palabras aufónicas, rozan tan tiernamente nuestra sensibilidad que a nadie es permitido substraerse a su encanto y todos oímos con placer el ruiseñor de «Plenilunio» y llevamos desde la adolescencia las imágenes de «En el atrio» y de «Inmortalidad» en la memoria. Sin contener ningún género de metafísicas sobre el amor, y sin tocar nunca los límites de la pasión desgarrada, los versos de Fabio Fiallo resultan, sin embargo, de efecto maravilloso.

¿Qué tienen, pues, de extraordinario esas canciones? Sin duda su música interior, su entrañable cadencia subjetiva. El poeta sintió de veras en su pecho la llama de la divina dolencia, y supo mostrarnos únicamente de su corazón la faz más delicada. Acaso aquí resida en gran parte su secreto: en haber sabido ofrecernos, en cancioncillas ligeras y en rimas suspirantes, aquellos misterios del amor que no alcanzan a tener forma material, y que a ese título pertenecen al mundo de las emociones etéreas, de los sentimientos fugitivos. La poesía de Fabio Fiallo, en efecto, no expresa sino anhelos vaporosos, sueños que carecen de sentido, quimeras encantadoras; y sus cantos nos transmiten sólo la visión de un universo



construido por la fantasía, de un universo habitado por trovadores románticos y por princesas feudales, pero tan evocador y amable como distante de la fealdad cotidiana. El autor de «Gólgota Rosa» y de «For Ever» es el poeta de los amores idílicos de los veinte años, edad en que todavía el alma no ha abierto a los pesares y a los antagonismos de la vida las puertas de su castillo encantado. Por eso nos resulta en extremo simpática su figura, y por eso no nos cuesta esfuerzo alguno identificar su poesía con los cuentos de la niñez soñadora y con los excesos sentimentales de la juventud afebrada.

Si su popularidad se justifica por la languidez romántica que acompaña invariablemente a sus versos, y por el casi imperceptible temblor de la saeta que hay en toda canción suya atravesada, porque no existe una sola en que no se hable de amor o en que no se evoque la imagen de una mujer inolvidable, la frecuencia con que se le ha traducido a la mayor parte de las lenguas modernas obedece a su vez a la índole y a la forma de sus composiciones, reducidas en el fondo a la expresión de algún pensamiento delicado, y compuestas exteriormente con cierto primor pero sin tersura excesiva y sin aliño minucioso. La forma no es cosa esencial en la poesía de Fabio Fiallo que si por algo se caracteriza en ese aspecto es por su tendencia a traducir la idea con sencillez y sin mucha retórica: casi podría decirse que el poeta dominicano procura, como Bécquer, aunque lo consiga con menos frecuencia que este último, desasirse del elemento plástico de la palabra para mostrar su corazón en carne viva. La proscripción del consonante³ y el uso de la rima imperfecta contribuyen en altísimo grado al propó-

3. Todos los versos de Fabio Fiallo (con la sola excepción de tres o cuatro composiciones: *Rima Profana*, *Lis de Francia*, *Sándalo*), se hallan escritos en la forma de rima imperfecta popularizada por Gustavo Adolfo Bécquer:

*Los Odios que de muerte me persiguen
y en la sombra sus dardos me disparan,*



sito de eludir la retórica y favorece no poco la tendencia a envolver el verso en una atmósfera de elación que nos parece natural aunque en el fondo sea cuidadosamente estudiada. Es, pues, lógico que una poesía de esa índole encuentre traductores: si es difícil trasladar a otra lengua el verso que se compone menos de sentimiento que de música, porque no hay entonces nada más evasivo ni ni nada más delicuescente que la frase poética, la tarea del intérprete se facilita singularmente cuando la forma importa poco y cuando lo que precisa es llevar al idioma extraño el pensamiento encerrado, como una gota de

*atónitos están, pues no se explican
la resistencia indómita del alma.*

(No cuentes a las flores)

Pero con mucha más frecuencia que Bécquer, Fabio Fiallo siguió la práctica de variar la rima aun en composiciones sumamente breves:

*Nunca su mano se posó en mi mano,
nunca gocé su cándida sonrisa,
y el murmullo que debe ser su acento
ni una vez refrescó mi oculta herida.
Cuando el azar la pone en mi sendero,
ella me esquiva, casta y temblorosa,
y yo finjo no verla, en mi cuidado
de no causarle la menor congoja.*

(Esquiva)

En sus mejores composiciones, sin embargo (*For Ever, Inmortalidad, Plenilunio*), se acomodó al procedimiento, común en los versificadores españoles, de repetir hasta el fin la misma rima:

*¡Cuán feliz es el sol! En las mañanas
por verte su carrera precipita,
a tus balcones llega, y en tu alcoba
penetra por la abierta celosía.
Al blando lecho en que reposas, sube,
a tu hermosura da calor y vida,
tórñase ritmo en tus azules venas,
y epigrama de luz en tus pupilas.
Mas, yo no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama, alegre, cuando estás delante,
y al punto que te vas de ti se olvida.*

(¡Quién fuera tu espejo!)



rocío, en el ánfora de la estrofa. Toda la ciencia del que traduce consiste entonces en impedir que se evapore al pasar de un vaso a otro la esencia allí encerrada.

FABIO FIALLO Y APOLINAR PERDOMO

Es Fabio Fiallo el trovador dominicano por excelencia, y el más grande de nuestros poetas eróticos. Tal vez Apolinar Perdomo fue más humano en sus afectos y más original en sus creaciones: su obra poética, dotada de sensibilidad propia, refleja quizás mejor el amor varonil, aquel que no se deshace exclusivamente en suspiros ni se desahoga sólo en madrigales quejumbrosos.

El erotismo que se respira en los versos de Apolinar Perdomo es menos exquisito y menos perfumado que el erotismo de tocador de Fabio Fiallo; pero en las estrofas palpitantes del primero, estrofas con frecuencia incorrectas, late un dolor de hombre que no se sintió punzado por alfileres versallescicos sino herido de veras por los puñales del amor que atraviesan su corazón y hacen sangrar su carne torturada.

Apolinar Perdomo habla del amor ya como un galán rendido o ya como un hombre en cuyo corazón se agolpa la sangre con la violencia de las caídas de agua; y Fabio Fiallo, poeta de una sola cuerda, de un solo sentimiento, de una sola canción, habla siempre de sus amores como un niño encantado. En algunos versos de «Cantos de Apolo» se ve asomar el sátiro, y se percibe el hervor pasional de los instintos elementales que actúan sobre el sentimiento con un ímpetu parecido al de las fuerzas de la naturaleza. En «La canción de una vida» no hay, en cambio, un solo verso que respire voluptuosidad, o en que se insinúe una ráfaga de apetencias carnales: las poesías que, como «Gólgota rosa», extreman la nota del erotismo galante, no llegan nunca a la sensualidad descarnada.



Fabio Fiallo, el poeta dominicano que espiritualmente se parece más al trovador de las estampas románticas, tiene diez o doce composiciones dignas de la antología; y Apolinar Perdomo cuenta sólo con tres o cuatro aciertos definitivos. Pero en algunos casos la elección es dudosa. ¿Quién no daría, por ejemplo, todos los cantos almacenados en «La Lira de Quisqueya»⁴ por una sola de esas lágrimas que son capaces de recorrer el mundo sobre el pétalo de un verso y de humedecer con su rocío cristalino los senos de la noche? Yo, por mi parte, daría buena parte del parnaso nacional por esta pequeña estrofa de «Génesis»:

*Rondador de tu vida, muchas veces
me sorprendió la aurora ante tus rejas,
esperando que el sol de la mañana
saliera para mí, cuando salieras.*

En Apolinar Perdomo se percibe, por otra parte, la voz del desengaño amoroso, pero el tono es siempre un poco áspero, propio del hombre que expresa su sufrimiento con cierta cólera, con cierto dolor penetrante como el de la bestia herida. Fabio Fiallo, por el contrario, es siempre el galán de Versalles, el cortesano que juega con la flor del amor, sin punzarse jamás con sus espinas.

EL CUENTISTA

Fabio Fiallo dejó como cuentista páginas de singular belleza. Si por algo pecan sus relatos es por el exceso

4. *La Lira de Quisqueya*, primera antología de la poesía dominicana, vio la luz pública en 1874. Su autor, José Castellanos, recoge en ese volumen, sin ningún discernimiento crítico, composiciones de los siguientes poetas del siglo XIX: Manuel María Valencia, Javier Angulo Guridi, Félix M. del Monte, Nicolás Ureña, Félix Mota, José María González, Josefa A. Perdomo, Manuel de Jesús de Peña y Reynoso, José Francisco Pichardo, José Joaquín Pérez, Manuel Román, Manuel de Jesús Rodríguez, Federico Henríquez y Carvajal, Juan Isidro Ortea, Salomé Ureña, Francisco Javier Machado y Apolinar Tejera.



de poesía que el autor puso en ellos, y que a menudo quita a la ficción toda apariencia de realidad y todo roce con la vida ordinaria. El sentido extremadamente poético que prevalece en sus llamados «Cuentos frágiles»⁵ no sólo reside en el fondo mismo de esas narraciones, fantasías no pocas veces encantadoras, sino también en muchos de sus detalles más significativos. En el relato que se titula «Flor de lago», uno de los más ricos del volumen en lances de pura invención, y acaso aquel en que la quimera se halla más próxima al mundo de los hombres, puesto que por allí pasan, como expresión crudísima de la concupiscencia y la codicia humanas, las figuras bien terrestres ciertamente de dos cortesanos intrigantes, lo irreal no recae sólo en la doncella que personifica en el cuento el egoísmo de la mujer hermosa, prendada hasta la exageración de su belleza, sino también en algunos pormenores que resultan de verosimilitud en extremo forzada.

Otros cuentos de Fabio Fiallo, aunque también se desenvuelven dentro de una atmósfera de ficción y de misterio, como el titulado «Yubr», contienen detalles llenos de lógica y de realismo que contrastan notoriamente con el carácter de la fábula, dominada desde el principio hasta el fin por el prestigio de las cosas sobrenaturales. En este mismo relato, el autor conduce con verdadera maestría los acontecimientos que se enlazan con la ficción principal, y a menudo presenta los sucesos con tal relieve y tan enérgicamente trabados que los rasgos más fantásticos adquieren por momentos un aire de verosimilitud pasajera. Los hechos que conducen al descubrimiento del crimen cometido por Mikhail Ogarev, no obstante la intervención en esos lances de una fuerza mis-

5. Apareció este primer tomo de cuentos de Fabio Fiallo en la ciudad de Nueva York, en 1908. Aquí aparecen coleccionados, con excepción de «Yubr», los mejores cuentos que escribió el autor desde que comenzó a cultivar ese género literario.



teriosa, se encadenan en el cuento con lógica de novela policíaca, y constituyen evidentemente en ese aspecto una intriga bien compuesta y ágilmente narrada.

Algunas de las intrigas de «Cuentos frágiles» pueden considerarse como el desarrollo en prosa de las poesías más significativas de Fabio Fiallo. Así, «Flor de lago», descripción poética de una mujer de gran belleza pero de corazón insensible, no es en el fondo otra cosa que una paráfrasis de los versos de «La canción de una vida» que llevan por título «Marmórea», y otros como la titulada «El último ramo», breve pero hermoso cuadro de carnaval, parece menos un cuento que uno de esos recuerdos autobiográficos que tan bien se corresponden con la actitud caballeresca en que se mantuvo en la vida Fabio Fiallo, especie de trovador a la antigua mucho más que de poeta a la usanza de nuestros días. El único personaje de carne y hueso que interviene en los cuentos de Fabio Fiallo es el propio autor de esas ficciones, y aún ese personaje tiene la imaginación llena de quimeras y se produce como si sus sentimientos no pertenecieran a esta época sino más bien a aquella en que la flor de la caballería se deshojaba sobre el prosaísmo de las costumbres y restaba parte de su dureza a los hombres de carácter más templado. De aquí el interés especial que tienen aquellos cuentos donde el autor parece describirse a sí mismo, como los titulados «El busto de mármol», «El último ramo», «La lección del caos» y «El beso», narraciones llenas de ingenuidad en que el alma exquisitamente poética de Fabio Fiallo es lo único que tiene colorido y lo único que se siente vibrar al través de esas fantasías pueriles pero tiernamente encantadoras.

En los cuentos donde parece no existir el elemento autobiográfico, sea como acomodación de un sucedido real o como reflejo de una actitud sentimental en él profundamente arraigada, Fabio Fiallo no llega a despertar el inte-



rés de sus lectores sino cuando el motivo de la ficción es alguna intriga amorosa. En «La domadora», en «El príncipe del mar» o en «El Castigo», cuentos de no vulgar belleza, lo admirable no es que la fábula misma, reducida siempre a un rasgo de sentimentalismo delicado, sino el aire de languidez romántica que asume el sentimiento del amor en esas tres narraciones. En estos relatos, lo mismo que en sus versos, Fabio Fiallo toca magistralmente la cuerda de los deliquios amorosos, la única que supo pulsar con innegable maestría. De este mismo tipo es el cuento que se titula «Ernesto de Anquises», conseja que parecería extravagante si no tuviera tan estrecha relación con esa especie de sensiblería morbosa que el romanticismo puso en boga y que encontró en América su más genuina manifestación en el poema «Bodas negras» del colombiano Julio Flores, fantasía idéntica en su fondo y en sus medios de expresión psicológica a la de Fabio Fiallo.⁶

Algunas de las narraciones que figuran en «Cuentos frágiles» carecen por completo de argumento: tales las tituladas «Tiranías» y «El rayito de sol», pero su presencia en el libro, al lado de otros cuentos en que la fantasía alcanza un grado de mayor soltura, no desentona en lo más mínimo, porque el carácter ideal que prevalece en todas estas ficciones crea entre ellas un lazo de familiaridad cercana. Todos los personajes de estos cuentos, con la sola excepción de algunas figuras secundarias, como las de los dos validos del que lleva por rótulo «Flor de Lago»,

6. Gerónimo de Huerta, citado por Shevill y Bonilla, en su edición crítica del «Persiles» de Cervantes, tomo I, p. 340, escribe acerca del género de melancolía a que alude Fabio Fiallo en este cuento: «Los médicos llaman licanotropía o lupina insania, a una melancolía que suelen tener los hombres, la que los fuerza a andar de noche, como lobos, por lugares oscuros y tristes, y por los cementerios, de donde suelen desenterrar los muertos» (Anotación al cap. 22 del libro VIII de la *Historia Natural* de Plinio).



permanecen en el aire y rara vez rozan ligeramente con sus pies la realidad del mundo terrestre: estamos aquí en plena fantasía, y el mismo autor, quien participa del carácter y de los sentimientos de sus héroes, nos parece a veces tan fantástico en sus excesos sentimentales y en sus actitudes como sus propias criaturas.

SUS DEMAS OBRAS EN PROSA

La disposición de Fabio Fiallo para la plática de buen tono se acentúa en el ensayo escénico que lleva por epígrafe «La cita», obra de teatro perteneciente al género de las farsas que se sostienen ante todo por la naturalidad del diálogo, y que compensan a menudo con el donaire de la conversación castiza la pobreza de los lances y el poco acierto con que las situaciones se encuentran combinadas.

Esta obra, como todas las de Fabio Fiallo, extrema la nota romántica e idealista hasta el exceso, pero no carece dentro del estilo y el sentimentalismo peculiares del autor, de cierto interés como ensayo de comedia ligera, más valiosa por el sentido poético que dicta a los protagonistas sus palabras y guía con frecuencia sus acciones, que por la fuerza con que en sus páginas se desenvuelve un conflicto dramático o se ponen al descubierto pliegues y aspectos característicos de la naturaleza humana.

En «Los poemas de la niña que está en el cielo» reaparece el narrador de imaginación delicada, capaz de transformar un motivo cualquiera en una obra de arte y de discurrir sobre los temas sentimentales más tiernos y más íntimos sin que en sus efusiones se atraviesen el énfasis ni la sensiblería. Hay algunos de esos cuadritos, aparentemente sin sustancia, que equivalen a los mejores versos de «La canción de una vida»; ¡hasta tal punto llega en ellos el colorido de las imágenes y la espontaneidad de la inspiración que huye de todo rasgo declamatorio para



mostrarse vestida con sus galas más exquisitas y más espirituales! Cualquier lector sin prejuicios daría gustosamente por algunos de estos poemas en prosa buena parte de la labor poética de Fabio Fiallo, artista tan de veras en sus cuentos y en sus narraciones más sencillas como en sus estrofas más cuidadosamente cinceladas.⁷

7. Compuso también Fabio Fiallo muchas otras obras en prosa; pero en su mayor parte se trata de trabajos de circunstancias. Sus campañas de prensa, conducidas con mucho brío polémico y con bizarría extraordinaria, le dieron en su época singular renombre como controversista y hombre de partido. En la revista literaria «El Hogar», fundada por él en 1894, aparecieron algunas de sus producciones poéticas más celebradas, y acaso haya sido ése el órgano de publicidad en donde el modernismo, combatido a la sazón por Aristides García Gómez y otros escritores apegados a las formas castizas, adquirió más relieve, y empezó a propagarse en las letras dominicanas. A partir de 1889, fecha en que se inicia un período de resurgimiento democrático en las instituciones nacionales, Fabio Fiallo se enrola en el Partido Nacional y abre desde las columnas del periódico *La bandera libre* una tenaz campaña contra el gobierno de Juan Isidro Jiménez. En 1905 reanudó, en asocio con Tulio M. Cestero, su labor periodística desde las columnas del interdiario *La Campaña*. Pero su labor más destacada como periodista de combate fue la que realizó en *La Bandera*, órgano de ideas rabiosamente nacionalistas, contra la intervención militar norteamericana. Encarcelado varias veces, su oposición a los interventores lo redimió de sus pecados políticos y lo hizo acreedor al aplauso y al respeto de la universalidad de sus conciudadanos. Los más notables, entre sus trabajos de esta época, fueron el titulado «Plan de acción y liberación del pueblo dominicano» (Santo Domingo, 1922), y el que lleva por epígrafe «La Comisión Nacionalista dominicana en Washington» (Santiago, 1939).

Su producción bibliográfica se halla condensada en los siguientes libros: *Primavera sentimental*, Caracas, 1902; *Cuentos frágiles*, Nueva York, 1908; *Cantaba el ruiseñor*, Berlín, 1910; *Canciones de la tarde*, 1920; *Plan de acción y liberación del pueblo dominicano*, 1922; *La Cita*, 1924; *La Canción de una vida*, Madrid, 1926; *Las mejores poesías de los mejores poetas: Fabio Fiallo*, Barcelona, 1931; *Las manzanas de Mefisto*, Habana, 1934; *Los poemas de la niña que está en el cielo*, Santiago, 1935; *El balcón de Psiquis*, Habana, 1936; *Sus mejores poesías*, 1938; y *La Comisión Nacionalista dominicana en Washington*, Santiago de los Caballeros, 1939.



INSTRUCCIONES GENERALES PARA EL SEÑOR FABIO FIALLO¹

1. Es preciso explicar al pueblo dominicano, más en la forma privada que por medio de la prensa, la gravedad de la lucha sostenida con el Gobierno Americano en defensa de nuestra soberanía.

La resistencia pacífica del pueblo dominicano en frente de las violencias ejercidas sobre él por el poder del Gobierno Americano, ha sido la base de sustentación en que se han situado los que han llevado adelante la campaña restauradora. Esa resistencia debe a su vez basarse en la unión de todos los dominicanos. Sin esa condición, la resistencia en cualquier punto en que se encuentre, dejará de ser una fuerza. Ese es un peligro.

El otro peligro consiste en que la resistencia llegue a tomar los caracteres de la temeridad, de la extravagancia. En ese momento, determinaría un choque de fuerzas, y en el contraste, la peor parte sería la del pueblo dominicano.

1. Estas *Instrucciones* revelan el importante papel que desempeñó don Fabio Fiallo en el seno de la Comisión Nacionalista Dominicana que encabezó el ex-Presidente Henríquez y Carvajal. Hace falta una compilación de los documentos relativos a dicha Comisión, cuyas actuaciones patrióticas comenzaron a fines de 1918 y terminaron en 1922 cuando fue aceptado el *Plan Peynado*. Poco después las Juntas Nacionalistas constituyeron el *Partido Nacionalista*. Cuando esto ocurrió Fiallo se hizo a un lado, y lo mismo hicieron el doctor Tulio M. Cestero y Manuel F. Cestero, que habían formado parte también de la Comisión Nacionalista Dominicana en los Estados Unidos.



Es posible mantener la resistencia invariable sobre el punto central de nuestros derechos, y ceder en algunos puntos secundarios, mientras se consolide nuestra situación y nuestras futuras condiciones nos permitan mejorarla.

2. Es preciso advertir al pueblo dominicano que la República ha entrado en una nueva faz de su vida política, y llamar sobre este punto a reflexión a sus principales hombres representativos. La intervención americana, con sus violencias y demasías, ha colocado al pueblo dominicano de un modo decisivo sobre el terreno internacional. Lo ha revelado al mundo como un ente internacional, capaz de luchar, de defenderse, de mantener sus derechos a la soberanía y a la libre determinación.

Escasos son los elementos de vida y de organización de que dispone para sostenerse con dignidad y con ventaja sobre ese terreno. Es preciso crearlos, en suficiente cantidad. No hacerlo, de un modo inteligente, consciente, sería signo de incapacidad vital y por lo tanto, de próxima disolución como entidad política e internacional.

3. Por lo tanto, es preciso explicar al pueblo dominicano y a sus representativos, que toda actividad política interior, a la usanza antigua, sería a su vez el signo más inequívoco de la incapacidad vital a que nos referimos. Síntomas de un estado morbozo de gravedad, requieren un constante correctivo, un remedio pronto y eficaz, que sólo se encontrará en el acervo del patriotismo reflexivo y de la educación cívica. Ambos nos imponen el deber de salvar la nacionalidad. Ambos requieren cuantos estímulos sean posibles y oportunos para desarrollarlos en grande escala y para consolidarlos en principios incommovibles de honor nacional y de una sana moral política.

4. En consecuencia, ninguno de los viejos partidos debe subsistir. Transformada la República por un nuevo orden institucional constructivo y progresista, según las comunes aspiraciones del día de todos los dominicanos,



otros han de ser el objetivo y la organización de los nuevos partidos políticos. Pero, por ahora y mientras dure este período de reconstrucción política, y hasta que no logremos ensanchar nuestra base de sustentación en el terreno internacional; mientras pase todo este período de presión norte-americana, que abarcará sin duda cierto número de años, los dominicanos deben regirse dentro de un *compromiso nacional* suscrito por todos o por el mayor número de los leaders y representativos de todos los partidos. Según ese compromiso, una situación *nacional* política debe surgir y encargarse de la dirección de la República por un tiempo que debe abarcar por lo menos dos períodos presidenciales de a cuatro años cada uno, con exclusión de la reelección inmediata. El compromiso nacional obligaría a todos los leaders y representativos a un apoyo incondicional de la situación política resultante mientras ésta dure. En esa situación, además, todos ellos tendrían cierta participación directa o indirecta. Casi todas las Repúblicas latino-americanas que han sufrido una situación política difícil complicada de peligros inminentes en el exterior, han resuelto su problema nacional por ese sistema. Ejemplos, Brasil, Colombia.

5. Dentro de dicho sistema, ningún candidato presidencial debe ser indicado como la aspiración de un grupo, ni de un partido. El candidato debe representar las aspiraciones populares del momento y la confianza del país, sin que se le atribuyan intereses, ni vinculaciones con determinadas agrupaciones políticas; pero al mismo tiempo, debe merecer el previo asentimiento, hasta donde sea posible, de todos los leaders y representativos. Tal propósito pretende mantener incólume la unión de todos los dominicanos dentro del compromiso nacional.

6. Personalmente, no me creo con derecho a mantener ninguna aspiración a figurar como candidato presidencial; y sí en el deber de renunciar al cargo que me fue



confiado y a toda pretensión a futuras posiciones en la Administración Pública de mi país.

7. El objetivo nocional es y debe ser hoy el de llegar, mediante un orden civil y administrativo irreprochable de paz y de desarrollo creciente, a un entendido cordial y estrecho con los Estados Unidos, cuya política debemos seguir, al mismo tiempo que se crean, aumenten y consoliden otros vínculos internacionales, particularmente entre las naciones hermanas de América, y se logre desligar al país de las actuales obligaciones que limitan su soberanía.

DR. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

Washington, 2 de junio de 1921.



DISCURSO DE CLAUSURA

pronunciado por don Francisco Prats-Ramírez, escritor y periodista, en el homenaje rendido a la memoria del gran poeta por el Ateneo Dominicano, la noche del 28 de Septiembre de 1942.

Señor Presidente del
Ateneo Dominicano ;

Poetas;

Señoras y Señores :

Nuestra tierra —sal de mar, días de sol, noches de luna, fragancia de bosques— es tierra de amor. Imperativamente debían cantarlo poetas y músicos, en la estrofa pulida por la impalpable lima del “buen gusto” o en la decima perfumada por las pomarrosas de su espontaneidad; en la serenata que lleva calor de nido al corazón en vela de la amada o en las cantáridas electrizantes que saltan del cuero tenso del atabal enardecido. Amor para el madrigal en fino papel azul o rosa con el sano anonimato de la timidez; amor para el chasquido del beso en el vaho aislado y húmedo del cacaotal.

Hemos cantado al amor con todos nuestros poetas. Cada uno de ellos interpretó la actitud sentimental o sensorial de un grupo grande de amantes. En realidad, es esta la misión más divinamente humana del poeta: decir



por nosotros lo que no podemos decir con palabras, perfilar lo que siempre fue nebulosa en nuestra alma, inquietud sin creación en nuestra subconsciencia, anhelo sin realizaciones en nuestro pensamiento. Por eso, cada uno de nosotros tiene un poeta, dos poetas, quizás diez poetas, en cuyas voces oímos nuestra propia voz interior. Dos de estos cantores del amor, son señores y representativos en el parnaso dominicano: Apolinar Perdomo y Fabio Fiallo.

Sus musas son hermanas y distintas. Sin gran esfuerzo nos las ofrece en presencia esa linterna mágica de la imaginación isleña, capaz de profanar, en consuetudinario buceo de sentidos, la gruta maravillosa y respetable que es el mundo subjetivo de los poetas. La de Apolinar Perdomo avanza, tostada la tersa piel por el sol de todos los mediodías. Trae ritmo de danza en la caoba torneada de sus muslos ágiles y en la hondura de guitarra de su cintura. El labio, grueso, rojo, ungido está por mieles que acrecientan la sed implacable del deseo. Revolotean en la brisa crepuscular las mariposas de sus rizos negros y las minúsculas alas de su nariz, vivas de olores. Felina la mirada, la cabeza triunfalmente erguida, al pasar, nos embriaga el perfume de las manzanas de sus senos. Y se acerca la de Fabio Fiallo, rubia, leve, sutil. Parece ella toda envuelta en sedas. La boca breve, la pulila mansa de paloma hogareña, la mano larga, suave. Blanca, pálida, alígera, es como si fuera un lis de Francia. Todos los suspiros de su boca fina se hicieron violetas alrededor de su mirada clara. Orgullosa, ducal, indiferente, trae un collar de perlas en el cuello, y, en un dedo, la gota de sangre de un rubí.

Perdomo recibe a su musa con un himno dionisiaco. Nunca salieron del panida instrumento más dulces y cálidas melodías. Fiallo rinde homenaje a la suya con un trémolo de laúd. Las viejas cuerdas suenan como sonaron bajo la experta mano de algún viejo maestro. Apolinar la ve tentadora como Cleopatra, enloquecedora como Manón



y la presente un tanto diabólica como la Montespán. Fabio la sueña bajo los blasones de un marquesado versallesco; la desearía casi lívida, como las vírgenes de Filippo Lippi, de Giotto y el Angélico.

Apolinar Perdomo, estremecido de anhelos, le dirá al oído:

*Bajo el incendio de tu traje rojo,
tu carne, que es de fuego, reverbera.*

Fabio Fiallo, susurrará, galante, la tímida melodía de:

*Deslumbradora de hermosura y gracia,
en el atria del templo apareció.*

Una noche llega Apolinar bajo la ventana de su musa a entonarle una bellísima "Canción de Amor". La enredadera de su verso sube y presentimos, en videncia lógica y psicológica, que si llegara a escalar el albo lecho, sus encendidas campánulas lloverían en besos sobre el brazo y el hombro desnudos de la amada. Fabio hubiera acatado como un bien amado silicio lírico, el ver transformarse un beso en la volandera florecilla de un ay!, como en el siempre recordado madrigal de Urbina.

Así era Fabio Fiallo. Romántico? Sí, romántico; pero no para decirlo con la sonrisilla despectiva de los superficiales snobistas de ahora, sino para afirmarlo con la serenidad crítica que le otorga al vocablo noble abolengo e ilustre descendencia actual.

Romanticismo, sí; reconociendo, en justicia, lo que en sus esencias hay de aspiración de altura, como culto a las formas que vuelan, en oposición a las formas que se apoyan, que es el clasicismo, como afirmaba Eugenio D'Ors. "Si se me pidiera una división suprema de la literatura universal —dice Díaz Plaja— yo la haría en dos grupos: literatura con puntos suspensivos y literatura sin puntos



suspensivos. Temblor y firmeza. Luna y Sol. Marcha y llegada. Trayecto y límite. Espíritu y materia. Penumbra y forma. Romanticismo y Clasicismo". Esos viejos cuarteles realzan el blasón de nuestro poeta: temblor, luna, marcha, trayecto, espíritu, penumbra, romanticismo.

El no ha escogido su escudo para transitar por los caminos del mundo. Es como es y su personalidad espiritual persiste, alabada y triunfal, en ese período de materialismo intransigente que comienza a fines del Siglo XIX y que, presumiblemente, terminará con la atroz guerra que nos castiga. "Sentimental, sensible, sensitivo", paseó con orgullo su albo penacho lírico. El, él mismo siempre: ni léxico naturalista, ni frialdad de mármoles parnasianos, ni flores del mal baudelerianas, ni ajenjos de Verlaine —a pesar de sentarse en la mesa cordial de Darío— ni banderines rojos del versolibrismo, ni geniales intimismos de García Lorca o de Neruda.

¿Romántico? Viejo!, gritaban las agitadas filas de los iconoclastas, sin querer captar lo que era en él poesía sin ayer, sin hoy y sin mañana. Inocentón y sencillo, dirá un crítico de pluma egotista y apasionada. Y el buen viejo sonreiría, con esa sonrisa tan suya, al leer los versos autocríticos, en los que el inmenso y triste Juan Ramón Jiménez sintetizó, en 1916, la evolución de su conciencia poética, que lo condujo a ser uno de los más altos líricos de España:

*Vino, primero, pura,
vestida de inocencia.
Y la amé como un niño.*

*Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes.
Y la fui odiando sin saberlo.*



*Llegó a ser una reina
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!*

*...Mas se fue desnudando,
y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.*

*Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda.
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!*

¿Romanticismo? Y los poetas que aman los espejismos de la moda, quisieron encerrarlo para siempre en las urnas que guardan las cenizas de Gustavo Adolfo Bécquer y de Enrique Heine, sin ver, miopes, que sobreviven el sevillano de las Rimas y el alemán de los cantares en el alma de los más nuevos poetas de hoy. Rafael Alberti dedica su libro *Sobre los Angeles* a Bécquer; con un verso de él —“Donde habite el olvido”— ha titulado Luis Cernuda uno de sus últimos libros de versos.

¿Romanticismo? ¿No lo hay en la entraña viva y palpitante del “Cancionero Gitano”, y en los versos austeros de Pedro Salinas y en el mar desbordado de lirismo de Pablo Neruda?

¿Sentimentalismo? James Joyce y Rainer María Rilke —tan actuales— lo son aún más que el insigne autor de *For Ever*.

Lo importante no es ser poeta romántico, o parnasiano, o clásico, o modernista. Lo importante es ser poeta. Los buenos poetas se dan la mano por encima del tiempo y las distancias. Por eso, Fabio Fiallo, gran poeta, es, esencialmente, más *de ahora* que muchos de esos hábiles



orfebres que hacen de la poesía un oficio, cuando es y será siempre un don de Dios o del Destino.

Poeta, auténtico poeta nuestro Fabio Fiallo: en el sonoro verso de corto metraje, en la palabra reposada y sin odios, en la letra fina y elegante, en la vida sin ácidos y sin espina. Algunos lo hubiéramos deseado con más interior, con más ventanas abiertas al infinito. En verdad, el salón enjovado de luces, la milenaria aristocracia de las sedas y los metales preciosos, la progresiva publicación de la vida de que ha hablado, como de un signo de los tiempos, José Ortega y Gasset, le obligan a cruzar y a recruzar puentes de sociabilidad, alejándolo, en desprendimiento para otros, de ese divino mundo de nieblas que es la soledad fecunda de los grandes poetas. "Sólo el estado de soledad es estado de gracia poética; porque sólo ante el solitario se pueblan los mundos y los ultramundos". Soledad: dolor de recuerdo, dolor de vuelo. "La poesía es una aventura hacia lo absoluto", concluye Pedro Salinas. Soledad, saudade soleá. En 1605 escribía Fray Jerónimo Gracián, definiéndola: "Es un fuego que se enciende en la leña del amor, ausencia, deseo, ímpetu, impaciencia, eficacia, ternura, esperanza y temor. De todas estas navajas se fabrica esta rueda que, con una sola vuelta, hace mil pedazos el corazón."

Desde esas islas de maravillas esenciales, son más accesibles las tierras prometidas de la "poesía pura", que "es todo lo que queda en el poema después de haber eliminado todo lo que no es poesía. *Pura*, es igual a *simple*, químicamente", tal como lo repetía Valéry a Jorge Guillén.

El sacrificio de alturas estelares permitió, en cambio, al poeta, el honor de vivir verticalmente en el tumulto del mundo, paladín de libertades, gran caballero de la orden de la justicia, vigía emocionado del dolor de los hombres. Nuestra generación, preocupabada desde su iniciación en los trabajos del espíritu, con hondos problemas de trascendencia humana, no sentía ligaduras vitales e ideológi-



cas con los grandes poetas del continente. Nos hería la actitud del máximo Darío, en un París feliz, modelando “cabezas” de individuos que nunca las llevaron sobre sus hombros, pagando con oro de ley las cuentecillas de vidrio de algún consulado centroamericano; nos sentíamos desilusionados con el extremismo conservador de un espíritu tan amplio y claro como el de Leopoldo Lugones; no podíamos recibir alientos en la vida aventurera de Chocano, ni en el instinto agresivo y pistolero de Díaz Mirón. Guillermo Valencia, el artifice de “Ritos”, se aproximó a nosotros en las talladas estrofas de “Anarkos”, pero nos deja helado el sentimiento al escuchar sus discursos parlamentarios, flameantes de edad media. En el escenario que alcanzábamos a ver, sólo la estrella sangrante de la frente de Martí señalaba un camino de deber, de hombría y de sacrificio.

Agradecemos a Fabio Fiallo el viril ejemplo de su posición batalladora, su avance resuelto contra los dragones del imperialismo y la injusticia, sus brazos abiertos para el dolor y la miseria. Con prosa entrecortada, directa, certera, fervorosa, ataca, siempre de frente. Sin pestañeos, sin vacilaciones. Cuando considera insuficiente el acero de la palabra escrita, apela a la lengua sin palabras de la espada y nadie le aventaja en ardar guerrero. No es necesaria la anécdota; sobraría el episodio. Hombre, hombre integral, como tal actúa por los fueros de su patria y de sus ideales democráticos.

Ricarda Huch, la historiadora del romanticismo alemán, dice que los caracteres de una vida típica de poeta romántico son: ausencia de familia, ausencia de patria y ausencia de profesión. En ese sentido, nuestro poeta romántico no vivió una vida romántica. Para amarla, encontró pequeña a su familia y la extendió hasta donde alcanzaba la generosidad de su mano cristiana y el afecto sencillo y puro de su gran corazón. Su patria fue para él sangre que da vida y herida que mana sangre. Porque la



amaba mucho, amó mucho también, como Mazzini, las patrias de los otros. Así, en las diarias visitas que me hacía durante los últimos diez años, le vi violento ante la fácil victoria italiana en Abisinia, indignado ante el feroz sacrificio de la España republicana, primer paso de la agresión fascista contra Europa, aunque no lo quisieran calificar así los conformistas del no-intervencionismo anglo-francés. Le recuerdo, airado, casi tonante, durante el desarrollo del último acto del drama que no vio finalizar: destrozó de Polonia, caída de Francia, martirio de las naciones balcánicas, ataque a Rusia... El buen viejo, el gran poeta lírico, personero de su siglo y de su épica, resumía todo su odio al totalitarismo en una frase que era un puñal florentino: "No puede haber un poeta que sea fascista". Ya véis, que también tenía profesión, la más difícil de todas: la de hombre.

¡Y se ha ido el poeta! Se ha ido, no ha muerto. El poeta de legitimidad artística re-nace en su poesía. La poesía re-crea al poeta. Es un incesante devenir que es vida. No he tenido noticia de la muerte de ningún eximio poeta. Enterremos al anti-poeta que sólo pudo ofrecernos la copa vacía de su corazón. Fabio Fiallo estará por siempre vivo: en la luna que ascienda tras los montes, en el ruiseñor que cante en la fronda, en las colinas de rosas que vemos en el pecho de la amada —dulce gólgota donde agonizan anhelos e ilusiones— en las bocas que están al cuajarse en el fruto del beso, en los que crean con juvenil pasión que es corta la noche eterna para soñar con "ella", en la sutil emboscada del ala de un abanico, en la cita dominical en el atrio de la iglesia, en las rosas y en los lirios, en la estrella fugaz, en el cristal del río, en el llanto del niño. Y, también, en la estricta selección de las antologías, y en sus libros traducidos al inglés, al francés, al alemán, al italiano, y en todas las historias que se han escrito y que se escriban de la literatura americana. Y vivirá en la eternidad del mármol y del bronce —que es



otro modo de vivir de los Hombres-Paradigmas-cuando realicemos la bella iniciativa del Presidente Trujillo de otorgar tal honor a los que dieron honra a las letras dominicanas.

Por eso no le despedimos los ateneístas con el incensario de un “descanse en paz”, olvido que sólo se olvida en fechas aniversarias. Esta noche ha sido, comprensivamente, fervorosamente, una noche de convivencia, de orgullo dominicano, de pasión artística. Para cerrarla, sería inapropiada la gravedad litúrgica de un responso. Lo hago con una frase sencilla, que tuvo resplandores augurales en el pasado y que todavía tendrá luz en el futuro.

Señoras y señores:

Fabio Fiallo *nació* el 3 de febrero de 1865!

Francisco Prats-Ramírez: **DESPEDIDA A FABIO FIALLO**. Imprenta ABC. Santo Domingo, R. D. 1942. 26 p. (Este folleto luce la siguiente Dedicatoria: “A Ivelisse, mi hija.”)



El crucero argentino "9 de Julio", que se encontraba anclado en aguas mexicanas, por haber conducido a aquel país los restos del alto poeta Amado Nervo, llegó al Placer de los Estudios y saludó la bandera dominicana. En tanto que se oían los cañonazos de salutación, corría por la ciudad súbitamente entusiasmada, la noticia de la llegada del crucero argentino. Hubo manifestaciones de simpatías de todas clases. Entre estas manifestaciones hubo un "champagne d'honneur" ofrecido por el Club Unión...

Dio la bienvenida a los oficiales argentinos, nuestro gran escritor, gran jurisconsulto y gran patriota, Américo Lugo. Antes de llegar al Club fueron aplaudidos por el pueblo los oficiales, al pasar; y se gritaron vivas a la República Argentina. El Capitán de Fragata, Francisco de la Fuente, dijo pocas pero preciosas palabras, recordamos estas: "hemos venido únicamente a saludar la bandera dominicana".

Nuestro poeta Fabio Fiallo recitó una valiente e indignada poesía patriótica.

LETRAS. No. 144. 11 Enero de 1920.





APUNTES

para la formación de una cronología de Fiallo

1866 (febrero 3). Nace en la ciudad de Santo Domingo, hijo del matrimonio del General Juan Ramón Fiallo y doña Ana María Cabral. El día 5 del mes de Junio siguiente fue bautizado en la Parroquia del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, oficiando el Pbro. Bernardo Pichardo, siendo apadrinado por la señora Teresa de Castro y por el General Pedro Alejandrino Pina, trinitario fundador y uno de los próceres más leales al ideario del Fundador de la República.

Hijos. Fabio Fiallo celebró tres veces fiesta de bodas. Con Prudencia Lluberés (sobrina de la novia de Duarte de igual nombre), hija de Antonio Lluberés Álvarez y Juana Contreras Alonso, el primero de octubre de 1892. Hijos: RENE, n. el 11 abril 1894, escritor y diplomático, fallecido en Washington el 4 de febrero de 1970. ATALA, n. el 12 de julio de 1897, que casó en octubre de 1920 con el doctor Viriato A. Fiallo Rodríguez, médico y escritor, candidato a la Presidencia de la República en 1962.

Con María Luisa Boneti, hija de José M.^a Boneti y Julia Ernest, en 1905. Hijos: MARGARITA; FABIO EMILIO; y JULIA AMELIA, que casó con el doctor José Rafael Rodríguez Peguero, Licenciada en Filosofía de la Universidad de Santo Domingo.

Con Carolina Akmanzar, en 1923, viuda del General Zoilo García.

Seudónimo. En crónicas teatrales en la revista *La Es-cena*, en 1893, en deportivas en la revista *Sport*, en 1919, y principalmente en sus inigualables *Flores dispersas*,



modelos de primor y buen gusto como las calificó el doctor Américo Lugo, Fiallo usó el seudónimo de *Don Venturita*, que alcanzó extendida popularidad en su periódico LA BANDERA LIBRE, que tuvo varias épocas, la primera en 1899 y la última en 1916, así como en el LISTIN DIARIO y en otros voceros. (E. Rodríguez Demorizi: *Seudónimos dominicanos*. Editora Montalvo. S.D. 1956).

- 1888 (octubre 10). Se instala en la ciudad de Santo Domingo el Centro *Propagador de la Candidatura del General Gregorio Luperón* para la Presidencia de la República. Este Centro se estableció con el propósito "de emplear todos los medios lícitos, legales y honrados para llevar al ánimo de nuestros conciudadanos la convicción de la necesidad con que se impone la elección de nuestro Candidato, como garantía de paz, libertad y progreso para la Patria". Lo preside el prócer restaurador General Alfredo Deetjen; Fabio Fiallo fue elegido Secretario. Dos poetas más forman parte como vocales: Ignacio Guerra hijo y Mateo Peynado. Como Vicepresidente figura el prócer General Pedro Valverde y Lara.
- 1899 (septiembre 13). Renuncia el cargo de Procurador Fiscal del Tribunal de Primera Instancia del Distrito Judicial de Santo Domingo, siendo sustituido por Juan Elías Moscoso, hijo.
- 1903 (diciembre 29). En plena guerra de la llamada *Revolución Desunionista*, que se inició tan pronto terminó la *Unionista*, tiene lugar en la tarde de este día un recio combate entre sitiados y sitiadores, desde la Plaza Independencia hasta Güüibia, resultando numerosas bajas de ambas partes. Entre los combatientes por parte del Gobierno, según informa el *Listín Diario* del siguiente día, los poetas Fabio Fiallo, Osvaldo Bazil y Porfirio Herrera, "de quienes sus compañeros hacen muchos elogios por la gallardía con que se batieron".
- 1904 (febrero 14). Es nombrado por el Presidente Morales, Delegado Especial del Gobierno en el Distrito de Samaná. Fue entonces cuando desde un vapor de la armada nacional conminó la rendición de la plaza de la ciudad cabecera de la Provincia, que estaba en poder de los *Jimenistas*, amenazándola con un bombardeo. Un cru-



cero americano le observó que no podía hacerlo. El General Fiallo le contestó que rechazaba su observación y daba por no recibida su Nota; y que, si cumplido el plazo fatal la plaza no se rendía cumpliría su amenaza. La firme actitud de Fiallo hizo que los rebeldes entraran en negociaciones y se evitó el conflicto.

- 1904 (abril 22). El doctor Mata, médico de San Pedro de Macorís, acusado de haber preparado la carga de dinamita que debía destruir los vapores que conducían las tropas gubernamentales en la entrada del puerto, es puesto en capilla para ser fusilado. Fiallo, Subsecretario de Estado de lo Interior y Policía, encargado del Ministerio, gestiona y obtiene el indulto.
El artefacto no llegó a hacer explosión, gracias a la heroica actitud del General Agustín Aristy, quien se lanzó al agua y cortó el cable.
- 1904 (abril 30). Es nombrado Comisionado Especial del Gobierno en las Provincias de Azua y Barahona.
- 1904 (diciembre 9). El Presidente Morales le ratifica su despacho de General del Ejército Nacional, rango que venía ostentando desde principios del mismo año.
- 1904 (mayo 25). Siendo Delegado en el Sur, funda en Azua una Junta para concluir la Iglesia Parroquial, la Torre del Reloj y el enverjado del Parque Central.
- 1905 (febrero 1). Funda en unión de Tulio M. Cestero el bimensuario LA CAMPAÑA, periódico de combate contra la primera Convención dominico-americana. (No hemos logrado conseguir su colección).
- 1905 (febrero 25). En la redacción de LA CAMPAÑA, y por su iniciativa, se funda la *Asociación de la Prensa*, primera de su género establecida en el País.
- 1905 (marzo 30). Fallece doña Juana Contreras, esposa del soldado separatista don Antonio Lluberes Alvarez.
- 1905 (abril 10). Es nombrado Cónsul General de la República en Nueva York.
- 1908 El Lic. Jacinto B. Peynado, ilustrado jurisconsulto dotado de sólida cultura humanística, aunque no dado a escribir, opina en la revista LA CUNA DE AMERICA número 62, S.D. 8 marzo 1908, que "Fabio Fiallo tiene



su pedestal en *For ever*, que es, a mi juicio, la mejor composición en versos que se ha escrito en Quisqueya.”

1910 (septiembre 16). Es nombrado Cónsul General de la República en el Imperio Alemán, con residencia en Hamburgo. Hasta entonces lo era en Nueva York.

1913 (abril 13). Es nombrado por el Presidente Bordas Valdés para el cargo de Gobernador de la Provincia de Santo Domingo. Con tal motivo el doctor Américo Lugo, en su importante artículo *Un poco de historia y algunas consideraciones*, dijo: “El Poder Ejecutivo ha efectuado un nombramiento que ha sido recibido con júbilo por la ciudadanía. Refiérome al de Gobernador de la Provincia de Santo Domingo, recaído en la persona del Gral. Fabio Fiallo, otro elemento de primer orden que tiene mucha semejanza moral con el Presidente Bordas Valdés; mientras éste es un militar civil, aquél es un civil militar, y ambos son igualmente afables en sumo grado de genio y de maneras. Caracterízase la política del Gral. Fabio Fiallo por la moderación, el espíritu de tolerancia y la preferencia a los medios persuasivos y pacíficos de gobierno, sin que haya fracasado hasta ahora ni una sola vez en la aplicación de estos medios, que son los más acertados en un país naciente, y sin que tampoco su genial benevolencia haya debilitado la reputación que goza como hombre intrépido y enérgico. Muy bien hará el Gobierno en dejarle moverse franca y libremente en toda su esfera de acción.” (*Listín Diario*, 22 abril 1913. Rep. por Julio Jaime Julia en *Antología de Américo Lugo*. Editora Taller. S.D. 1977, tomo II, p. 246).

Permaneció en el ejercicio de la Gobernación de la Provincia Capital, hasta el 20 de septiembre del mismo año.

1915 (agosto 19). Fallece don Juan Ramón Fiallo, prócer de la Restauración y figura prominente del Partido Azul; Ministro de Hacienda y Comercio durante la administración de Cabral; durante el período *Rojo* de los seis años estuvo desterrado y actuó contra los proyectos anexionistas de esa época. Sepultado en la iglesia del antiguo Convento Dominicó.

Doña Ana María Cabral Figuereo, hija de Melchor Cabral y Luna y Agueda Figuereo, había fallecido en 1877, nativa de Baní.



- 1916 (enero 13). La Junta Superior Directiva del Partido Horacista (luego Nacional), le otorga un voto de simpatía por su artículo *En la brecha*.
- 1919 (julio 31). Coadyuva con el doctor Américo Lugo a la redacción de la Protesta contra la declaración hecha por el Almirante Thomas Snowden, Gobernador Militar de Santo Domingo, en el acto de colocación de la primera piedra del Colegio de Agricultura de Haina, en la cual expresa "que cuando los jóvenes que están ahora en las escuelas llegaran a ser preparados, espera devolver la administración del Gobierno a sus manos". Esta Protesta fue firmada, además de Fiallo y Lugo, por don Emiliano Tejera, Manuel Pina Benítez, Braulio Alvarez, Luis María Hernández Brea, Armando Pérez Perdomo, Emilio Tejera, Alcides García Lluberés, Viriato A. Fiallo, Agustín Aristy, Víctor M. de Castro, Ricardo Pérez Alfonseca, Gustavo A. Díaz, Manuel Arturo Machado, Fco. Prats-Ramírez, Fernando Arturo Brea, José M.^a Salléy, Arturo Logroño, Conrado Sánchez, L. E. Machado, Rafael E. Sanabia, Aurelio Fernández, Rafael E. Galván, Emilio A. Billini y otros prestantes ciudadanos. Este importante documento fue recogido por el doctor Julio J. Julia en la ANTOLOGIA DE AMERICO LUGO. Editora Taller. Santo Domingo, t. I, p. 64.
- 1920 (enero 14). El acorazado "9 de Julio" de la armada argentina había ido al puerto de Veracruz, México, conduciendo el cadáver del gran poeta Amado Nervo, fallecido en la ribereña del Río de la Plata siendo Ministro de su país ante los gobiernos de Argentina y Uruguay. A su regreso, recibiendo instrucciones del ilustre Presidente Don Hipólito Irigoyen, llegó al *Placer de los Estudios*, ante-puerto de la Ciudad de Santo Domingo, el 14 de Enero de 1920, y, a las ocho de la mañana de ese día, con una salva de artillería conforme a las ordenanzas militares, saludó la Bandera Dominicana, la cual fue desplegada en el Malecón "Presidente Billini", lugar a que acudió el pueblo en masa vibrando de entusiasmo al conjuro animador de los cañones que atronaron el espacio.
- El acto fue considerado una demostración de fraternidad y provocó un enardecimiento popular. Fue como



un presagio triunfador engendrador de esperanzas de redención.

Hubo necesidad de poner una bandera nacional en el Malecón, porque en la Torre del Homenaje la que flotaba era la de los Estados Unidos.

En la noche de ese mismo día 14 de Enero, le fue ofrecida a la oficialidad del buque argentino un Champán de Honor en el Club Unión, en el cual habló el Dr. Américo Lugo, y declamó Fabio Fiallo sus improvisados versos.

El pueblo victoreó y aplaudió con desbordante entusiasmo a los marinos argentinos cuando desembarcaron y se encaminaron al Centro Social. No hubo ninguna nota discordante. Los "Ocupantes" norteamericanos "ignoraron" aquel acto.

- 1920 (julio-agosto). En aquellos días, informa LAS NOTICIAS, se desató una persecución contra la prensa. Fueron reducidos a prisión y condenados, algunos a multas, J. Onésimo Polanco, director de ECOS DEL NORTE, de Puerto Plata; Luis Arzeno Colón, director de EL PUEBLO, de La Vega; Vicente Tolentino R. y Manuel Alexis Liz, en Santiago; Lic. Ramón Guzmán Pichardo, en Moca; Oscar Delanoy, Juan Salvador Durán y Francisco Prats Ramírez, en la Capital. Además, Rafael Morel, César Tolentino, Julio Arzeno, Emilio García Godoy, Julio V. Arzeno P., y otros en el Cibao.
- 1920 (julio 15). Fiallo, reducido a prisión, fue internado en la Torre del Homenaje. No fue aceptada fianza.
- 1920 (julio). A principios de este mes el periódico LAS NOTICIAS, por acuerdo con su editor, administrador y propietario señor M. Flores Cabrera, pasa a ser órgano oficial de la *Unión Nacional*, con Fiallo como director y los señores doctor Américo Lugo y Lic. Enrique Henríquez como redactores.
- 1920 (octubre 14). Después de tres meses de cárcel, durante los cuales vistió el traje de presidiario, es puesto en libertad.
- 1920 (noviembre 23). En el Palacio del Ayuntamiento de la ciudad de Santo Domingo tiene lugar la instalación del Primer Congreso de la Prensa Nacional, convocado por EL BALUARTE, periódico de La Romana, a iniciativa



de su director don Emilio A. Morel, cuyo propósito primordial era estudiar la situación del País afectada por la ocupación militar extranjera. Asisten delegados de todos los periódicos que se publicaban en la República. Preside su instalación, en razón de ser el de más edad, don José Ramón López. Al comenzar la sesión inicial se tiene noticias de que el Gobierno Militar de Ocupación ha decretado la expulsión del periodista dominico-venezolano don Horacio Blanco Fombona, director de la revista LETRAS, y todos los delegados acuerdan elegirlo Presidente del Congreso, como repudio a la resolución gubernamental. Fabio Fiallo es elegido Primer Vicepresidente, quien asume la Presidencia y dirige los trabajos del Congreso.

- 1921 (junio 10). Fiallo solicita una entrevista con los miembros de la Junta Consultiva, a la cual concurrió con su primo el Lic. José M.^a Cabral y Báez.
- 1921 (junio 22). Renuncia de la Unión Nacional.
- 1922 En la contra-portada de su folleto PLAN DE ACCION Y LIBERACION... se consignan como "obras del mismo autor... en preparación": *Las Canciones del Odio*. Poesías; *Cuentos Gentiles*. Prosa; *La Intervención*. Prosa; *Raza de Esclavos*. Prosa; y *Vida Política*. Prosa.
- 1922 (julio 18). Procedente de Cuba, llega a Santiago de los Caballeros y es recibido apoteóticamente.
- 1922 (agosto 11). El Comisionado Especial de los Estados Unidos, Mr. Sumner H. Welles, encargado de la ejecución del Plan de Evacuación de las tropas norteamericanas, llama a Fiallo para un cambio de impresiones.
- 1930 (noviembre 24). Es sustituido como Secretario del Comité Ejecutivo del Faro a Colón, por Ml. Alexis Liz.
- 1933 (marzo 17). El prestigioso CLUB NOSOTRAS, presidido por la escritora doña Abigail Mejía de Fernández e integrado por distinguidas damas, celebran en su honor un acto cultural.
- 1942 (agosto 28). En la Habana, fallece cristianamente. En tan supremo trance se encuentran a su lado su hijo René y su fraternal amigo el poeta y diplomático Osvaldo Bazil. Su cadáver, después de haber sido expuesto en el Círculo de Bellas Artes, en el cual montaron



guardia de honor numerosos y distinguidos intelectuales cubanos, fue trasladado a Santiago de Cuba en cuyo Cementerio fue sepultado. En 1977 el Gobierno Nacional presidido por el doctor Joaquín Balaguer, decretó su traslado al suelo patrio, así como la erección de una estatua en la Plaza de la Cultura, que fue inaugurada por el Presidente Balaguer.

David Chamuceiro nació en la antilla holandesa de Curazao, viajó por España, por la América del Sur y se radicó en Costa Rica en donde murió. Escribió también sobre el doctor Américo Lugo. La escritora y educadora Mercedes Mota le dedicó una semblanza en la revista *La Cuna de América*. — Guillermo Vargas era argentino. — Héctor de Saavedra, nació en Cuba. — Carmen Natalia, son los nombres de pila de la inolvidable escritora y luchadora Martínez Bonilla, nacida en San Pedro de Macorís y fallecida en Santo Domingo el 7 de enero de 1976. — Angel Rafael Lamarche, nació en Santo Domingo el 27 de noviembre de 1899 y murió en la misma ciudad el 16 de mayo de 1962. — Rafael Andrés Brenes, nació en Santo Domingo el 4 de febrero de 1903 y murió en su ciudad natal el 5 de febrero de 1950. — Juana de Ibarborou, uruguaya. — Gabriela Mistral, chilena. — Ana María Garasino, argentina. — J. Rodríguez Castellanos, cubano. — Manuel Fernández Juncos, asturiano, radicado en Puerto Rico en donde hizo perdurable labor. — Alberto Pagán Graham, cubano. — Manuel F. Cestero, nació en Santo Domingo el 18 de agosto de 1878 y murió siendo Cónsul en Santiago de Cuba el 14 de abril de 1926.



NOTA BIBLIOGRAFICA

La lista de los libros y folletos publicados por don Fabio Fiallo es la siguiente:

PRIMAVERA SENTIMENTAL. Tip. J. M. Herrera Irigoyen y Cía. Caracas, 1902, 101 p. Contiene a guisa de prólogo un artículo de Manuel Díaz Rodríguez titulado *Cantaba el ruiseñor*.

INFORME del Consulado General de la República Dominicana en Nueva York por el año de 1906, 16 p. (Sin lugar ni pie de imprenta.)

CUENTOS FRAGILES. Imprenta de H. Braeunlich, 63 Cliff Street, Nueva York, 1908, 188 p. (Prólogo de don Américo Lugo.)

CANTABA EL RUISEÑOR. Casas editoriales: J. Katz Verlag y Sánchez y Rosal Hermanos, Mannheim, Berlín W. 35, Berlín, 1910, 165 p. (Con el mismo Prólogo de Manuel Díaz Rodríguez aparecido en *Primavera sentimental*. En la poesía *Plenilunio*, que es de 1898, en el cuarto verso de la primera estrofa se lee: *en la fronda cantaba el ruiseñor*, que subyugó la atención del renombrado prosista venezolano. Es de sabor colombino, pues aparece en el *Diario* del Gran Almirante, en anotación correspondiente al 13 de diciembre de 1942, navegando por la costa norte de nuestra isla, a la que puso el nombre de *La Española*: «Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las yerbas, todas floridas y muy altas; los caminos, muy anchos y buenos; los aires eran como en abril en Castilla; *cantaba el ruiseñor* y otros pajaritos como en el dicho mes en España, que dicen era la mayor dulzura del mundo.» M. Fernández Navarrete: **VIAJES DE CRISTOBAL COLON.** Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1934, p. 106.)

La enseñanza secundaria y superior en Alemania. Conferencia dada en la Universidad Nacional de la Habana, 1914. (Cita de don Carlos M. Trelles, en *Bibliografía cubana del Siglo XX*, Matanzas, 1916, p. 173.)

HORACIO VAZQUEZ Y SU CREDO POLITICO. Tipografía Listín Diario. Santo Domingo, R. D. (1915), 12 p.

CANCIONES DE LA TARDE. Imp. La Cuna de América, Santo Domingo, 1920, 112 p. (Contiene versos de R. Pérez Alfonseca, Francisco Villaespesa y Rubén Darío en honor de Fiallo; y como apéndice el estudio de Rubén sobre su fraternal amigo, incluido en el volumen XV de las **OBRAS COMPLETAS** de Darío, ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo.)



- PLAN DE ACCION Y LIBERACION DEL PUEBLO DOMINICANO. (MENSAJE A LAS ASOCIACIONES INDEPENDIENTES DE JOVENES DE LA REPUBLICA DOMINICANA.)** Yubr (Cuento). Rafael V. Montalvo, Editor, Santo Domingo, 1922, XXX-37 p.
- PRESENTACION DEL MARTIR CAYO BAEZ POR... EN LA VEGA REAL EL 25 DE MAYO DE 1923.** Tip. El Progreso, La Vega, R. D., 1923, 20 p.
- CANTO A LA BANDERA** (27 de febrero de 1924). Imprenta Vda. García, Santo Domingo, MCMXXV (1925), 18 p. (Proemio, por Juan de Jesús Reyes. Dedicado a Joaquín Balaguer.)
- LA CANCION DE UNA VIDA.** Editorial «Cristóbal Colón», Madrid, 1926, 280 p. (Poesías. Estudio crítico de Rubén Darío. Epístola extravagante de Alfonso Camín. Como apéndice: **CANTABA EL RUISEÑOR**, de Manuel Díaz Rodríguez.)
- CUENTOS FRAGILES.** Editorial Rubén Darío, Madrid, 1929, 211 p. (Además del Prólogo de Américo Lugo, contiene un estudio del venezolano Jacinto López.) Es segunda edición.
- LAS MEJORES POESIAS (LIRICAS) DE LOS MEJORES POETAS —LIX— FABIO FIALLO.** Editorial Cervantes, avenida Alfonso XIII, 382, Barcelona, 1931, 80 p. (Trae una introducción por los Editores.)
- LAS MANZANAS DE MEFISTO.** Imp. Ucar, García y Cía., Habana, 1934, 162 p. (Un Prólogo, por Ana María Garasino.)
- EL BALCON DE PSIQUIS.** Cultural, S. A., Pi y Margall, 135, Habana, 1935, 138 p. (Prólogo de Camila Henríquez Ureña. Estudio crítico de Ana María Garasino.)
- SUS MEJORES VERSOS.** Editorial El Diario, Santiago, República Dominicana, 1938, 149 p. (Exaltación lírica, por Francisco Villaespesa.)
- POEMAS DE LA NIÑA QUE ESTA EN EL CIELO.** Editorial «La Nación», Santo Domingo, Rep. Dom. s.a., 57 p. Hay segunda edición y traducción al inglés.
- LA COMISION NACIONALISTA DOMINICANA EN WASHINGTON (1920-1921).** Imp. «La Opinión», C. por A. Santo Domingo, R. D., 1939, 118 p. (Contiene como Apéndice un **POSTSCRIPTUN**, por don Federico Henríquez y Carvajal.) Traducida al inglés: **THE CRIME OF WILSON IN SANTO DOMINGO.** Arellano y Cía., Impresores, Habana, 1940, 132 p.
- LA CANCION DE UNA VIDA.** Editorial El Diario, Santiago, Rep. Dominicana, 1942, 150 p. (Los versos de..., el poeta del amor, por Martha María Lamarche. Elogios de la crítica, fragmentos de Rubén Darío, J. Santos Chocano, Juana de Ibarbourou, Dr. M. Nordau, F. Gamboa, Ana María Garasino, Camila Henríquez Ureña, Jacinto López, Vicente Tovar, Prof. Marshall Nunn de la Universidad de Alabama, Ernesto Fernández Arrondo y Manuel Díaz Rodríguez.)



INDICE

	<u>Página</u>
De Gabriela Mistral a Fabio Fiallo	3
Leyendo "Cuentos Frágiles" de Fabio Fiallo por ANA MARÍA GARASINO	4
Noticia sobre Fabio Fiallo, gran señor de la vida y de la poesía por JUANA DE IBARBOROU	10
Notas críticas por MANUEL F. CESTERO	15
Un libro de Fabio Fiallo por ÁNGEL RAFAEL LAMARCHE	24
Fabio Fiallo por DAVID CHUMACEIRO	28
Cantaba el ruiseñor por F. GARCÍA GODOY	32
Un libro y un poeta por APOLINAR PERDOMO	37
Revista bibliográfica por MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS	42
"La canción de una vida" de Fabio Fiallo por CARMEN NATALIA	46



	<u>Página</u>
Los cantos de un prisionero	
por RAFAEL A. ESTENGER	48
El poeta dominicano Fabio Fiallo	
por GUILLERMO VARGAS	52
Los setenta años caballerescos y generosos del poeta Fabio Fiallo	
por JUAN JOSÉ LLOVET	56
Fabio Fiallo y la intervención norteamericana en San- to Domingo	
por ANTONIO HOEPELMAN	60
Los civiles bajo la justicia militar	
por MELVIN M. KNIGHT	72
Vida y muerte de Fabio Fiallo	
por OSVALDO BAZIL	84
Fabio Fiallo	
por RAFAEL ANDRÉS BRENES	111
Cuentos frágiles	
por F. GARCÍA GODOY	117
Canciones de la tarde	
por F. GARCÍA GODOY	121
Primavera sentimental	
por JOSÉ R. LÓPEZ	124
Canciones de la tarde	
por JOSÉ R. LÓPEZ	127
Discurso en la inauguración de la estatua de Fabio Fiallo	
por JOAQUÍN BALAGUER	129



OBRAS COMPLETAS**201**

	<u>Página</u>
Primavera sentimental	
por F. GARCÍA GODOY	137
Fabio Fiallo	
por MANUEL A. MACHADO	142
Fabio Fiallo	
por JOAQUÍN BALAGUER	151
Instrucciones generales para el Señor Fabio Fiallo	
por DR. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL	174
Discurso de clausura	
por FRANCISCO PRATS-RAMÍREZ	178
Apuntes para la formación de una cronología de Fiallo	189
Nota bibliográfica	197





**SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIOFILOS, INC.
COLECCION DE CULTURA DOMINICANA**

1. LA REPUBLICA DOMINICANA
Directorio y Guía General
Enrique Deschamps - Santiago de los Caballeros, 1907.
2. LIRA DE QUISQUEYA *Poesías Dominicanas.*
José Castellanos - Santo Domingo, 1874.
3. VIDA Y VIAJES DE CRISTOBAL COLON
Washington Irving - Madrid, 1852.
4. SANTO DOMINGO PAST AND PRESENT, WITH A GLANCE AT HAYTI
Samuel Hazard - New York, 1873.
- 4a. SANTO DOMINGO, SU PASADO Y PRESENTE
Traducción castellana, 1974.
5. LA ISLA DE LA TORTUGA
Lic. Manuel A. Peña Batlle - Madrid, 1951.
6. HISTORIA DE LA DOMINACION Y ULTIMA GUERRA
DE ESPAÑA EN SANTO DOMINGO
Ramón González Tablas - Madrid, 1870.
7. NOTAS AUTOBIOGRAFICAS Y APUNTES HISTORICOS
Gral. Gregorio Luperón - Santiago, República
Dominicana, 1939. (3 tomos)
8. LA SANGRE *Una vida bajo la tiranía*
Tulio M. Cestero.
9. ANEXION Y GUERRA DE SANTO DOMINGO
Gral. José de la Gándara - Madrid, 1884. (2 Tomos)
10. AL AMOR DEL BOHIO
Tradiciones y costumbres dominicanas
R. Emilio Jiménez - Santo Domingo, 1927.
11. INDIGENISMOS
Emilio Tejera (2 Tomos)
12. SEGUNDA CAMPAÑA DE SANTO DOMINGO
M. Lemonnier Delafosse - Le Havre, 1846.
(Traducción de la edición original en francés)



13. GREGORIO LUPERON E HISTORIA DE LA RESTAURACION
Manuel Rodríguez Objio - Santiago, República Dominicana, 1939. (2 Tomos)
14. RECONOCIMIENTO DE LOS RECURSOS NATURALES DE LA REPUBLICA DOMINICANA
Dr. Carlos Chardón - Informe inédito, 1939.
15. DESCRIPCION DE LA PARTE ESPAÑOLA DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
M. L. Moreau de Saint-Méry - Filadelfia, 1796. (2 Tomos)
16. FOLKLORE DE LA REPUBLICA DOMINICANA
Manuel José Andrade - New York, 1930.
17. DIARIO HISTORICO
Gilbert Guillermin - París, 1811.
18. ESTADO CULTURAL DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS
William Walton - Londres, 1810. (2 Tomos)
19. BOSQUEJO HISTORICO DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
Casimiro N. de Moya - Santo Domingo, 1913 (3 Tomos).
20. FREY NICOLAS DE OVANDO
Ursula Lamb.
21. LOS ESTADOS UNIDOS Y SANTO DOMINGO, 1789-1873.
Charles Callan Tansill.
22. LOS YANQUIS EN SANTO DOMINGO
Max Henríquez Ureña
23. SANTO DOMINGO, UN PAIS CON FUTURO
Otto Schoenrich
24. NARRACIONES DOMINICANAS
Manuel de Jesús Troncoso de la Concha
24. HISTORIA DE LA ISLA ESPAÑOLA o DE SANTO DOMINGO
P.F.X. de Charlevoix - París, 1730 (2 Tomos)
25. SANTO DOMINGO, PINCELADAS Y APUNTES DE UN VIAJE
Randolph Keim - Filadelfia, 1870.
26. SANTO DOMINGO, ESTUDIO Y SOLUCION NUEVA DE LA CUESTION HAITIANA
M.R. Lepelletier de Saint-Rémy - París, 1848 (2 Tomos)



27. **EPISODIOS IMPERIALISTAS**
Enrique Apolinar Henríquez
28. **DIARIO DE UNA MISION SECRETA
A SANTO DOMINGO (1846)**
David Dixon Porter.
29. **COMPENDIO DE LA HISTORIA DE
SANTO DOMINGO**
José Gabriel García - Santo Domingo, 1893. (2 Tomos)
30. **MANUAL DE HISTORIA DE HAITI**
Jean Crisostome Dorsainvil
31. **LOS PIRATAS DE AMERICA**
Alexander Olivier Exquemelin - Amsterdam, 1678.
32. **HISTORIA ECLESIAÍSTICA DE
SANTO DOMINGO**
Carlos Nouel (3 Tomos)
33. **OBRAS COMPLETAS**
Fabio Fiallo (4 Tomos)







**DE ESTA EDICIÓN DE LAS
OBRAS COMPLETAS DE FABIO FIALLO
SE HAN IMPRESO 2.250 EJEMPLARES
NUMERADOS PARA LOS MIEMBROS DE LA
SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS, INC.
SANTO DOMINGO**

93





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia